

Amanda Teillery Delattre

Tierra materna

Narrativa Hispánica

Índice

A Michèle

Los fragmentos se escriben como separaciones no cumplidas: lo que tienen de incompleto, de insuficiente, obra de decepción en su deriva, el indicio de que, ni unificables, ni consistentes, dejan de espaciarse señales con las cuales el pensamiento, al declinar y declinarse, está configurando unos conjuntos furtivos, los cuales, ficticiamente, abren y cierran la ausencia de conjunto, sin que, fascinada definitivamente, se detenga en ella siempre revelada por la vigila que no se interrumpe. Por eso no cabe decir que haya intervalo, ya que los fragmentos, en parte destinados al blanco que los separa, encuentran en esta separación no lo que termina, sino lo que los prolonga y pone en espera de cuanto los prolongará.

Maurice Blanchot,
La escritura del desastre

I

Digo que voy a escribir un libro sobre la familia y todos se ponen felices. Siempre me lo han dicho. Deberías hacer un libro sobre la familia.

Cuando niña escribí un cuento, dije que quería ser escritora y todos lo tomaron como un destino sellado, sin que se dijera más. Al igual que el resto, me casé con esa idea. Y desde entonces soy escritora. Y también desde entonces todos me recuerdan continuamente el libro que debería escribir.

Estoy con mi mamá, mis hermanas, mi abuela y mi tío cuando les digo que ya lo estoy escribiendo, o por lo menos intentando. Se muestran entusiasmados. Fantasean en voz alta con lo que escribiré. Están alegres, porque voy a escribir un libro sobre la familia. Lo ven como algo bueno. Les gusta la idea, el concepto. Un libro con una portada bonita, quizás una foto familiar, y mi nombre abajo. Un libro al que puedan apuntar con el dedo y decir mira, es un libro sobre mi familia. Quizás la prueba más tangible de la existencia. Algo habrá logrado mi familia, ¿no? Tenemos un libro. Pero, de cuando en cuando, me miran de reojo y se muerden las uñas y me preguntan cuánta información voy a contar.

Pasa el tiempo y comienzan a llamarlo el libro de la familia. Suelen preguntarme cada cierto rato por él. *¿Cómo va el libro de la familia*? A veces mi abuela dice directamente: *¿qué tal va mi libro*? Les digo que bien, que en eso estoy. Aunque todavía no lo escribo. Aplazo su escritura, dilato el proceso porque no sé cómo empezar. Escribo algunas oraciones iniciales, pero siempre termino por borrarlas. Pasan los meses, pasan los años y el libro todavía no está ni cerca de ser una realidad. Aun así, cuando la gente me pregunta, digo que estoy escribiendo un libro sobre mi familia. No le hablo a nadie sobre eso que me hace tropezar al empezar la escritura, eso que me estanca. El vacío en la historia. Lo que puedo suponer, pero que jamás sabré con

certeza.

* * *

Entonces debo juntar recolecciones de lo que sí sé que sucedió, pedacitos de historia que no escucharé nunca en primera persona. Vidas que no viví de familiares que no conocí.

No puedo contarlo tal como fue porque no estuve allí y la única persona que me lo podría haber contado no habló nunca español.

Sé que era la noche del 8 de junio de 1944 cuando mi bisabuela Jacqueline se encontraba durmiendo en su casa en Pont-de-Vaux, un pequeño pueblo francés ubicado en la región de Auvernia-Ródano-Alpes. Vivía junto a Marcel, su marido, y la hija de ambos, Michèle, que en aquel momento tenía alrededor de un año de vida. Ocupaban el segundo piso de la casa para la cotidianidad familiar, ya que el primero era usado por Marcel como su estudio. Marcel trabajaba como juez y se dedicaba a asesorar a las personas del pueblo y declarar los fallos en las disputas entre ellos.

Esa noche del 8 de junio de 1944 de pronto la familia se despertó con ruidos provenientes del primer piso. Hombres gritando y golpeando violentamente. No alcanzó a pasar demasiado tiempo hasta que lograron derribar la puerta e irrumpir en el lugar. Marcel se levantó de la cama; tenía un presentimiento de lo que estaba ocurriendo. No sé qué habrá pasado por la mente de Jacqueline, si alcanzó a imaginarse algo, si tuvo alguna intuición. Quizás sí, porque Jacqueline ya había experimentado muchos fines de mundo en su joven vida y aquello parecía ser eso: un nuevo final. Marcel tuvo el afán de vestirse, pero antes de que pudiera hacerlo aparecieron los hombres en la habitación. Lo agarraron y se lo llevaron a rastras. Jacqueline vio cómo lo hacían bajar por las escaleras, entre empujones, insultos y golpes. Luego se apresuró para asomarse por la ventana y observó cómo los hombres subían a Marcel a un camión que luego arrancó.

Nunca más volvió a verlo.

* * *

Jacqueline y Marcel llevaban poco menos de tres años casados cuando se lo llevaron. Se conocieron durante la Navidad de 1940 en la fiesta organizada por *madame* Collie, dueña de una cafetería en Pont-de-Vaux. Jacqueline había llegado hacía pocos meses, luego de partir desde Gironcourt debido al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Huérfana de padre y haciéndose cargo de su madre Angeline y su hermana menor Monique, Jacqueline tuvo que buscar las formas de subsistir en aquel nuevo pueblo. *Madame* Collie fue la mano amiga que se compadeció y les ofreció alojo y comida. Por su parte, Marcel era oriundo de Lyon y luego de estudiar partió a Pont-de-Vaux a instalar su estudio jurídico.

En la mitología oral de una familia no se suelen desarrollar demasiado las historias de amor, o por lo menos así es en la mía. Se resumen en fechas, a un encuentro, a un enamoramiento condensado en palabras sobrias, como si detenerse en detalles enrojeciera las mejillas e hiciera querer callar por el bochorno. Anne Carson dice que «el amor es una historia que se cuenta sola» y quizás no haya mejor forma de conocerla salvo haber estado ahí.

No sé exactamente lo que pasó entre mis bisabuelos. Lo que se sabe es que, a principios de 1941 y después de la fiesta navideña, Jacqueline volvió a ver a Marcel cuando acudió junto a su madre Angeline a su estudio para consultar opciones de irse de Pont-de-Vaux legalmente, ya que en ese momento había una orden que prohibía a la gente cambiar de ubicación. En la primavera de 1941, Marcel recurrió a Jacqueline para pedirle ayuda en una colecta benéfica que estaba organizando. Es de suponer que desde esa fecha a la siguiente ocurrió lo importante, las miradas, las declaraciones. Las promesas. La verdadera historia. Porque en agosto de 1941 Jacqueline y Marcel se comprometieron en matrimonio y en octubre de ese mismo año se casaron. Fue una boda sencilla y discreta, manteniendo el decoro respetuoso propio de esos tiempos de guerra. Se reunieron pocas personas, los familiares cercanos de la pareja y quizás algunos vecinos. Jacqueline se vistió de negro y los regalos recibidos de parte de los invitados no fueron más que frutas, verduras y otros alimentos.

Jacqueline se mudó a la casa-estudio de trabajo de Marcel, donde

también vivía la madre de él. Su corto matrimonio consistió en un alargado estado de expectación y vacilación. Siempre bajo el manto de una futura promesa: cuando termine la guerra. Cuando terminara la guerra les iría mejor, habría más estabilidad, tendrían una casa propia y dejarían de vivir apretados con la mamá de Marcel. Cuando terminara la guerra podrían vivir a todas sus anchas, hacer planes, cumplir pequeños sueños de provincia.

Su matrimonio, quizás, fue una condensada espera.

* * *

Al día siguiente de la detención de Marcel, Jacqueline fue a hablar con policías, guardias, abogados, cualquier persona que le pudiera dar una pista sobre cómo proceder en un caso así. Nadie sabía qué decir. Le aconsejaron esperar, por su seguridad. El ambiente estaba muy tenso, la gente asustada y a la defensiva. No le convenía andar sola y haciendo preguntas que pudieran meterla en problemas.

Pronto entendió lo que había ocurrido. O partes de lo ocurrido, porque todavía no podía hallar las respuestas a todas sus preguntas.

Los hombres que habían irrumpido en su casa aquella noche eran miembros de la resistencia francesa contra la ocupación alemana. Lo que no sabía en ese instante —pero de lo que se enteraría más adelante— era que antes de ser detenido Marcel había recibido cartas anónimas en las que lo amenazaban con acusarlo de estar colaborando con los alemanes que ocupaban la zona traspasándoles información de las vidas de los habitantes del pueblo.

En aquel momento reinaba la paranoia y también el oportunismo en Francia, en especial en un pueblo pequeño como lo era Pont-de-Vaux. Varias personas habían comenzado a acusar a otras de colaborar con los alemanes, incluso a modo de venganza por disputas personales.

Cuando Jacqueline salió a la calle luego de la desaparición de Marcel, sus vecinos —esas personas que había visto todos los días y que se habían vuelto parte de su familiaridad— le dieron la espalda. La ignoraron, como si no estuviera ahí. Con sus miradas esquivas le decían lo peor que se podía decir en aquellos tiempos: *traidora*. Traidores, tu marido y tú. Traidores a la patria.

* * *

En septiembre de 1944 fue la derrota oficial de los alemanes. En mayo de 1945, el fin de la guerra. Y también se cumplía poco más de un año desde la desaparición de Marcel.

Jacqueline veía el mundo avanzar, estancada, sin poder olvidar la noche en que se llevaron a su marido. Mentalmente se quedó allí, quizás para el resto de su vida.

Poco después del arresto de Marcel, la madre de él partió a Lyon para reunirse con el resto de su familia, dejando a Jacqueline sola en Pont-de-Vaux junto a Michèle.

Tuvo que comenzar a trabajar para mantener a su hija, todas las mañanas preparando el rostro y el cuerpo como una armadura que la protegieran de los rumores y la discriminación que circulaban por las calles del pueblo. Anclada en su rol de madre soltera y rodeada por un mundo hostil y peligroso, Jacqueline se convirtió en la mujer que Michèle conocería durante su infancia. Una mujer seria y de gesto triste. Callada y estoica. Sus pensamientos son siempre un completo misterio. Una mujer cuyo impulso diario era la sobrevivencia ante tantas amenazas. Con una sonrisa alegre, muchos años después Michèle le dijo un día a su hija, mi mamá, que había encontrado, mientras ordenaba cajas viejas, una foto de Jacqueline caminando por la calle, una espontánea que un vecino le había sacado. Es Jacqueline, dijo Michèle con entusiasmo, como si de pronto se hubiera encontrado con su difunta madre viva. Capturaron todo de ella, dijo, su gesto, su postura, su aire. En la foto se veía a una mujer muy diferente a la bisabuela que yo conocí, dulce, risueña y liviana. La mujer de la foto miraba de reojo y con seriedad a la cámara, su cuerpo se veía tensado como si un peso cayera en sus hombros.

Yo no vi lo que Michèle y mi mamá veían, no entendía el entusiasmo que esa foto era capaz de provocarles. Me faltaba comprender. No alcanzaba a ver el cuerpo estoico de una mujer que luchaba por hacerse notar, por apropiarse de un lugar en el mundo, parada con seguridad y acarreando lo necesario para enfrentar cualquier cosa que viniera.

Me demoré mucho tiempo en ver a la Jacqueline real y probablemente lo hice demasiado tarde.

* * *

A diferencia de la gran mayoría de los franceses, el fin de la Segunda Guerra Mundial no le trajo ningún alivio a Jacqueline. Al contrario, era un recordatorio del tiempo transcurrido desde que su matrimonio se había visto interrumpido.

Jacqueline vio a la gente salir a festejar, la vitalidad de pronto reapareciendo en los ojos de sus vecinos, la esperanza de un futuro y el mundo retornando a su orden natural, todo volviendo por fin a su lugar.

Ella continuaba viviendo en la casa-estudio de Marcel. Cada vez que cruzaba el umbral de la puerta podía escuchar y ver a esos hombres que irrumpieron y se llevaron su presente y futuro, como un momento infinito que nunca acababa y que siempre acechaba con atacarla. Pocos días después de esas primeras celebraciones le advirtieron que no estaba a salvo. La casa se ubicaba cerca de una zona que los alemanes restantes en territorio francés iban a bombardear para alcanzar a escapar.

Entonces Jacqueline se vio obligada a abandonar Pont-de-Vaux, aquel lugar en el que pensaba que viviría para siempre con su marido, y se marchó a Épinal, donde su madre Angeline y su hermana Monique se habían mudado hacía un tiempo.

Empieza una nueva vida retomando del suelo los fragmentos, todos de la anterior. Encuentra un lugar donde vivir. Un trabajo. Manda a Michèle a clases.

Comienza así una vida que por años va a llevar de forma estoica, su única posibilidad.

Y un día le informan que lo encontraron. Al escuchar la noticia siente destellos de esperanza embriagarle el cuerpo. El futuro de pronto iluminado, la posibilidad de retomar su vida. La posibilidad de volver a estar como estaban antes y vivir el destino que siempre le correspondió vivir. Pero la felicidad es volátil. Jacqueline no se demora demasiado en entender lo que le están diciendo: encontramos

el cadáver de Marcel.

* * *

Marcel fue fusilado la misma noche en que lo detuvieron. Jacqueline tuvo que ir a reconocer un cuerpo desintegrado, huesos con restos de ropa vieja y sucia, irreconocible y desfigurado por el tiempo luego de más de un año sin ser encontrado. A primera vista parecía que no había forma de saber quién era, pero usaba el pijama de Marcel. En su bolsillo encontraron una carta para Jacqueline. Le explicaba la delicada situación que vivía esos días en que se lo llevaron. Un conocido de Pont-de-Vaux estaba furioso con él. Marcel había dictado un fallo que ordenaba embargarle el hogar luego de no cumplir el pago de una deuda. Enrabiado por lo que consideró una traición de parte de su vecino, fue hacia los miembros de la resistencia y acusó a Marcel de colaborar en secreto con los alemanes.

Mi bisabuela nunca me lo contó, pero esto es lo que sé. Y también sé que cuando se lo llevaron no solo partió una parte central de mi familia.

Cuando se llevan a alguien queda un vacío como epicentro en el que, a su alrededor, el resto de las personas siempre van a orbitar.

II

Me encontraba almorzando con mi mamá cuando Michèle llamó para avisar que ya estaban listos los resultados.

Fue hace poco, en el verano de 2023. Mi abuela Michèle se encontraba de visita en Chile, instalada en un pequeño departamento que arrendaba mientras nos visitaba, cuando mi mamá empezó a notarle algo raro, la veía cansada, fatigada, con los ojos amarillentos. Pensó, recordando los años en que estudió medicina, que podría tener alguna enfermedad al hígado. Ahora, con dedos temblorosos, intentaba abrir en el celular el archivo para poder traducirlo a Michèle, ya que su frágil español no le permitía entender textos complejos.

Vi cómo mi mamá abría los ojos con sorpresa al recibir el mensaje. Esperaban que los resultados se demoraran más. Una semana, al menos. Pero ahí estaban, apenas dos días después de que se tomara las pruebas, dispuestos a ser leídos.

—El computador —dijo, exasperada por la lentitud del celular—, necesito el computador.

Corrí a buscar el notebook que estaba en su pieza. Mi mamá mascullaba alegatos mientras veía la pantalla prenderse. Después empezó a teclear. La vi leyendo con el ceño fruncido y en voz baja para sí misma. De repente asentía, dando a entender que era lo que esperaban los doctores y entonces yo pensaba que todo debía estar bien. O que por lo menos estaría bien a la larga. Pero de pronto se detuvo en seco y se quedó congelada. Ante su silencio le empecé a preguntar qué, qué pasó.

—Dieciséis centímetros —dijo ella, no a mí, a nadie en particular—. Pero ¿cómo?

Antes habían pensado que de ser un tumor estaría en las primeras fases, todavía pequeño y tratable. Pero esto lo cambiaba todo. Esto era demasiado avanzado. Quizás cuánto tiempo había estado ahí,

creciendo en el interior de mi abuela sin que nadie supiera. Debería haber salido en el último examen que se realizó en Francia, pero el médico con el que Michèle se atendía se jubiló antes de recibirlos y decidió que ese no era problema suyo.

—Dieciséis centímetros —repetía mi mamá—. No puede ser, ¿sabes lo que significa un tumor de dieciséis centímetros? —dijo mirándome.

Yo no sabía y ella tampoco me lo dijo. No podía verbalizar lo que significaba. Decirlo quizás lo volvía demasiado real.

Nos quedamos en silencio porque cualquier cosa sonaba mal. Mi abuela esperaba que mi mamá la llamara para traducirle y explicarle los resultados. Pero no lo hacía, solo volvía a leerlos como si buscara algo que antes hubiera pasado por alto.

—Cómo se lo puedo decir —volvió a preguntar, sin esperar que yo le respondiera. Yo la miraba fijamente, sentía los ojos húmedos y mi inutilidad.

Luego de un rato mi mamá tomó aire, reuniendo las fuerzas. Marcó el número de Michèle y esperó a que contestara el celular hasta que dijo *oui, maman*.

—Sí, ya vi los resultados, es... —Se tapó la boca para disimular el llanto al mismo tiempo que se enredaba con sus palabras, incapaz de decirlo—. Es más grande de lo que pensábamos. Harto más grande, mamá.

Solamente le dijo que era más grande, su voz se cortó antes de que pudiera decir un número exacto. Yo alcanzaba a escuchar la voz de mi abuela desde el otro lado de la línea. Calmada y sin alterarse. Esa voz serena con la que planeaba cada aspecto de su vida con antelación, siempre procurando que nada la tomara por sorpresa. Alcancé a oír la voz de mi abuela diciendo: está bien. Era como si estuviera ella consolando a su hija. La voz de mi abuela repitiendo sí, está bien. Está todo bien. Tengo setenta y nueve años. He tenido una buena vida.

III

«No sentí nunca la ausencia de mi padre, porque no lo conocí». Eso me respondió mi abuela Michèle cuando le pregunté cómo había vivido ella la desaparición de su papá.

«Nunca estuvo en mi memoria. Nunca fue un ausente porque para mí jamás estuvo presente». Michèle no añoraba la familia tradicional porque para ella solo existía un modelo, el único que conocía: su mamá. Las dos juntas en un pequeño pueblo llamado Épinal al este de Francia. Las dos juntas, desde los años cuarenta hasta los sesenta, cuando Michèle —ya veinteañera— salió por primera vez del pueblo para aprender a vivir de otra manera, en una ciudad grande que parecía ser el centro de todo lo que ocurría, mezclándose y perdiéndose en hordas de personas desconocidas. Otra vida, del todo contraria a la que junto a su madre conoció.

El único recuerdo que Michèle cree tener de su padre es una vaga imagen. Un hombre sentado frente a una ventana, su rostro oscurecido por el contraste con la luz proveniente del exterior. Ella, Michèle, seguramente capturó esa escena desde su cuna, observando al mundo de los adultos desde abajo. Aunque es bastante probable que no sea un recuerdo de verdad. Puede que solo sea una idea que la memoria insiste en convertir en recuerdo para aferrarse a algo.

«Mi papá no era una ausencia, era un fantasma». Un fantasma que siempre hacía llorar a su madre. Frente a abogados y trabajadores sociales rompía en llanto al contar el destino de quien había sido su marido. Un destino sobre el que Michèle no se atrevía a preguntar. Preguntar haría a su madre hablar del tema, y hablar del tema siempre involucraba tareas y complicaciones, ir a pedir papeles, solicitar ayudas y esperar en oficinas, por lo que prefería no decir nada. Se contentaba con la información que le llegaba como si fueran casuales ráfagas de aire. Sus certezas eran dos: la ausencia de su padre y el llanto de su madre.

Durante su infancia escuchaba a Jacqueline llorar en voz baja desde la habitación continua. La sentía en el comedor, recibiendo visitas de abogados y trabajadores sociales que podrían ayudarla. Eran muchos los trámites que debían hacer luego de su muerte, y en cada uno Jacqueline se veía en la obligación de recordar lo sucedido con la mayor cantidad de detalles posibles. Michèle la veía sollozar cada vez que se enfrentaban a uno. Y la imagen de Jacqueline rompiendo en lágrimas le resultaba tan horrible que tampoco de adulta se atrevió a preguntar nunca sobre su padre.

* * *

Michèle recuerda algunas cosas que le indicaban la constante tristeza e incomodidad de su madre. Pistas escuetas sobre lo que podría haber estado ocurriendo en su misterioso mundo interior.

Recuerda el fin de la Segunda Guerra Mundial. Más que una escena concreta, guarda destellos de algunas imágenes. Recuerda salir a la calle para celebrar. Recuerda las masas de gente, personas vitoreando y alzando banderas y velas prendidas. Recuerda la felicidad en el rostro de los desconocidos, la ilusión, la energía en sus voces. Recuerda estar en brazos de Jacqueline y verla apagada, con los ojos tristes, como si estuviera viviendo algo del todo diferente al resto. Jacqueline parecía estar en otro lugar, congelada atrás, en el tiempo. El fin de la guerra aparentaba indicar que todo el mundo seguiría adelante, pasaría la página, enterraría a sus muertos y dejaría de repasar el pasado en busca de respuestas porque era mejor olvidar. Las respuestas que ella necesitaba también quedarían atrás, fuera de su alcance. En un momento durante aquella marcha festiva, Michèle bajó la vista y vio que le faltaba uno de sus zapatos. Recuerda sentir que el mundo se le venía abajo. Porque un zapato era dinero, y el dinero era un problema para ella y Jacqueline. Sin atreverse a decirlo, miraba el rostro de su madre, casi pegado al de ella, y recuerda el dolor de estómago al saber que le daría un nuevo problema. Porque aunque aún no sabía concretamente los motivos, ya tenía la certeza de que su madre se enfrentaba a demasiadas cosas difíciles.

* * *

Pero sabía otras cosas. Cosas a medias, verdades sin terminar. Sabía que algo malo había pasado y ahora su madre recibía todos los meses una pensión para recompensar ese algo. Sabía que ese algo la había dejado sin padre y que, a modo de recompensa, el gobierno la había nombrado pupila de la nación, responsabilizándose por sus necesidades y educación. No entendía muy bien de qué se trataba aquel título, pero Michèle tenía un especial orgullo por este. Entre sus compañeros de clase se sentía importante. No tendría papá, pero era pupila de la nación.

* * *

Algo más que aquella ausencia dejó en la vida de Michèle fue el catolicismo. Si bien Jacqueline no era creyente, Marcel lo había sido, y le había comentado a su esposa lo importante que era para él que Michèle fuera criada en la religión católica. No sé si en su momento fue algún punto de choque o discusión, pero Jacqueline se encargó de que su voluntad se cumpliera. Con regularidad llevaba a Michèle a misa. La acompañaba, sentada en los bancos de la capilla de Épinal, quizás sin escuchar ni poner demasiada atención, pero incitando a su hija a que estuviera alerta.

La llevó a las clases de preparación para la primera comunión. Le hizo el vestido blanco que debía llevar aquel día. Se sentó en la iglesia y la vio entrar en fila con el resto de las niñas, recibiendo el cuerpo de Cristo, persignándose y apoyándose con las rodillas en el piso, en silencio.

De la misma forma en que Jacqueline lo hacía, Michèle cumplía con los deseos de aquel fantasma que marcaba sus pasos. Quizás estas eran las únicas pruebas más o menos tangibles de que estuvo ahí en algún momento, que su voz se escuchó. Pero a medida que pasaban los años, la fe de Michèle la fue abandonando. O quizás nunca la tuvo, y se demoró en reconocerlo. Para cuando era adolescente, la religión ya no formaba parte de su vida. Nunca volvió a ir a misa de forma consistente y a sus hijos jamás les habló de Dios ni de Jesús.

Pero en aquellos momentos de su infancia sí creyó un poco. Tal vez sencillamente era una conexión con algo anterior, leve, algo más largo que el tiempo. Su fantasma adquiría forma y aparecía ahí, sentado entre ella y su madre. La ausencia que llevaba consigo palpitaba.

* * *

«Duelo se le llama a ese sentimiento en el cual quien se ha ido se hace quizás más presente que cuando aún estaba. El duelo designa un tiempo de una dolencia muy peculiar; se trata de un tiempo de reajuste y readaptación», escribe Andrea Kottow en *Fronteras de lo real*. Toda una vida en un proceso de reajuste y readaptación. Adaptarse al brusco cambio de planes que arremetió contra la idea de cómo pensábamos que las cosas resultarían. Toda una vida reajustándose a dejar ir. A estar de luto por lo que se marchitó de forma tan precoz. «Estar en duelo significa no superar la pérdida del otro. Estar en duelo es tener al otro, aunque sea desde su más dolorosa ausencia presente», insiste Kottow y en mi cabeza golpean con fiereza estas ideas.

Si nunca sales del duelo quizá quedas para siempre bajo los tormentos de esta ausencia y presencia. También del duelo de alguien a quien nunca conociste.

* * *

El centro de Épinal había sido bombardeado durante la guerra y tuvieron que pasar muchos años hasta que se pusiera en marcha un proceso de reconstrucción. Los escenarios de infancia de Michèle son los de unas ruinas inhabitables. Yendo al liceo, a comprar, a misa, jugando en la calle con los amigos, siempre debía convivir con ese recordatorio de destrucción y pérdida, de lo que pudo ser y no fue. Se volvió parte de su rutina, de su ADN quizás. Un perenne recuerdo de que el pasado siempre está ahí, acechando y haciéndose notar por más que quieras ignorarlo.

Una vez al mes, Michèle se dirigía junto a su madre al edificio municipal donde se otorgaban los tickets de racionamiento, la única

manera de repartir la poca comida que había de forma justa. Entre las ruinas de la ciudad, hacían la fila junto a muchas otras mujeres, niños y hombres que esperaban ese día del mes para abastecer sus cocinas. A veces la congregación era tanta que pasaban horas esperando. La gran mayoría eran conocidos, se veían forzados a mantener cordiales conversaciones y hacer preguntas y comentarios sobre el clima a pesar de que la ansiedad palpitaba, siempre con el miedo de que algo saliera mal. Al final recibían los preciados tickets que valían por ciertas cantidades de leche, pan, harina y huevos. Los dedos casi temblaban al recibirlos, como si fueran tan frágiles que hasta el roce con la tela de sus chaquetas pudieran destruirlos, y después procedían a guardarlos con mucho cuidado en los bolsillos. En las tiendas, después de pedir lo esencial, Michèle veía a Jacqueline apoyarse en el mesón para sacar de su monedero uno de los pocos billetes que tenía y pedir un pedazo de bistec pequeño, el único para el que le alcanzaba. Pedía que lo envolvieran y lo guardaba bajo el brazo.

Volvían caminando a casa. Jacqueline acarreaba las flamantes bolsas de mercadería por las calles con una expresión seria y cansada, ya comenzando a jadear luego de tantas horas de ajetreo.

Por las noches Michèle se sentaba en la mesa frente a un plato con ese pequeño bistec, solo para ella. Jacqueline cenaba verduras, un poco de pan y a veces queso.

Come, le ordenaba Jacqueline dedicándole miradas de reojo. No te vas a levantar de la mesa hasta que hayas dejado el plato vacío.

Michèle obedecía. Porque los niños debían comer carne, eso decía Jacqueline. Los niños necesitan estar fuertes para crecer. Y aunque muchas veces deseaba que fuera su madre la que pudiera cenar ese pequeño bistec, obedecía.

* * *

El primer hogar de Jacqueline y Michèle en Épinal fue un departamento estudio muy pequeño. Estaba ubicado en un sector aglomerado, donde vivían muchas otras personas que llegaron al pueblo en la misma situación desesperada que ellas y que no pudieron encontrar algo mejor.

Durante los primeros años de su vida, Michèle dormía en la misma cama que Jacqueline.

Recuerda estar acostada ahí por varias horas, bebiendo leche caliente de una mamadera y observando cómo su madre continuaba trabajando en la pequeña cocina, limpiando o bordando y arreglando la ropa de Michèle, siempre preocupada de que se viera lo más presentable posible.

Recuerda estar atenta a todos los movimientos de Jacqueline, a cada cosa que ella hacía. Recuerda darse cuenta de cuando empezaba a prepararse para ir a dormir; se paseaba por el baño, se lavaba la cara. Entonces Michèle sentía un relámpago de emoción atravesarle el cuerpo hasta el punto de que parecía imposible moverse siquiera. Veía a Jacqueline salir del baño para ponerse el pijama y Michèle se regocijaba, el mejor momento del día era cuando su madre iba a acostarse a su lado.

* * *

Los sábados, aquellos eternos días destinados a las tareas domésticas, tenían olor a cloro. Las manos de Jacqueline estaban impregnadas por ese aroma, como evidencia de una vida en la que no se estaba permitido ni un respiro, ningún detenimiento. A Michèle la fragancia del cloro le resultaba insoportable. No porque le fuera especialmente molesta, sino porque le recordaba las condiciones en que su madre existía, estancada. Una vida que se cortó cuando recién comenzaba. Una vejez prematura.

El dinero era escaso, no solo para ellas, sino que para todo el mundo en los años posteriores a la guerra. Las actividades giraban en torno a lograr lo necesario para sobrevivir, buscando a diario la forma de tener un lugar donde dormir y comida que servir. El trabajo era el centro y el resto de la vida giraba según ese eje. Se levantaban muy temprano, en invierno antes del amanecer. Jacqueline hervía la leche y preparaba el desayuno de Michèle, quien entre bostezos y ojos somnolientos comía sentada a la mesa de su pequeña cocina. Luego de limpiar y de que ambas se lavaran y arreglaran, Jacqueline se iba a trabajar a su puesto en el banco y Michèle a las clases en el pequeño

liceo del pueblo. Por las tardes, Jacqueline fiscalizaba que Michèle hiciera sus tareas para después limpiar, hacer la comida, cenar e irse temprano a dormir. Al día siguiente todo se repetiría. Los fines de semana, limpieza a fondo del departamento.

Una de las pocas actividades de Jacqueline no relacionada con el trabajo eran las visitas de su amiga Terese. Su única amiga. Michèle veía a las dos mujeres sentarse en el comedor con humeantes tazas de café. Hablaban en tono pausado y bajo, sin denotar ningún tipo de emoción. Sin un interés común, sin un tema de conversación demasiado apasionante. De adulta, Michèle no lograría recordar nada de lo que Terese y Jacqueline hablaban. Quizás aquella amistad no estaba sedimentada sobre una inclinación real, sino más bien solo por descarte. Quizás Terese era la única candidata de amiga para una joven viuda demasiado ocupada en un pueblo pequeño. Quizás se lamentaban entre ellas. Intercambiaban problemas. Quizás comentaban las noticias y las cosas que pasaban en el pueblo y eran la una para la otra la única opción de ser escuchadas y participar del mundo, por más pequeño que este fuera. Después de una hora, Terese se levantaba, se despedía y se iba con la promesa de volver pronto, misma hora y mismo lugar.

Y Jacqueline volvía a su existencia de siempre.

* * *

Una vez, cuando tenía cinco años, Michèle acompañó a Jacqueline a encontrarse con un hombre. Él manejaba un auto. Las dos se subieron. Jacqueline, en el asiento del copiloto, permanecía con una expresión contrariada y alternaba la vista entre el hombre y Michèle, sentada en la corredera de atrás. La presentó sin demasiados detalles: esta es mi hija.

Fue extraño, recuerda Michèle. Un poco incorrecto.

De niña, Michèle siempre pensó que la vida de Jacqueline se había interrumpido por su culpa. Que había sido ella quien la había dejado estancada. El asunto del amor se había convertido para su madre en algo complicado y extraño. Como lo condensa el recuerdo de Michèle, escondidas en un auto, Jacqueline contrariada presentando a su hija.

* * *

Recuerda ver a Jacqueline salir por las noches. Recuerda asomarse por la ventana y verla salir de la casa muy abrigada para luego subirse al auto de un hombre, probablemente el mismo que Michèle había conocido aquella vez. Volvía más tarde. Recuerda el vapor provocado por su respiración en el vidrio de la ventana, mientras la esperaba. Recuerda dibujar con sus dedos en el ventanal frío. Y recuerda su alegría al verla regresar.

La vida amorosa de Jacqueline estaba sedimentada como un misterio, un terreno inaccesible para Michèle. Nunca hablaron de eso, nunca se hicieron preguntas. «En ese tiempo no hablábamos de nosotras. No había tiempo para hablar de nosotras». Ya de adulta, Michèle dice que recuerda esos años como rígidos y tristes. Ningún momento cariñoso junto a su madre.

* * *

En la gran mayoría de sus primeros recuerdos, Michèle espera a su madre. Sentada en las rodillas de su abuela con quien pasaba las tardes luego de las clases, calculaba el tiempo que faltaba para que Jacqueline volviera del trabajo.

En el invierno las horas de espera se convertían pronto en noches. Su abuela prendía el horno de la cocina para que el departamento no estuviera tan frío. Para matar el tiempo, le decía que contaran las luces de las casas de los vecinos. En un principio Michèle aún no sabía contar, pero Épinal era pequeño y no había demasiadas luces como para perderse. Michèle apuntaba con el dedo. Ahí veo una. Ahí veo otra. Y otra, llevo tres. De pronto una de las luces se apagaba y su abuela le pedía que comenzaran de cero. Ahí hay una. Ahí hay otra. Dos. Y su abuela le decía muy bien, sí, hay dos luces.

Así aprendió Michèle a contar: apuntando con el dedo las luces que faltaban para que Jacqueline volviera.

* * *

Era 1953 y la princesa Isabel iba a ser coronada como reina. Dada la magnitud del evento, el pequeño cine de Épinal transmitió la ceremonia completa. Fue la primera vez que el mundo llegó a Épinal. Por lo menos para Michèle y Jacqueline.

Ellas nunca iban al cine —el gran y único entretenimiento del lugar— pero decidieron que no se lo podían perder. Se sentaron en las butacas y vieron la ceremonia por tres horas sin interrupción. Durante aquel rato, Épinal no fue el fin del mundo. El horizonte se extendió hasta un lugar en el que existían reinas, princesas y otros países. El horizonte se extendió y dejó asomar esas posibilidades en las que el mundo parecía ofrecer algo más. Pero era inevitable, de pronto la pantalla se fue a negro. Todo se terminó. Michèle y Jacqueline volvieron a su casa y las salidas al cine de nuevo fueron impensables.

* * *

Hay otro recuerdo de esos años en Épinal. Un recuerdo solitario, aislado, de esos que tardan en aparecer como parte de tu memoria. Se anunció que en el cine del pueblo proyectarían *Bambi* y el curso de Michèle se organizó para ir. Ya conocía la historia, tenía un libro que la contaba y Jacqueline a veces se lo leía. Cuando llegaban a la parte en que Bambi perdía a su mamá, Michèle rompía en llanto, una y otra vez, a pesar de saberse de memoria el curso de la narración. Jacqueline intentaba calmarla, mientras la pequeña cara de Michèle se ahogaba en lágrimas y mocos. A pesar de la tristeza que le producía, Michèle siempre volvía con el libro en la mano pidiéndole a su mamá que se lo leyera.

Jacqueline no quería enviarla sola a ver una película que la haría llorar de manera destemplada. Antes de que partiera, le entregó un pañuelo. Ya conoces la historia, le dijo. Ya sabes lo que va a pasar. Cuando creas que vas a llorar aprieta el pañuelo y muérdelo.

Michèle partió al cine, en fila con el resto de sus compañeros de clase, con las instrucciones de su madre presentes. Rozaba continuamente con el dedo el pañuelo que llevaba en su bolsillo. Se sentó en la butaca con los pies estirados, sin que estos tocaran el suelo. Y cuando en la pantalla Bambi llamó a su madre sin recibir

respuesta, sintió sus ojos humedecer y de inmediato se metió el pañuelo en la boca. Pensaba en su mamá, porque siempre quería que las cosas resultaran de la forma que ella deseaba.

Esa tarde, en la sala de cine y mordiendo con fuerza el pañuelo, aprendió a vivir la pena de la misma forma que su madre: como un grito ahogado.

* * *

Cuando Michèle habla de su vida, pasa por la adolescencia sin detenerse demasiado, con cierta obligación, como si fuera un trámite para llegar a lo más importante. En cambio, puede pasar horas hablando de su infancia, escena tras escena. Puede describir con exactitud sabores, olores, lugares. El color de las cerezas en primavera y la canasta demasiado grande para ella en donde las guardaba luego de recogerlas. La fragancia de la colonia de Jacqueline invadiendo la habitación cada vez que entraba. Aquella ocasión en que su madre se enfermó de sarampión y tuvo que aislarse por varias semanas para no contagiar a nadie. Michèle se escapaba todos los días del cuidado de la abuela y se asomaba desde el umbral de la puerta, su pequeño cuerpo no alcanzaba la altura de la manilla, limitada por la prohibición de no entrar. Veía a su madre recostada en la cama, ojerosa y más delgada de lo normal. La saludaba con la mano, Jacqueline le respondía con una sonrisa y Michèle tenía que controlar el temblor que le provocaba el impulso frustrado de correr a acostarse junto a ella. El sabor de los platos que su abuela le preparaba mientras Jacqueline estaba enferma, el permiso de salirse del estricto menú de todas las semanas y cocinarle sus comidas favoritas. La leche condensada hirviendo. Los huevos convirtiéndose en merengue. La harina tomando forma hasta terminar por transformarse en la base de una tartaleta de chocolate. El lenguaje del amor a la cocina naciendo en ella.

Cuando Michèle la rememora, su infancia parece infinita.

«Miramos el mundo una sola vez, en la *infancia*. El resto es memoria», escribió Louise Glück y quizás es lo que le ocurre a Michèle. Tal vez para ella los años posteriores no son más que el efecto colateral de su niñez. Quizás sus primeros años son los que

abarcan lo importante.

Georges Perec en *W o el recuerdo de la infancia*, libro en que relata sus años de niñez luego de que sus padres murieran en un campo de concentración, escribe sobre aquel período: «Durante mucho tiempo traté de eludir o enmascarar esas evidencias encerrándome en el estatuto inofensivo del huérfano, del no engendrado, del hijo de nadie. Pero la infancia no es nostalgia ni terror ni paraíso perdido ni Toisón de Oro, sino quizá horizonte, punto de partida, coordenadas a partir de los cuales los ejes de mi vida podrán encontrar su sentido».

Quizás pasamos toda la vida moviéndonos a través del eco de nuestra infancia, todavía haciendo ruido. Todavía dictando cada uno de nuestros pasos.

* * *

De la adolescencia de Michèle tengo poco, pasajes sueltos e inconexos, y busco la manera de hilarlos.

Por ejemplo, un recuerdo: una vez la operaron de apendicitis y tuvo que pasar algunos días en el hospital de Épinal. Los hombres de su curso se organizaron para ir a visitarla, llevando cada uno una flor. Se la entregaban a medida que entraban. Michèle las recibía acostada en la cama, hasta que se formó en sus manos un gran ramo de flores. Cuando me lo contó, muchos años después, todavía se sonrojaba y decía con aquella manera suya de equivocarse en las temporalidades al hablar español: ese día yo fui muy contenta.

También en ese silencio, supongo, está la esencia misma de la adolescencia viajando por el tiempo y los contextos, canalizándose de diversas formas, pero manteniendo el mismo perenne corazón. Las amistades, los sueños, las confesiones. Maquillarse frente al espejo del baño entre conversaciones de amigas, con el peinado corto y los vestidos hasta debajo de la rodilla, propios de los años cincuenta. La moda parisina llegando a los pequeños pueblos, quizás demasiado tarde. Las tiendas intentando replicar lo que se usaba en la capital, a menor precio y escala. Las revistas con fotos de modelos y actrices que mostraban esa glamorosa vida lejana, un mundo diferente del que ellas habitaban. El aburrimiento dilatando las horas y los días, porque

en Épinal no había mucho que hacer ni personas que conocer. El tiempo haciéndose tan largo que una de las únicas formas de matarlo era con las fantasías que se contaba para sí misma.

Estaban las fiestas en el gimnasio del liceo o en espacios municipales, un par de veces en el año. La música saliendo por los tocadiscos y los bailes tímidos, guardando las distancias y apariencias. Después, las conversaciones susurradas al momento de volver a casa, rumores y comentarios sobre los jóvenes que asistieron a la fiesta, los posibles pretendientes y amores. Las amigas tomándose del brazo, apretándose emocionadas e imaginando el futuro, ilusionadas no necesariamente por algún romance sino más bien por las posibilidades de la existencia. Pequeños y cohibidos sueños de provincia que nunca llegaban muy lejos.

A Michèle los sueños la acompañaban hasta la puerta de su casa. Ahí quedaban al volver por las noches, siempre a una hora decente, siempre cumpliendo las normas de Jacqueline. Sus sueños no cabían allí, bajo esa luz tenue del departamento encendido por las lámparas de noche, porque la imagen de Jacqueline —como todos los sábados acostada desde temprano— era también el reflejo de un espejo, una advertencia de la vida que deparaba a las mujeres que se quedaban ahí.

Michèle recuerda haber visto algunas fotos de la adolescencia de Jacqueline. Una en especial le llamó la atención: su mamá aparece en Macon, junto a una amiga, montadas en unas motocicletas. Posan con sonrisa y actitud osada, aguantando las risas. Jacqueline debía tener unos dieciséis años, antes de que su padre muriera, antes de la Segunda Guerra Mundial, antes de enamorarse y perder a su marido. Ante los ojos de Michèle, la foto parecía mostrar la superficie de un mundo que siempre le permanecería oculto. Sus sueños, los pensamientos que le ocupaban la mente, las amistades de la adolescencia. Todo eso parecía existir en otra dimensión.

En esas fotos Jacqueline se veía como una desconocida. Al verla, Michèle disparaba pregunta tras pregunta.

Quién eras.

Quién ibas a ser.

* * *

Michèle deseaba que Jacqueline la mirara con más atención. Que no solamente posara los ojos en ella. Verla, aprehenderla, absorber su tácita esencia. Que pudiera ahogar los ruidos y mover la neblina del dolor y el trabajo para que de pronto las imágenes se le aclararan.

Quería, por ejemplo, que viera lo mucho que amaba los libros. Que notara cómo sus ojos se abrían y las manos le temblaban de emoción cuando tenía uno nuevo en su poder. Cómo se acercaba para oler el papel y acariciaba con suavidad las páginas para sentir su textura. Quería que supiera que moría por tener libros propios, esos prestados brillaban ante ella como la más codiciada posesión. Un acceso al mundo, una huida, la posibilidad de salir de Épinal sin siquiera levantarse de la cama.

Quería que notara la ilusión que le producía ver los regalos que su tía Monique le dejaba por Navidad: varios libros que serían los únicos que recibiría durante todo ese año. Quería que Jacqueline se diera cuenta, y que también tuviera la iniciativa de comprarle alguno para la Navidad o su cumpleaños.

Michèle no se lo iba a pedir, claro. No se atrevía a exigirle nada a su madre sabiendo todas las preocupaciones a las que se enfrentaba a diario. Pero le hubiera gustado que se diera cuenta. Incluso, ante la falta de dinero, que tal vez la hubiera llevado a la biblioteca o hubiera inventado alguna solución para esa ferviente pero silenciosa necesidad.

* * *

Hubo un pequeño cambio cuando Michèle tenía alrededor de quince años. Un leve y nuevo aire de esperanza invadiendo los andares de su madre. De pronto ella mostró cierta soltura y se le asomó una alegría. Jacqueline no se lo dijo, pero Michèle sospechaba el motivo de la actitud de su madre: estaba enamorada. Enamorada como hacía mucho no lo estaba. Enamorada en secreto de un hombre con el cual las cosas jamás llegarían a puerto.

Para ese entonces, Michèle había pasado muchos años sin pensar en

la vida amorosa de Jacqueline, desde esos tiempos de infancia en que un hombre la pasaba a buscar. Lentamente esa historia se desintegró, perdiéndose sin dejar rastro. A Michèle incluso se le había olvidado que su madre podía existir en ese plano, en el del amor romántico. Pero ahí estaba la prueba de que esos sueños continuaban viviendo dentro de ella. A Michèle volvía a palpitarle esa vieja culpa, porque sabía que no existían muchas posibilidades de construir planes para una viuda con una hija adolescente. Sin embargo, por un par de años, Jacqueline fue feliz. Aunque fuera breve, se permitió por ese tiempo soñar y llenar sus horas con fantasías. Su postura cambió, su voz se volvió más suave y fue como si de pronto hubiera rejuvenecido.

De un momento a otro tenía ganas de salir, de hacer planes. De ganarle espacio a su vida laboral y doméstica. Le dijo a Michèle que fueran al baile anual que se realizaba en la municipalidad de Épinal, que le enseñaría a bailar bien para que cuando fuera grande no pasara vergüenza.

Michèle no daba más de la emoción. Se puso su único vestido elegante, se maquilló y partió junto a su madre a aquel baile. Ahí la vio riendo, haciendo bromas, moviéndose con liviandad como si un peso hubiera abandonado su cuerpo. Era como verla siendo una adolescente, como si tuviera la oportunidad de comenzar de nuevo. Michèle deseó que esos instantes se extendieran hacia el infinito y también deseó que a su madre la vida le hubiera permitido vivir con esa alegría.

Después del baile volvieron caminando a casa. Mientras avanzaban por las calles de Épinal en mitad de la noche, sus lenguas sintieron permiso de soltarse y comentaron sobre los hombres que las habían sacado a bailar. Hablaban mal de ellos, los imitaban y rompían en risa. Durante aquella breve caminata sintieron leves pinchazos de libertad, de aquellos escasos momentos en que la ilusión de voluntad de una mujer de entonces podía gobernar sobre su destino. Solo por algunas calles pudieron sentir lo que sería vivir en un mundo diferente.

* * *

A los veinte años Michèle se matriculó para estudiar asistencia de ingeniera en el Liceo Técnico de París. Era lo que Jacqueline siempre quiso para su hija y para lo que había trabajado tantos años. Un futuro certero, por fin. Una noción de seguridad, la posibilidad de construir algo mejor.

Michèle dejó Épinal y a su madre atrás y se instaló en la capital francesa. Allí estaba todo arreglado para que Monique, la hermana menor de Jacqueline, la recibiera y alojara durante el tiempo que duraran sus estudios.

Eran los años sesenta y las calles de París comenzaban a llenarse de una nueva forma de vida. En comparación con Épinal, estar ahí era un torbellino de acontecimientos, movimiento y posibilidades.

Michèle salía del departamento de Monique y se subía por primera vez sola en el metro, mezclándose con las aglomeraciones de gente, viendo a personas muy distintas, un eterno desfile de caras desconocidas. Pasaba horas afuera, aquella ciudad que siempre parecía lejana estaba a su alcance. Comenzaron sus clases. Se movía cada día con más naturalidad en París. Se cortó el cabello sobre el cuello y empezó a inspirarse en las revistas de moda que vendían en los quioscos con la modelo Twiggy en la portada. Empezó a sentarse en las terrazas de los cafés para leer el diario o ver a las personas pasar, adoptando el voyerismo de los parisinos. Empezó a descubrir los teatros, la ópera, el ballet. Entró a librerías que jamás pensó que podían existir. Pasaba horas ahí y todos los días conocía un nombre nuevo, un libro nuevo, un nuevo modo de pensar. De pronto, ser joven comenzó a ser emocionante.

Sus amigos le recomendaron un libro escrito por alguien de su edad; *Bonjour tristesse* de Françoise Sagan. Era el que todo el mundo estaba leyendo, un suceso del cual ahora Michèle podía formar parte. Lo leía por las noches, acostada en la habitación del departamento de Monique que habían preparado para ella, prendada por la ácida y crítica voz de la protagonista que cuestionaba el mundo de sus padres de una forma insospechada aún para ella. Después veía a la joven autora, Françoise Sagan, siendo entrevistada en la televisión, recostada en su asiento mientras fumaba y observaba con

autosuficiencia y seguridad a la persona que le hacía las preguntas, con su cabello corto y su estilo desarreglado. Era como la personificación de una nueva era. Un despertar después de años siguiéndole el paso a los padres que continuaban viviendo bajo la sombra de la guerra. Era como ser joven por primera vez.

* * *

Supongo que fue en esos años en los que mi abuela Michèle fue mutando y se acercó más a la figura que yo conozco. Una mujer cuyo hábitat natural son las grandes ciudades, el ruido, las aglomeraciones. Evita el campo y la playa y cualquier destino que la aleje demasiado de las zonas urbanas, de las tiendas, del metro, del teatro y del cine. Una mujer que camina más de mil pasos diarios, siempre calculados por su reloj, atravesando todo París con autonomía y propiedad. Comprando libros, yendo al teatro, a la ópera, absorbiendo cada gota de cultura como si todavía estuviera recuperando el tiempo perdido.

La imagino en esos años caminando hacia sus clases, con su abrigo largo de lana a cuadrillé y un libro en mano, mirando su reflejo en las vitrinas de las tiendas y diciéndose con alivio a sí misma: esta soy yo.

* * *

Vivir en casa de Monique también significó para Michèle observar una vida del todo opuesta a la que su madre llevaba pero que, sin embargo, alguna vez y en otras circunstancias estuvo también a su alcance.

Al ver a esa mujer elegante y parisina que vivía en un gran departamento con gente que la ayudaba a limpiar y a cocinar, costaba imaginar que alguna vez fue una niña que vivió en el pequeño pueblo de Macon junto a Jacqueline. Costaba pensar que tenían el mismo origen, que sus historias se entrecruzaban atrás en el tiempo hasta volverse una sola. Comenzaron juntas, en el mismo lugar, pero la vida las llevó a extremos opuestos.

En 1935, el padre de ambas murió y se necesitaba a alguien que se hiciera cargo del negocio familiar. Todos los dedos apuntaron a

Jacqueline que, al ser la mayor, se vio obligada a abandonar el liceo y a dejar inconclusos sus estudios para mantener a su madre y hermanos. Tenía diecisiete años. Mientras todas las mañanas se levantaba temprano para seguir los pasos de su padre ausente en el trabajo y después volver directo a ayudar en las tareas del hogar, Jacqueline vio a su hermana pequeña avanzar por los diferentes niveles educacionales. Años después, cuando Jacqueline se encontraba viuda y con una hija pequeña, el término de la guerra significó que Monique podía continuar sus estudios superiores, por lo que ingresó a la carrera de derecho. Se codeó con personas de orígenes más cómodos y provenientes de linajes llenos de profesionales universitarios. Conoció alimentos nuevos, marcas nuevas, lugares de veraneo. Al terminar la carrera ya se había prometido en matrimonio con un compañero, el cual después hizo fortuna como abogado y pudo permitirle a Monique no ejercer el título que había obtenido y dedicarse a la familia. Aquel mismo título por el que Jacqueline sacrificó años de juventud con el propósito de que su pequeña hermana lo obtuviera.

Ingresar a la vida de Monique era para Michèle conocer un mundo nuevo. Un lugar cómodo y tranquilo donde se podía ser libre de la preocupación del dinero. El tiempo se vivía de forma diferente, sin angustia, sin estrés. La vida cultural y las entretenciones se volvían una necesidad más que un lujo. La ciudad, el metro, los restaurantes, el movimiento. De pronto el horizonte se había ampliado.

Michèle recuerda cierta indulgencia en la actitud de sus tíos hacia ella, en la forma en que la cuidaban, con paternalismo. Ella no había tenido tanta suerte, era lo que de alguna forma le transmitían.

También recuerda sentir una silenciosa tensión entre Jacqueline y Monique. Mientras Jacqueline criaba como madre soltera a su hija en Épinal y no le daba descanso a su cuerpo, Monique vivía en un gran departamento en París, con empleados que se preocupaban de que no levantara ni un dedo.

Monique tenía una hija llamada Carole, la cual era diez años menor que Michèle.

Antes de irse a vivir junto a Monique a París, Michèle recordaba a

Carole como una niña pequeña que cada tanto veía. Durante la adolescencia de Michèle pasaron algunos veranos juntas, ya que Monique la invitaba a sus vacaciones. Carole tampoco guardaba recuerdos tan vividos de su prima mayor, pero de pronto la vio aparecer para instalarse en su hogar. Mientras Michèle estudiaba en la universidad, Carole sentía que sus padres se desvivían por complacerla y atenderla. No entendía por qué, si no era hija de ellos. Además, le daban todas las libertades que para ella aún no estaban permitidas. Michèle podía salir hasta más tarde, pasear sola, comer cuando quisiera.

Las crianzas que tuvieron hicieron que los caracteres de Michèle y Carole fueran opuestos. Mientras Michèle seguía la ética de trabajo de Jacqueline y su personalidad era seria y serena, Carole se había criado en la comodidad de una vida sin miedo, por lo que no sentía necesidad de controlar la voz al hablar y evitar soltar sonoras carcajadas.

Sus años de infancia habían quedado marcados en el cuerpo y se veía lo diferentes que eran al moverse, al desenvolverse en el mundo. Tal como Jacqueline y Monique, Michèle y Carole también eran dos polos opuestos surgidos del mismo lugar.

En mi memoria solo tengo un recuerdo claro de Monique y Carole. Yo tenía trece y, por primera vez, mi mamá nos había dado permiso a mí y mi hermana Dominga para viajar a Francia a visitar a Michèle. Una noche llegaron Monique y su hija Carole como invitadas. Me decían que yo ya las conocía, pero no las recordaba. Carole era una mujer alta, con una melena corta y rubia, que apareció vestida con elegancia, sonreía y hablaba muy alto y con entusiasmo mientras comía. Recuerdo haber sentido que estaba frente a una estrella de cine entrada en años, quizás por todas las historias y fotos que había visto y oído de ella. Monique era una anciana de cabello corto y negro. Llevaba una chasquilla, luego supe que para esconder una cicatriz que le dejó una operación, y unos anteojos redondos. Mientras Michèle y Carole hablaban en la cocina, atolondradamente, interrumpiéndose y dándose consejos sobre la comida y sintiéndose molestas por lo que la otra decía, Jacqueline y Monique se quedaron solas en el living. Las vi

ahí, sentadas una frente a la otra. Con el ajetreo de sus hijas de fondo, ellas permanecían calladas y mirándose fijo. No se decían nada, pero de pronto sonrieron, como si estuvieran intercambiando comentarios silenciosos sobre sus hijas. O de sus vidas, de sus destinos, quizás. Sobre dónde estuvieron y dónde terminaron. Toda la eternidad resumida en un suspiro. No lo sé. Pero esa escena está intacta en mi memoria. Me sentí invadida por una profunda ternura.

* * *

Volviendo atrás, Michèle se marcha y Jacqueline se queda. Ocean Voung, en su novela *En la Tierra somos fugazmente grandiosos,* escribe así sobre su madre: «Algo en su interior sabe que ella está ahí. Que está esperando. Porque eso hacen las madres. Esperan. Se mantienen firmes hasta que sus hijos les pertenecen a otros».

En esta parte de la historia, la vida de Jacqueline se mantiene en segundo plano. Sus días en Épinal, sus mañanas, sus tardes, las visitas de Terese, sus demonios interiores. Su eterna espera. Todo queda atrás y estancado. Quién sabe cómo habrá sido. La historia que conocemos de esos años —y que la familia mantiene viva al contarla— es la de Michèle.

* * *

Un día Michèle viaja en tren desde París a Épinal para visitar a Jacqueline. Camina por la estación acarreando maletas pesadas, pudiendo apenas cargarlas. Un hombre joven pasa a su lado echando una mirada rápida y después sigue su camino. Michèle piensa que es un gesto maleducado, que por lo menos le podría haber ofrecido ayuda. Como si le hubiera leído el pensamiento, el joven se detiene en seco unos pasos adelante. La espera, y cuando Michèle llega a su lado le pregunta: ¿Quiere que le ayude?

Michèle acepta y después él se sienta a su lado en el tren. Comienzan a hablar. Hablan todo el viaje. Es un hombre joven que se llama Daniel y que más adelante se convertirá en su marido y en el padre de sus hijos. (*Mi marido*. Así habla todavía Michèle sobre él.

Incluso después de su muerte. Incluso después de tantos años. *Mi marido*).

Al terminar el viaje, Daniel dejó a Michèle en la estación de Épinal luego de haber acordado planes para volver a verse. Michèle se quedó esperando a su madre, feliz y nerviosa. Pasado un rato llegó Jacqueline y, al notar a su hija sonrojada y alterada, le preguntó qué ocurría. Michèle le contó sobre aquel joven con el que había estado hablando durante todo el viaje en tren. Jacqueline la escuchó con expresión seria, como si viera la vida transcurrir en otra parte. Afuera el mundo se movía, las hijas se iban, las hijas estudiaban. Las hijas se enamoraban. El mundo seguía su curso, pero no para ella. Cuidado con los hombres que hablan mucho, fue lo único que le dijo a Michèle.

* * *

Pero resulta que Daniel no era de los hombres que hablaban mucho. Cuando Michèle terminó sus estudios, decidieron casarse, rompiendo los planes que Jacqueline había imaginado en su cabeza. Ella esperaba que su hija volviera a Épinal luego de estudiar, por lo menos por un tiempo. Madre e hija viviendo ahora sin el peso de los aprietos económicos. Conociéndose quizá por primera vez. La vida que siempre habían merecido. Pero Jacqueline no tuvo más que aceptar los planes de Michèle. «Porque eso hacen las madres».

Un 4 de agosto, Michèle entró a la iglesia con un vestido blanco que Jacqueline le había bordado. Su hija se comprometía a una nueva vida. Dejaba atrás Épinal, el departamento que compartían, los sábados de limpiar el hogar. «Porque eso hacen las madres. Se mantienen firmes hasta que sus hijos le pertenecen a otros».

* * *

Michèle y Daniel tuvieron dos hijos. Camille, mi mamá, y Charles. Michèle recuerda a Jacqueline sentada en el comedor de su casa, con su nieto de pocos meses de vida en las rodillas. La recuerda con la mirada perdida. Incapaz de sonreír. Juega con él, mamá, le decía Michèle, alentándola. Pero parecía no estar ahí.

Lo que de verdad ocurría era que el hombre del que Jacqueline estaba enamorada había muerto sin cumplir sus promesas. El mismo hombre de hacía años, el que la mantuvo durante el ocaso de su juventud estancada en una dilatada espera. Una que Jacqueline empezó a considerar una maldición propia que el destino le había impuesto. Siempre cerca, nunca ahí.

Ya entrada en la vejez, no podía hacer más que sentarse en el sillón y ver a sus nietos crecer, las nuevas vidas comenzando y andando mientras ella en silencio enlutaba a aquel hombre que por años le pidió su espera. Que le diera tiempo para resolver sus cosas, sus dineros, que terminara los trámites de su divorcio, que sus hijos crecieran y fueran a la universidad y maduraran lo suficiente para entender las segundas oportunidades. Año tras año se lo pedía otra vez. Jacqueline esperó como una estoica estatua. Pero ahora había llegado la sentencia definitiva, esas promesas jamás se concretarían. Otro final silencioso, del cual nadie a su alrededor se enteró porque fue un amor que vivió en secreto.

Solo nos queda imaginar los detalles de esta historia. Tal vez Michèle los imaginó también, a lo largo de los años, soñando con esa versión secreta de su madre en la que se le permitía ser mujer. Momentos robados, instantes prestados de otras vidas, conversaciones cortas y susurradas en lugares escondidos. Su madre reposando la cabeza en el pecho de un hombre cuya identidad era un misterio, contándose secretos y haciendo promesas. Quizá qué nos diría Jacqueline sobre esta historia si le pudiéramos preguntar. Tal vez fue una de gran importancia.

* * *

No sé en qué momento exacto de su biografía Jacqueline se convirtió en Manline. Probablemente cuando comenzaron a aparecer los primeros rastros del peso de los años. Cuando su cuerpo empezó a cansarse cada vez más en la desgastante rutina de Épinal. Al percatarse de aquello, Michèle insistió en que se mudara a París. Estarían más cerca, le dijo, y podría ayudarla con las compras y el orden del hogar. Después de un tiempo, Jacqueline accedió, se instaló

en el departamento de abajo del que compartían Michèle y Daniel junto a sus dos hijos. Los nietos le empezaron a decir Manline, una mezcla de Jacqueline y *maman*, y su nombre de nacimiento quedó atrás, en el pasado.

En París descubrió que le gustaba manejar. Los fines de semanas salía a las afueras de la ciudad para hacerlo por horas, sin tráfico ni semáforos. Conoció tiendas grandes y la variedad de productos que te hacían la vida menos trabajosa. Aprendió a usar el metro y a poder llegar a lugares lejanos muy rápido. Empezó a llevar una vida de ciudad y en cierto punto París le dio la posibilidad de volverse más moderna, incluso se inscribió en clases de yoga, la última de las modas de entonces.

Cada tanto, les hacía papas fritas a sus nietos. Cuando las puertas del ascensor se abrían, ellos ya sentían el olor del aceite invadiendo el pasillo. Ese era el olor a infancia. Y la infancia también era dormir en la cama con Manline, acompañarla a hacer las compras, verla coser por horas, escuchar la radio a su lado y esperarla a que subiera al departamento con algún postre recién hecho. Empezó a sonreír más, a relajar el cuerpo, a permitir que la alegría se le notara y a dormir un par de horas extras por las mañanas.

Habían encontrado una forma de existir en conjunto, en una armonía que hasta el momento era desconocida para ellas. Estaban aprendiendo a existir como una familia. Pero como todo en la vida de Jacqueline, eso duró poco. El trabajo de Michèle y Daniel los obligó a irse a vivir a Irán, y después a Chile. Jacqueline tuvo que ver una vez más a su familia partir. «Porque eso hacen las madres».

* * *

Me pregunto si de vez en cuando, en medio de su rutina como abuela y luego bisabuela, Jacqueline se permitía soñar con otra vida. Con la que pudo haber sido. Con los hombres que amó y perdió. Con la ilusión que alguna vez tuvo de envejecer durmiendo junto al calor de otro cuerpo. Si es que algunas veces se le escapaba la mente y pensaba en esas posibilidades cuando permanecía callada en la mesa en medio del almuerzo.

IV

Mi mamá se sienta al lado de mi abuela en las consultas con doctores. Escucha todo con atención. Michèle mira al médico mientras habla y, apenas termina, se vuelve hacia mi mamá, con la misma atención, con ojos pendientes, esperando una traducción. Mi mamá no solo pasa la información del francés al español, sino que le explica de forma más simple los términos médicos que conoce. Cuando habla con los doctores, mi mamá no escucha solo palabras, proyecta probabilidades frente a ella. Mantiene el rostro sereno. Asiente con la cabeza como si los datos que sueltan los doctores fueran noticias de lo más mundanas. Mantiene la compostura mientras siente un peso aplastándole el pecho. Intenta hacerlo para no alterar a Michèle.

Han estado hablando sobre la posibilidad de que mi abuela se haga el tratamiento en Chile. Es lo mejor, le dice mi mamá intentando convencerla. Acá no estaría sola. Michèle lo consideró por un momento. Como pocas veces le ocurre, mi mamá fantasea con la idea de que consideren el mismo lugar como casa. Pero Michèle cambió de parecer. Su verdadero hogar está en Francia. En el lugar donde nació y se crio. Se tratará allá.

Después de una de las muchas consultas médicas se sientan juntas en la cafetería. Una frente a la otra con dos cafés separándolas. Una distancia a la que se habitúan, como si siempre se aseguraran de mantener un espacio entre ellas. Entonces, con seguridad y sin titubear, Michèle le dice:

—Camille. —Le habla como pocas veces se hablan, mirándose a los ojos, viéndola directamente—. Camille, puedes decirme. Puedes decirme qué tan grave es.

V

El primer encuentro de Camille con la muerte fue cuando tenía ocho años. Acababan de volver a su departamento a las afueras de París luego de haber pasado unos días del verano en el sur de Francia, a donde los antiguos vecinos, un matrimonio y su hijo de la misma edad, se habían mudado y la habían invitado a pasar las vacaciones con ellos. Fue un verano perfecto, recuerda. Un verano de sol, piscina y juegos. Su amigo tenía algo que para mi mamá resultaba novedoso: un abuelo. Estaba acostumbrada a las abuelas, Jacqueline y su madre Angeline, que llegaban juntas todos los domingos a la hora de tomar el té. Juntas, como si la existencia de una dependiera de la otra. De la misma forma que yo vería a Michèle y Jacqueline durante mi infancia, dos figuras siempre en conjunto.

Camille sabía que debió haber existido un abuelo. En alguna parte de su historia familiar debía estar aquel incógnito hombre. Pero esa figura resultaba una nebulosa, tan abstracta como esquiva. Era como si siempre se estuviera escapando de los temas de conversación, como si ese abuelo corriera ante cualquier tentativa de ser mencionado. El resto se cuidaba de no nombrarlo; eso también mi mamá lo presentía. Michèle y Jacqueline parecían rodear el tema sin querer tocarlo. Hacían vista gorda, como si ignorar fuera una manera de cambiar los registros de la memoria. Camille sentía el peso del silencio sin darse cuenta. Ya de adulta caería en la cuenta de que en realidad siempre lo supo.

Así que aquel verano mi mamá estaba fascinada por el hombre mayor que invitaba a su casa y jugaba con ellos en el patio. Observó sus actitudes, sintió sus olores y escuchó sus formas de hablar, tan ajenas a su ascendencia viva, completamente femenina a excepción de su padre. Veía a esa familia en conjunto, imaginando quizás cómo sería la suya si las cosas hubieran sido diferentes.

Luego de esos días, Camille volvió a casa. Era domingo, por lo que

correspondía que Jacqueline y Angeline vinieran a la hora del té. Pero aquel día cuando se fue a sentar a la mesa solo vio a Jacqueline ubicada al lado de una silla vacía. Extrañada, Camille le dedicó una mirada inquisitiva a su familia. Todos mantenían la misma actitud de siempre. Rodeaban aquella ausencia, aquel puesto vacío, sin querer mencionarla, de la misma forma que hacían con otros huecos de sus vidas. A veces no era silencio, también los ocultaban con ruido para olvidarse de aquello que no querían mencionar. Mi mamá estaba aprendiendo a leer lo que guardaban esas formas.

Preguntó por su bisabuela. ¿Dónde está la *mamie*? Vio a Michèle intercambiar miradas nerviosas con Jacqueline en medio de un silencio sepulcral que sintió eterno. Michèle balbuceó un poco, sin saber cómo hablarle. Jacqueline bajó la mirada y Daniel continuó comiendo. Entonces Michèle, luego de tomar un profundo respiro, simplemente se lo dijo: Angeline había muerto durante esos días de sus vacaciones. Lo dijo sin darse demasiadas vueltas, de la forma en que se suelta información práctica y necesaria. Para Michèle el ritual de la muerte era algo diferente que para mi mamá. Para ella era algo conocido, cercano. Algo que estaba presente todos los días y de lo que te debías recuperar rápido, como quien saca las migas de pan del mantel de un manotazo. Cuando hay poco tiempo, extender el duelo no es factible. El duelo es tiempo y el tiempo es trabajo, y el trabajo era sobrevivencia. Te hacías cargo de forma rápida, como mordiendo un pañuelo para evitar romper en llanto.

La sorpresa de la pérdida tampoco era algo nuevo para Michèle, desde niña ya sabía que las cosas te podían ser arrebatadas de un momento a otro. Para Camille, en cambio, el impacto por la muerte de Angeline vino acompañado de indignación. ¿Cómo nadie le había dicho? ¿Cómo la pudieron haber dejado en sus vacaciones, disfrutando del verano, mientras Angeline se había muerto? ¿Cómo podían estar ahí, tomando el té de los domingos como si nada hubiera ocurrido?

Molesta, mi mamá se levantó de la mesa y se fue a encerrar a su pieza, donde se quedó a oscuras. Acostada en la cama sintió que la invadía un escalofrío, al mismo tiempo que la falta de luz empezó a

parecerle más tenebrosa que lo acostumbrado. De pronto era como si un vacío la ahogara. Un vacío que la volvía una isla y que Michèle también conocía de antes. Dos islas en océanos distintos, mi mamá y Michèle.

* * *

Hubo otra muerte en la infancia de mi mamá: la del cantante Claude François. Era su vocalista favorito y lo veía cantar con frecuencia en la televisión, siempre acompañado por sus bailarinas apodadas las *claudettes*. Similar a la de Angeline, esta muerte también irrumpió durante las vacaciones. Aquel verano mi mamá había sido enviada a unas colonias infantiles en Los Alpes, donde dormía en un gimnasio con muchos otros niños. Sus papás trabajaban y no había quien la cuidara durante los períodos sin clases, por lo que esta solía ser la solución al problema. Cuando llegó el fin de su estadía en la colonia, se subió al auto del conductor que se encargaba de acercar a los niños a la estación de tren. Estaba sola en el asiento trasero y viajando en un estrecho camino rodeado de montañas cuando escuchó la noticia en la radio. Claude François había muerto a los treinta y nueve años. Su fallecimiento era tan repentino como insólito: mientras se duchaba decidió salir todavía mojado para arreglar la bombilla de una lámpara. Se electrocutó y murió de inmediato.

El conductor del auto no dijo nada al oír la noticia. Continuó manejando en silencio y sin inmutarse. Atrás, mi mamá recibió la información como un golpe en el estómago. Sintió que empezaba a hundirse más y más en el asiento, como si cayera en un pozo. No podía dejar de imaginárselo electrocutado. Ese hombre tan apuesto, con sus trajes elegantes y su perfecto peinado rubio, de pronto muerto. Miró por la ventana, apoyando su cabeza en el vidrio, y sintió un peso en el pecho. Observó, con un nudo en la garganta, la amplitud del paisaje, la infinitud que proyectaba y lo pequeña que ella se sentía. Como si le estuvieran reforzando la idea de que el dolor se vivía en solitario.

* * *

A los once años mi mamá partió junto a su familia a Irán. Daniel trabajaba en las operaciones internacionales del metro y fueron congregados ahí para construir un transporte público subterráneo similar al de París. Los cuatro dejaron Francia y se instalaron en un departamento en Teherán.

Mi mamá tiene pocos recuerdos de Irán. Recuerda ir a comprar al mercado y que le sirvieran caviar en un papel de diario a un precio muy barato, por lo que comerlo no era allí un lujo. Recuerda ir a clases en la Alianza Francesa de Teherán. Recuerda un bus escolar que la pasaba a buscar todas las mañanas. Recuerda que en una ocasión el entonces presidente de Francia fue de visita. En modo de recibimiento, también asistieron el Sha Mohammad Reza Pahleví y su esposa, los monarcas y gobernantes del país. Antes de que comenzara la ceremonia, una profesora avisó que elegiría a dos niños para que le entregaran flores a los invitados. Tomaron a mi mamá del grupo, la apartaron del resto de los niños y le pusieron un ramo de flores en las manos para luego indicarle cuándo debía subir el escenario. Recuerda la mirada de la mujer del Sha recibiendo sus flores, la educada sonrisa, una leve inclinación de cabeza.

* * *

Camille pensaba, o quería pensar, que en las calles de Teherán podía pasar más o menos desapercibida como extranjera debido a sus ojos y cabello oscuro. Era cuando iba con su hermano Charles que llamaban la atención y se volvían foco de miradas. Su cabellera rubia, casi fosforescente, destacaba en todas partes. Había personas que se le acercaban para sacarle fotos o acariciarle la cabeza con un gesto cariñoso, ya que se decía que traía buena suerte. La gente lo piropeaba, le decían que era el niño más lindo, una preciosura. Camille caminaba acelerando el paso mientras su hermano la seguía atrás. Él se parecía mucho más a su mamá y abuela, salidos del mismo linaje, y eso a Camille a veces le daba un poco de celos. Porque quería parecerse, sentir que pertenecía y también que la gente le dijera en la calle que era una niña preciosa.

Una vez Charles tuvo una infección en el ojo y debió cubrírselo con

un parche. Al subirse al bus el chofer le preguntó qué había pasado. Camille sin dudar le dijo: lo atacaron y perdió el ojo. A veces le gustaba mentir así, sin motivo aparente. Era como tener algo privado, un secreto suyo.

Convencida de que el chofer había caído en su engaño, tomó asiento junto a Charles, saboreando la mentira que acababa de decir, pensándola una y otra vez como si fuera una moneda de oro.

* * *

Al poco tiempo de eso, otros franceses llegaron a la casa a advertirle a Daniel y Michèle que se debían ir lo más rápido posible de Irán, ya que se estaban realizando protestas contra el Sha y planes para derrocarlo en los próximos días. Daniel y Michèle, que trabajaban en el metro, iniciativa que formaba parte del criticado proyecto de Mohammad Reza Pahleví para implementar medidas occidentales en el país, decidieron partir de inmediato.

Camille recuerda ver a sus padres haciendo maletas de forma rápida, avisándole repentinamente que iban a marcharse. No hubo tiempo de ver por última vez a los amigos del colegio, de despedirse, de caminar una vez más por el barrio. Sin mirar atrás se subieron a un taxi que los llevó al aeropuerto.

Al llegar a París no tuvieron mayor tiempo para instalarse. Desde la empresa ya habían elegido el próximo destino laboral de Daniel. Camille escuchó el nombre de aquel lugar al que no podía ubicar en un mapa y del que desconocía el idioma. En su mente no pudo hacerse ninguna idea de dónde estaba ni cómo sería.

Chile, al parecer en el fin del mundo.

* * *

Una constante en la relación de Camille y Jacqueline: decirse adiós. Aprendieron a quererse al mismo tiempo que aprendieron las muchas formas de despedirse. Subiendo a un avión de París a Teherán, de París a Chile, de Chile a París. Cuando le tocaba decirle adiós a Jacqueline en algún aeropuerto, a Camille se le escapaban las lágrimas

al mismo tiempo que reposaba su pequeño cuerpo en el de su abuela. Sabía que se avecinaba el momento más triste, los primeros días sin ella con la frescura de la despedida latiendo, sintiendo aflorar los recuerdos de su abuela teñidos por la nostalgia, su olor irradiando al lado de ella, la maleta con la que siempre viajaba, su cabello corto y sus eternos anteojos.

Antes de despedirse, Jacqueline tomaba el rostro de Camille, le secaba las lágrimas y le decía a modo de consuelo lo mismo que mi mamá me diría después a mí cuando nos tocaba estar distanciadas: es bueno que nos dé pena separarnos. Significa que nos queremos.

* * *

A los trece años mi mamá se despidió de su primer perro, Ulises. Era una tarde de domingo en Santiago de Chile y estuvo todo aquel día sintiéndose nerviosa y angustiada ante la inminente despedida. Reinaba un silencio pesado en la casa. Tanto sus papás como su hermano Charles estaban más decaídos y desanimados que lo acostumbrado, moviéndose con lentitud y deseando arrastrar las horas con la mayor demora posible. Intentaban mantener la rutina, como si ignorar lo que estaba por ocurrir lo hiciera desaparecer.

Mi mamá se sentó en el piso al frente de Ulises mientras él dormía, recordando cómo le había enseñado a dar la pata y sentarse ante la orden *sit* cuando llegó. Llevaban dos años viviendo en Chile. Tener a Ulises fue como cumplir un sueño que parecía imposible en París, en su pequeño departamento no cabía ningún animal. Así que Daniel decidió que si iban a cumplir un sueño lo harían en grande y poco después de instalarse trajo a la casa un dóberman en edad adulta. Alto y fuerte, su atlético cuerpo de pura fibra se hacía notar en cada habitación a la que entraba. Si bien la excusa era que el perro sería para entretener a los niños, Daniel y Michèle se enamoraron de inmediato de Ulises. Todos lo hicieron. Cayeron rendidos, sorprendidos ante la naturaleza canina que hasta ese momento desconocían, ante la forma en que Ulises, poco tiempo después de su llegada, mostraba una lealtad devota, siempre caminando detrás de los miembros de la familia, siguiéndolos de cerca. Les asombraba la forma

en que se sentaba por horas en la entrada de la casa, vigilando con atención por sobre las rejas cualquier movimiento que ocurriera afuera. La familia se maravillaba y comentaban la inteligencia de Ulises, demasiada para ser un perro. Quizás era el más inteligente que habían conocido, se decían, a pesar de que nunca habían mantenido mayor contacto con otro.

Hay muchas fotos de Ulises, páginas y páginas en álbumes, apenas variando la pose. Mi mamá sonriéndole, Michèle felicitándolo después de que diera la pata. Mi mamá sentada en el piso de su pieza con él, amigas suyas a su alrededor mientras ella acaricia y mira con orgullo a su perro, siempre con la boca abierta de felicidad.

Mi mamá se encontraba ahí frente al perro, pensando en los principios y en los finales, cuando sintió como un auto se estacionaba afuera de la casa. Un ruido leve y lento, pero que hizo que todas las orejas se pararan y que el mundo se detuviera un segundo.

—Deben ser ellos —dijo Michèle.

Ellos, los que vendrían a buscarlo. Ellos, que se quedarían con él para siempre. Ulises se levantó al percibir movimientos en la entrada de la casa y fue a la puerta para olfatear, moviendo la cola e ignorando que pronto se separaría de la familia. Afuera había un auto estacionado del que bajaron dos personas.

En un momento pensaron en llevárselo de vuelta a París. Dejaron que esa idea los consolase por algunos días, pero se dieron cuenta de lo poco factible de ese plan. Qué haría un perro tan grande encerrado todo el día en un departamento pequeño. Tuvieron que deshacerse de ese sueño como también lo hicieron de la posibilidad de quedarse en Chile. Michèle y Daniel soñaron con esa idea. La tantearon con cuidado, como acercándose a algo que se puede romper con facilidad. Fantaseaban en voz alta. Abrir un hostal o algo así y dedicarnos a alojar y alimentar a turistas. Podríamos, ¿o no? Llevar una vida tranquila y feliz. Plantar raíces. Aquí. Para siempre. Pero la realidad pesaba demasiado. ¿Qué harían si las cosas salían mal? ¿Qué seguridad les quedaría? Había pocas certezas. Y Jacqueline estaba sola en Francia.

Tocaron el timbre. El matrimonio, sonriente y amable, venía a

buscar a Ulises en su camioneta. Vivían afuera de Santiago, en un terreno grande, y prometieron que él sería feliz jugando con sus otros perros. Michèle, parada en la calle afuera de la casa, les hablaba con educación, respondiendo a sus preguntas. Pero a pesar de la amabilidad que intentaba mostrar, en la serenidad de su rostro de pronto se escapaban miradas tristes hacia Ulises, que revisaba con curiosidad a los recién llegados. Mi mamá permanecía callada, observando cómo su perro se dejaba acariciar por el matrimonio. La golpeó la pena, pero también la realidad. Los años viviendo en Chile habían sido perfectos y se terminaban. El tiempo que pasó en Santiago había sido para ella una especie de oasis. La isla de la infancia que brillaría para siempre en las lejanías del tiempo. Siempre perfecta e inalcanzable. Allí, a diferencia de Francia, había una casa con patio, las calles del barrio eran tranquilas y llenas de árboles, los domingos casi no pasaban autos. Se sentía un poco como estar sola en el mundo. Podían salir a jugar y andar en bicicleta sin problemas. Podían conocer a los vecinos que vivían cerca, aprenderse sus nombres y estar en las calles sin hacer nada en especial. Las horas se derretían con lentitud frente a ellos durante las tardes de verano. Los cumpleaños estaban llenos de niños, había gritos por todas partes, no como las fotos de las celebraciones en Francia, en donde solo aparecían los padres y los hijos sentados frente a una soberbia torta sin compañía. Sin globos, sin serpentinas, sin manteles con dibujos de las caricaturas de moda. A diferencia de su infancia parisina, en Chile mi mamá tenía un grupo de amigas. Hay una foto en que aparecen sentadas en el piso de su pieza, al lado de la cama, las preadolescentes vestidas con chaquetas de jeans y pantalones hasta la cintura, mirando a la persona de la cámara con reprobación, como si hubiera interrumpido una conversación muy importante y confidencial. («Nunca volví a tener amigos como los que tuve a los trece años, ¿alguien más los tiene?». Así termina la película *Stand By Me*).

En Chile Camille también encontró a su propia persona. Aprendió a hablar español a la perfección, mientras que a sus padres les costaba. A veces, solo para tener un secreto, hablaba y escribía en su diario en su nueva lengua. Mientras Michèle y Daniel se demoraban en entender

al resto y su fuerte acento los delataba, Camille se comunicaba como una chilena más. Salía a la calle y se contentaba con el hecho de que nadie sospechara que venía de otra parte.

Cuando el hombre del matrimonio anunció que ya subirían a Ulises a la camioneta, mi mamá sintió que no podía aguantarlo. Entró a la casa rápido, sin mirar atrás, y se encerró en su pieza desde donde escuchó al auto partir, llevándoselo para siempre. Más temprano aquel día le había cortado un mechón de pelo, de la misma forma que años después haría con nuestro perro Copo cuando murió a sus dieciséis años. Sostuvo aquel mechón entre sus manos, lo último que le quedaba de Ulises, y sintió cómo las lágrimas empezaban a correr por su rostro.

Afuera, Michèle se mantuvo firme, mostrando la cara valiente en nombre de su familia. Se despidió. Agradeció al matrimonio que se hicieran cargo de su perro y le deseó a Ulises una feliz vida. Levantó la mano en señal de adiós mientras el auto se marchaba. Con los ojos húmedos, pero aguantando el llanto, como de niña había aprendido a hacer.

* * *

Mi mamá fumó su primer cigarro a los catorce años en una cafetería de París. Así comenzó la adicción que llevaría consigo para el resto de su vida.

Hacía poco que había vuelto de Chile y en su primer día de clases se dio cuenta de que estaba estancada en el tiempo. Lo supo al ver a sus compañeras de curso. Ellas ya eran unas adolescentes, vestidas con jeans y chaquetas de cuero, fumando en los recreos y mirando a los profesores con expresión de aburrimiento. Mi mamá todavía llevaba la ropa que Michèle le elegía y hablaba un francés infantil y educado, ajeno a los modismos que sus compañeras manejaban con destreza. Se reían de ella y hacían bromas a sus espaldas, hablando fuerte para cerciorarse de que la escucharan, y entonces mi mamá pensaba con nostalgia en Leonor, su mejor amiga chilena que ahora se encontraba muy lejos. Durante los recreos se encerraba en los baños, el miedo imposibilitándola de salir para hacerles frente a sus compañeros.

Pero un día algo cambia. A la salida de clases, termina conversando con un grupo de adolescentes de su curso. La incluyen, para su sorpresa, con cierta naturalidad y desinterés, como si no repararan demasiado en su presencia. Irán a una cafetería, como suelen hacer después de las clases, y la invitan. Mi mamá se va con ellos como si fuera llevada por la corriente. Caminan por las calles y siente la angustia que todos los días la asalta empezando a ser más leve. Se sientan en la cafetería, los adolescentes sacan sus cajetillas de cigarros y empiezan a fumar mientras piden café. Le ofrecen uno con relajo y mi mamá, temerosa de que vuelvan a reírse de ella, acepta. Se pone el cigarro entre los labios, da una calada y de pronto siente algo en ella detenerse. Me imagino que fue como enamorarse por primera vez.

* * *

Hay una película que se llama *Petite Maman,* de la directora francesa Céline Sciamma. En ella, Nelly —una niña de ocho años— se queda a solas con su padre en la casa de la infancia de su madre mientras ella va a la ciudad por algunas semanas. La abuela materna de Nelly acaba de morir, luego pasar toda una vida enferma, y su madre tiene que hacer muchos trámites. Saliendo a jugar y explorando el bosque, Nelly se encuentra a otra niña que resulta ser su mamá cuando pequeña. Ni una de las dos se sorprende al verse, a pesar de que son idénticas. Las niñas juegan, hablan y se conocen lentamente, cayendo en una cálida intimidad que no necesita demasiadas palabras. Nelly revisa la infancia de su madre y se da cuenta de los hechos tristes que tuvo que enfrentar; una casa vacía, una progenitora con salud deteriorada a la que había que ayudar. Ve a su madre —la adulta— con otros ojos luego de conocer su versión de niña. ¿Qué pasaría si tuviéramos esa posibilidad? La de conocer a nuestra madre cuando era niña, antes de las heridas que después vamos a confundir con su personalidad. Antes de que le provocaran aquellos dolores que luego acostumbraremos a pasar por alto. Todos los días.

«Siempre estás triste», le advierte Nelly a la versión niña de su mamá sobre el futuro. Le dice que teme que su madre, la adulta, no vuelva de la ciudad. Teme que la abandone para siempre.

«Siempre estás triste», le dice. «Y no quieres estar aquí».

¿Qué le diríamos? ¿Qué le advertiríamos?

La mamá de Nelly le responde, adelantándose a lo que su versión adulta pudiera pensar: «No creo que sea tu culpa. Tú no creaste mi tristeza».

En su libro *Una novela rusa*, Emmanuel Carrère dice: «[su madre] Tiene treinta años más que su padre cuando desapareció, y cuando piensa en él, piensa; pobre pequeño».

Y más adelante Carrère pensará de la misma manera sobre su madre.

«Pobre pequeña».

* * *

De vuelta en París, Daniel y Michèle habían vetado los televisores en el departamento. Después de la hora de la cena, cada uno se iba a su habitación a pasar las últimas horas del día en silencio. El departamento entero quedaba sumido en la oscuridad y en el mutismo, como si la vida se hubiera cortado de forma abrupta.

Daniel, Michèle y Charles dedicaban las últimas horas del día a la lectura, pero a mi mamá nunca le gustó leer. Sin nada que hacer, sentía que esas horas se expandían, al igual que el mismo departamento, que de pronto parecía ancho e infinito, borrando la posibilidad del mundo anterior. Estar demasiado contigo misma hasta el punto de sentir náuseas. El silencio de pronto sintiéndose muy cargado.

Adquirió el hábito de salir del departamento por las noches y subirse al ascensor para bajar al piso en el que Jacqueline vivía. Ya afuera del departamento de su abuela, podía sentir los ruidos del televisor, casi siempre encendido, colándose por la puerta para expandirse en el pasillo. Camille escuchaba las tranquilizadoras voces de periodistas o actores y se encontraba con la confirmación de que existía un mundo afuera. Era como ser abrazada por la tranquilidad.

Jacqueline le abría la puerta y mi mamá entraba con la confianza de quien llega a su propia casa. Ambas iban a la cocina para sacar del refrigerador la caja de chocolates que Jacqueline siempre tenía y se

servían un vaso de leche recién hervida. Tomaban asiento frente al televisor de Jacqueline y pasaban horas ahí, perdiéndose en la anulación del presente. No veían nada en especial, o nada que les apasionara demasiado. En general las noticias, películas que encontraban a la mitad en algún canal del cable —sobre todo las norteamericanas, ya que eran más alegres que las francesas— o un programa de concursos. La programación era lo de menos.

Mi mamá anhelaba ese momento como el más delicioso del día. Una pequeña caricia en la cabeza en modo de felicitación por haber aguantado toda la jornada. En la mente de mi mamá, Jacqueline siempre fue eso: un premio.

La abuela paterna de mi mamá, Manette, había sido directora de una pequeña escuela de provincias y una gran lectora. Ella había encontrado una suerte de reflejo en su nieto Charles, quien también desde pequeño mostró inclinación hacia la vida intelectual. Su conexión era tranquila, rodeada de la suave calma del silencio de aquellos que pueden pasar leyendo por horas. Jacqueline parecía reflejarse más en Camille. Lo que constituía aquel lazo no aparentaba ser concreto como lo era en Manette y Charles, existía de manera sutil y silenciosa, en la cotidianeidad de un departamento después de las nueve de la noche. A medida que pasaba el tiempo, aquel hábito de visitar a su abuela antes de irse a dormir se convirtió en rutina.

* * *

Al escuchar las descripciones que mi mamá hace sobre su abuela en aquella época, cuesta conciliarla con la mujer que Michèle recuerda de los años de su infancia.

Su rostro era distinto, relajado, ya no sostenía las facciones con tensión para aguantar la pena, los años y el trabajo. Su cuerpo tenía otra postura. Su voz se dejaba alargar con libertad en cada oración, volviéndose alegre y melódica. ¿Dónde quedó la mujer que Michèle recordaba?

Cuando Jacqueline le hablaba a su nieta sobre su vida y sus recuerdos, pintaba todo con pinceladas de optimismo. Las cosas habían sido lindas, todo había sido bueno. Una infancia feliz en el

campo. ¿Sabías que tocaba la trompeta en las fiestas de su pueblo? ¿Que mi papá hacía clases de música a los niños que vivían cerca y que la casa estaba llena de instrumentos y melodías? Le contaba anécdotas divertidas, como cuando su padre le pidió al niño que tocaba la trompeta que le mostrara su «do». El niño se dio la vuelta y se levantó un poco la camisa, porque había entendido que le pedían mostrar su «dos», es decir, su espalda en francés. Jacqueline se reía un montón cuando lo recordaba.

En sus historias no había tiempo ni espacio para el dolor. Tampoco para las explicaciones.

Aun así, mi mamá sentía un leve cambio en la voz de Jacqueline cuando bordeaban ciertos momentos de su vida. Las sonrisas continuaban, pero parecían luchar por mantenerse estoicas. Sabía que aquello sobre lo que no se hablaba debía estar por ahí, revoloteando a su alrededor y haciéndose notar en los momentos menos esperados, de golpe como un fantasma.

¿Dónde quedaron esas palabras sin decir? ¿Esas vidas camufladas por la necesidad de llenar los vacíos con frases bonitas y temas de conversación más amenos? ¿Hacia dónde iban? ¿En qué se convertían?

* * *

Quizás se iban directo a la garganta de mi mamá. Quizás se convertían en ese nudo que siempre estaba pero que a ratos se volvía demasiado pesado como para aguantarlo. Quizás eso pasa con todas las palabras e historias que te comes. También con las que callan los que te anteceden, siguen estando en las gargantas de quienes llegan después.

* * *

Después de clases, mi mamá aprovecha la soledad del departamento para apoyarse en la ventana de su pieza y fumar. Es un secreto, sus papás todavía no saben que lo hace. Ha inventado todo un sistema de ventilación para procurar no dejar un rastro. Abre la ventana que está al frente de su pieza, en el baño, así circula el aire. Se sienta en el

umbral de su ventana, la mitad de su cuerpo afuera, y aprovecha de fumar la mayor cantidad de cigarros antes de que sus papás vuelvan del trabajo.

Hacía un tiempo que había comenzado la ansiedad. Una muy fuerte. Era como un peso cayéndole encima por las noches. Como unas manos imaginarias apretándole la garganta hasta dejarla sin respirar. A veces se levantaba, buscando que el movimiento la ayudara a retomar la respiración, y de pronto se encontraba con Michèle en algún lugar del departamento. La miraba y no sabía cómo explicarle lo que le ocurría. No existía esa sensación en el plano de las palabras.

Cuando mi mamá escuchaba las puertas del departamento abrirse, apagaba rápido el cigarro y lo tiraba. Se levantaba, examinaba la calidad del aire e iba a saludar a sus papás. Si Michèle venía de hacer las compras, la ayudaba a llevar las cosas a la cocina y a ordenarlas.

—Hola, mamá.

—Hola, *bichette*.

Se paraba a su lado, respondía a sus preguntas y le contaba los sucesos del día, sin decirle nada sobre el torbellino que acontecía en su interior.

* * *

Durante su adolescencia, mi mamá vio a Michèle llenar cada espacio disponible de su vida con trabajo. Lo hacía con fervor y premura, como si fuera la única forma de escapar de las avalanchas que se aproximaban.

De lunes a viernes se levantaba muy temprano para ir junto a Daniel a las oficinas del metro de París, empresa en la que ambos trabajaban. Ahí se sentaba en su escritorio y dedicaba todo el día a pensar en el funcionamiento del transporte público como si no existiera otra cosa en el mundo.

A las seis, tomaban sus cosas y se dirigían al hogar, pasando antes por el supermercado si es que faltaban algunas compras. Al llegar, Michèle saludaba a Charles y a Camille, y se cercioraba de que hubieran realizado sus tareas. Después preparaba la cena, servía la mesa y llamaba a la familia a sentarse. Cuando terminaban, levantaba

los platos, los limpiaba, para luego lavarse los dientes y la cara, ponerse el pijama y acostarse temprano para repetir todo de forma casi exacta el día siguiente.

Los fines de semana tampoco estaban exentos de rutinas predeterminadas. Michèle utilizaba la madrugada de los sábados para comprar verduras y frutas en la feria, acarreando un pesado carro por las calles de París. Después iba al supermercado y dejaba el refrigerador lleno para la semana que se avecinaba. Por las tardes lavaba la ropa sucia y establecía el menú de lo que comerían de ahí hasta el sábado siguiente.

Los domingos también se madrugaba, correspondía al día de la limpieza a fondo. Todos los miembros de la familia pasaban la aspiradora, trapeaban el piso, lavaban los espejos del baño y los inodoros. Por las tardes Jacqueline solía visitarlos para tomar el té, así que Michèle se encargaba de tener la comida y el departamento listos para su llegada.

En la semana de Michèle no había espacio para el descanso. Quizás todavía escuchaba la voz de Jacqueline en su cabeza, viajando desde los paisajes de la infancia para hacerle el mismo recordatorio que en el pasado: si dejas de trabajar, te quedas sin nada. Si dejas de trabajar, la mala suerte te puede encontrar desprevenida y arruinarte.

En algún punto, se había convertido en Jaqueline. La había alcanzado, estaba en el mismo lugar que ella habitaba cuando Michèle era niña. Pero esa Jacqueline ya no estaba ahí. El tiempo le había permitido cambiar, dejar atrás ese ritmo.

En algún punto, Michèle se sentía traicionada. ¿Dónde estaba ahora la madre que le implantó aquella inquebrantable ética de trabajo? ¿Cómo había desaparecido de pronto? Cuando Michèle entraba al departamento de Jacqueline, sus preguntas sonaban a recriminaciones: ¿Cómo es que todavía no has limpiado? ¿No será mejor lavar los platos inmediatamente después de comer? ¿Por qué andas vestida así, como en pijama? ¿Vas a pasar toda la tarde viendo televisión?

Quizás, lo que de verdad quería hacerle eran advertencias. Preguntarle por qué no estaba más alerta, como antes. ¿Cómo vas a estar lista si pasa algo? ¿Cómo vas a sobrevivir, mamá? ¿Cómo vamos

a sobrevivir las dos?

* * *

A veces, envueltas en las confidencias de la noche y la luz del televisor, recostadas en el sofá y echándose bombones de chocolate en la boca, Jacqueline se atrevía a hacerle revelaciones a Camille. Le contaba algunos altercados que había tenido con Michèle, ciertas diferencias y discusiones. A veces decía que no la entendía, no se explicaba por qué estaba tan estresada y apurada, ni por qué a veces las cosas más pequeñas la molestaban tanto. De la misma forma en que Michèle no encontraba a la madre de su infancia, a Jacqueline a veces le costaba reconocer a la niña con que había vivido alguna vez.

Y Camille, como la adolescente que de inmediato se pone de parte de su mejor amiga, le decía a Jacqueline que ella tenía la razón en todas las discusiones, que estaba siempre en lo correcto. Michèle era la equivocada. Michèle había cometido todas las faltas. Depositaba las culpas siempre en su madre, porque las madres siempre tienen la culpa de todo, especialmente en la adolescencia. Es que no la entendía. Y, como suele pasar, empezaría a comprenderla cuando ya era demasiado tarde.

* * *

El dolor es un pariente de la rabia, y mi mamá pronto comenzaría a confundir esos dos sentimientos. También, durante esa época, la rabia se había vuelto una estética, una forma más digna de presentar el malestar al mundo.

Eran los años ochenta y en las paredes de su pieza colgaban posters de Te Cure y Te Police. En su tiempo libre dibujaba calaveras y tumbas en las que escribía su propio nombre y fecha de muerte. Llevaba el pelo muy corto, el mismo peinado de Sting, a quien dibujaba en retratos. Ocupaba ropa holgada y grande en la que parecía perderse debido a su delgadez. Junto a sus amigos saltaba el torniquete del metro, a pesar de los tickets gratis que le otorgaba el trabajo de sus padres. Lo hizo hasta que un día la detuvieron y debió,

avergonzada, sacar los pasajes de su billetera. En aquellos años también la expulsaron del liceo por mala conducta y, en modo de castigo, la matricularon en uno católico y solo de mujeres.

Por las noches, mientras se sientan juntos a cenar, hay tensión. Mi mamá está en contra de lo que sus papás piensan, de la vida que han construido, de los lugares a los que van, de las marcas que compran, de los políticos por los que votan y de su fanatismo por Charles de Gaulle al punto de nombrar a su hijo en honor a él. Se adentran en largas discusiones, los considera unos pequeños burgueses sin conciencia de clase, y después se va a encerrar a su pieza dando un fuerte portazo.

El tiempo transcurre, y se acerca el momento de postular a la universidad. Camille no sabe muy bien qué hacer con su vida. Entonces, conducida por la presión familiar, se inscribe en la carrera de medicina a pesar de que nunca se sintió inclinada por esa opción.

* * *

En el primer año del bachillerato para entrar a medicina, mi mamá queda abajo en la lista de los mejores alumnos. Al siguiente se aplica, estudia sin parar y queda entre los veinte primeros entre más de quinientos estudiantes.

A pesar de tener buenas notas y desempeñarse bien estudiando la carrera, a mi mamá le cuesta imaginarse un futuro en el que es doctora. Su incomodidad se expande también a la ciudad y al país en el que vive. Se siente cada día menos en casa.

Pasa horas en su escritorio aprendiéndose de memoria el libro de anatomía, camina detrás de un doctor por el pasillo de un hospital y entra de habitación en habitación visitando diferentes enfermos que muchas veces fallecían horas después. Se sienta con sus compañeros de carrera en bares, todos cansados por las horas de estudio y trabajo; en los ojos fatigados de ellos no hay brillo, que es lo que mi mamá busca encontrar. Algunos hablan con entusiasmo sobre lo que han visto ese día, los cuerpos enfermos que habían tocado, el nuevo vocabulario aprendido. A ellos no parece alcanzarles la nostalgia que mi mamá encuentra inherente a los pasillos de un hospital.

Cuando en clases le asignan a cada alumno un cadáver no reconocido como material de trabajo —probablemente de personas que habían muerto solas en la calle—, mi mamá ve con ojos horrorizados cómo sus compañeros les ponen nombres irónicos, lentes de sol y sombreros y se hacen sesiones de fotos con ellos. Aquella no podía ser la vida que iba a seguir, pensaba.

Y entonces, de pronto algo al final de su memoria viaja hasta encontrarla. Una palabra, un paisaje, la sensación de alivio. Chile, la isla de la infancia brillando a través del tiempo.

Chile, quizás el último lugar en el que todo podía estar bien.

* * *

Leonor le dijo a mi mamá que esa noche saldrían con su pololo y un amigo de él. Irían a un restaurante. Hacía pocos días que mi mamá había llegado a Chile de vacaciones y su antigua amiga era la encargada de idear panoramas y buscar cosas que hacer. Ya no eran las niñas de doce años que se escribían cartas, pero encontraron la forma de congeniar en la situación actual, ambas veinteañeras que habían vivido cosas muy diferentes en los últimos años. Una se quedó en Chile, habitando las mismas calles y lugares que alguna vez compartieron, pasando su adolescencia en el gris Santiago de la dictadura militar, mientras la otra redescubría París con la óptica de la nueva juventud, sintiendo la libertad de salir a la calle a exigir cambios. Mientras una crecía en el apremiante arribismo de las clases altas chilenas y la presión de los modelos tradicionales de familia, al otro lado del mundo, los sueños que se forjaban en la otra no tenían nada que ver con matrimonio e hijos. Después de años, las dos mujeres se encontraron como desconocidas que buscaban rastros de sus infancias compartidas.

Durante las primeras semanas en Chile, Leonor la llevó un fin de semana a Viña del Mar, otro a la nieve, otro a comprar artesanías. Esa noche era la hora de conocer mejor la vida nocturna de Santiago. Leonor y su pololo pasaron a buscar a Camille a la casa de unos conocidos de sus papás con quienes trabajaron en sus años en Chile y que se habían ofrecido para hospedarla. Ella se maquilló los ojos con

delineador negro y se puso la chaqueta de cuero y los jeans rotos que usaba casi todos los días.

Leonor y su pololo estaban en los asientos de adelante y Camille se ubicó atrás. Veía por la ventana las luces y la oscuridad de Santiago por la noche. El pololo de Leonor le comentó que pasarían a buscar a su amigo. Llegaron a una calle residencial en la que mi mamá no sabría que terminaría viviendo un par de años más tarde. Se estacionaron frente a una casa en la que el susodicho amigo vivía junto a su padre y hermanos menores. El pololo de Leonor se bajó y tocó el timbre. Estuvo un buen rato esperando. Desde el auto, mi mamá podía escuchar cómo intentaba convencer a su amigo, él insistía en que acababa de volver del trabajo y que estaba muy cansado. Leonor y mi mamá se dedicaron unas miradas nerviosas, inmersas en un silencio incómodo. Entonces el pololo de Leonor entró a la casa y, transcurridos unos minutos, salió acarreando del brazo a su amigo, quien todavía llevaba su ropa de oficina. Se sentó junto a mi mamá y Leonor se apresuró a presentarlos.

—Las dos somos francesas —dijo Leonor y ambos se miraron—. Camille vino de visita a Chile como regalo de cumpleaños.

Cuando mi papá cuenta esta historia —la de cómo conoció a mi mamá— dice que le llamó la atención lo seria que ella era. Pensaba que era madurez, quizás un modo de ser propio de los europeos. Recuerda su expresión y cómo fumaba un cigarro tras otro. Mi mamá no suele contar esta historia, por lo que casi todo lo que sé viene de las breves anécdotas que mi papá suelta de vez en cuando.

Tal como me ocurre con la historia de Marcel y Jacqueline, sobre la noche en que mis papás se conocieron no sé mucho más que esa premisa: que se conocieron. Sé que después se volvieron a ver. Sé que mi mamá llamó a mi papá, que él se sorprendió y que pensó que quizás las europeas eran así de directas. Sé que lo fue a ver al trabajo y que mi papá la vio aparecer, caminando por las calles desde la ventana de su oficina, siempre vestida con sus jeans rotos y el pelo muy corto, despeinado, avanzando con un paso firme, por el cual sus amigos en Francia solían apodarla *cowboy*. Sé que mi mamá tenía que volver a Francia en un mes. Sé que no podían hacer demasiados

planes a futuro.

También sé que, durante esos días, mi mamá tomó la decisión de volver a Chile y de quedarse para siempre. Llamó a Michèle y a Daniel y les contó la idea de realizar un semestre de su carrera ahí. Solo un semestre, les dijo, aunque en realidad ya estaba investigando sobre cómo transferirse completamente. Les dijo que lo estaba pasando muy bien y que las vacaciones se le harían cortas. Sí, les repetía a sus padres mientras hablaban por teléfono, ella mirando por la ventana y perdiéndose en fantasías sobre el porvenir, sería solo un semestre. Un semestre y listo, después regresaría a Francia a terminar su carrera.

Cuando volvió para tramitar su transferencia de estudios, mi mamá y mi papá mantuvieron contacto mediante cartas. Era una práctica laboriosa y algo frustrante, siempre con la ansiedad de esperar durante semanas las respuestas de la otra persona. En estas mismas cartas escribieron su futuro, a pesar de solo haberse conocido durante un mes en persona. Cuando mi mamá volviera a Chile, se irían a vivir juntos. Mientras contaban los días para su regreso, mi papá buscó un departamento, lo arrendó y lo amuebló. Mi mamá no les contó nada de eso a Michèle y Daniel. Soñaba con esa vida en silencio, como si fuera un secreto. Cuando regresó a Chile, mi papá la fue a buscar al aeropuerto y partieron juntos a vivir esa vida imaginada.

Ahora a veces la veo, a mi mamá, alegando en la cocina o triste, o con expresión atareada, siempre con mil cosas en la cabeza. La veo a lo largo de los años, enfrentando las malas suertes, los miles de problemas, los inconvenientes apilándose en su espalda, y me preguntó qué tipo de vida se habrá imaginado entonces en Chile.

* * *

Michèle, Daniel y Charles viajaron a visitar a Camille luego de que ella se instalara. Ya llevaba un tiempo viviendo ahí, junto a su pololo, mi papá, y asistiendo a la universidad.

Cuando llegaron, Michèle entró al departamento sin decir mucho. Observó el poster de la película *Tiburón* pegado en la pared sin ningún marco, prácticamente la única decoración. Miró con detenimiento las murallas oscuras, la escasez de muebles, y tuvo la sensación de estar

en un lugar de tránsito. Mi papá saludó a la familia de Camille, mientras Michèle permanecía algo ida, quizás sacudida ante la repentina constatación de que la vida de su hija ya se había instaurado en otra parte, lejos. Quizás sintió un nudo en la garganta. Quizás sintió miedo. Quizás le chocó la falta de comodidades, la falta de certezas en ese lugar, aquellas certidumbres por las que Michèle había luchado toda su vida sin descanso.

Parados en medio del austero living, mi papá preguntó si les parecía bien el restaurante que él había elegido para ir esa noche. Camille se mostraba con un entusiasmo excesivo, más alegre que nunca para intentar avivar el ambiente y dejar en evidencia que esa decisión, la de venirse a Chile, había sido la correcta. Le daba golpes amistosos a Charles en el hombro al mismo tiempo que le decía bromas. Él la miraba extrañado ante aquellos poco acostumbrados gestos.

Al escuchar el nombre del restaurante, Michèle se encogió de hombros y soltó un bufido, esa forma tan francesa para indicar que no sabes algo o que no te importa tanto. Quizás quería decir otras cosas, conversar un poco, pero la barrera del idioma hacía que todos sus intentos para conocer mejor a la pareja de su hija resultaran escuetos y torpes.

Fueron a un restaurante con temática pascuense. Mientras comían, unas bailarinas folclóricas se presentaban ante a ellos. Michèle alternaba la vista entre el espectáculo, su plato de comida y la imagen de su hija frente a la tenue luz de las velas. Mi mamá continuaba con su propósito de alivianar y alegrar el ambiente, sonriendo y hablando con entusiasmo. Mi abuela miraba a ese hombre extranjero varios años mayor que Camille y en el que tendría que depositar las esperanzas de una buena vida para su hija, tan lejos del lugar que llamaban hogar. Comía en silencio, porque no sabía qué más podía decir.

Cuando cuentan este episodio, nunca nadie se detiene demasiado en lo que Michèle pudo haber sentido. En lo que podía significar para ella presenciar de forma lenta pero vivaz la pérdida de su hija.

Caminaron al estacionamiento luego de cenar. Michèle escuchaba las conversaciones del grupo mientras avanzaba con la cabeza gacha,

Daniel preguntaba por el trabajo de mi papá, anécdotas y recomendaciones sobre qué hacer durante su estadía en Chile.

Semanas más tarde, Michèle los vio a los dos, Camille y su nueva pareja, parados en el aeropuerto despidiéndose mientras ella y su familia se preparaban para entrar a policía internacional y abordar su avión de regreso a Francia. Les imitó el gesto, despidiéndose con la mano con una sonrisa en el rostro, de la misma forma en que yo la vería hacer muchas veces. Mantuvo ese movimiento y esa expresión mientras avanzaba, hasta que se dio la vuelta y finalmente los dejó atrás. Si es que tuvo ganas de llorar, nadie se dio cuenta.

* * *

Camille tenía pensado viajar a Francia luego de la Navidad y así aprovechar las vacaciones del verano chilenas allá. Pero de pronto sintió una urgencia encubriendo un presentimiento al que no podía darle forma en palabras. Tenía que pasar las fiestas con su familia, se dijo a sí misma.

Daniel había tenido unas complicaciones de salud, pero Michèle la calmó, le dijo que no era nada grave. En un principio Camille hizo caso y planificó el viaje para más adelante, pero luego la invadió aquel impulso de viajar cuanto antes. Adelantó los exámenes finales y la segunda semana de diciembre partió desde el caluroso Santiago hasta un París azotado por la nieve. Fue la última Navidad que pasaría con su papá. Cuando Camille llevaba un par de semanas en París, Daniel fue internado en el hospital luego de unas molestias. Ahí lo revisaron y le dijeron que todo seguía en orden, pero que mejor pasara la noche internado por prevención. Sentada en la punta de la cama, oía a su papá pedirle que les dijera a las enfermeras que apagaran las luces. Están muy fuertes, le dijo con una expresión de dolor en el rostro.

—¿Te molestan las luces, papá? —le preguntó Camille, intentando disimular lo alarmada que comenzaba a sentirse, porque en la facultad de medicina había aprendido a poner atención a esos detalles. Daniel asintió con la cabeza y le respondió que le hacían doler los ojos.

Camille se levantó y, con disimulo, buscó al médico encargado. Lo

encontró en el pasillo. Le comentó en un susurro lo que acababa de notar. Le dijo que estaba preocupada, ya que ese síntoma podía ser señal de un derrame. El médico no la estaba escuchando realmente. Mientras hablaba, él revisaba unas carpetas y miraba por el pasillo buscando a alguien más. Con cierta autosuficiencia, como si le molestara que una estudiante de medicina le diera sugerencias, respondió que no se preocupara y que el equipo médico del lugar tenía todo controlado. A la mañana siguiente, recibieron el llamado. Daniel había muerto de un derrame cerebral durante la noche.

* * *

Frente al cuerpo de su padre, Michèle le dijo a Camille que le tomara la mano, que lo acariciara. Mi mamá no podía, se sentía incapaz. Estaban las dos juntas, parada una junto a la otra, experimentando el mismo inmenso dolor pero manifestándolo de maneras distintas. Cada una se sintió como una isla hundida en sí misma.

Para Michèle, la muerte se enfrentaba de manera directa y valiente. A mí mamá le provocaba una necesidad de huir, de esconderse en soledad. Camille, Charles y Michèle estuvieron sentados juntos durante todo el funeral. Caminaron juntos en el cementerio. Volvieron en el mismo taxi. Pero no dijeron mayor cosa sobre lo que sentían.

Como dije, sé poco de la historia de Michèle y Daniel. A veces mi abuela cuenta pequeñas anécdotas, muchas de las cuales la hacen todavía reír ante las ridiculeces de la vida diaria.

Hay una foto que me gusta, de un Año Nuevo al parecer, poco tiempo antes de la muerte de Daniel. Él y Michèle bailan en el living de su departamento. Hay pocos invitados, quizás unos tres o cuatro. Ambos miran a la cámara, probablemente manejada por uno de sus dos hijos, y parecen reírse por haber sido sorprendidos en dicha escena.

Michèle tiene una sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes.

* * *

Poco después de la muerte de su marido, Michèle está hablando por

teléfono con Camille desde el otro lado del planeta, ella en París y su hija en Santiago. Michèle, molesta ante la conversación, le corta. Lo abrupto del gesto se asemeja con un portazo, casi se puede sentir el ruido resonando en sus oídos. Michèle se queda envuelta en el silencio de su departamento vacío, ese mismo en el que vio a su familia crecer y luego marcharse, uno a uno. Primero su marido, luego Camille partiendo a Chile y finalmente Charles mudándose a un campus universitario durante sus estudios. Su respiración está agitada y de pronto se siente mareada.

Michèle le corta a Camille luego de que ella le entrega sus noticias: está embarazada. No solo de un hijo, sino que de dos. Está esperando gemelas. Va a dejar sus estudios de medicina y va a casarse en Chile para criar a sus hijos allí.

Mirándolo en retrospectiva, puedo comprender a Michèle. Ella vivía su propio fin de mundo. En su familia ocurrían a menudo, en silencio, de forma discreta e individual. Todo su futuro y las certezas que había imaginado de pronto sucumbieron. Ahora vivía otra vida. Ya no pasaría el resto de sus días junto a su marido. Ya no más junto a Camille, la hija que viviría en su misma ciudad, estudiaría una carrera segura y tendría un porvenir predecible. Ya no más envejecer juntas, crecer juntas, acompañarse en las diferentes etapas. Ya no más esa vida. Eso también era un fin de mundo.

Desde el otro lado, en Chile, mi mamá también se queda en silencio luego de que le cortaran el teléfono. Permanece sentada, en su nuevo país y en su nuevo rol, repasando en su mente las últimas palabras que su mamá le ha dicho.

La historia entre una madre y una hija también es una historia de amor. Y como en todas las historias de amor, ambas parten se rompen el corazón muchas veces. Ninguna de las dos entiende en ese momento que la crueldad a veces también es una forma de amor. Que el miedo y la desesperación pueden ser maneras deformadas de demostrarlo. En ese momento ninguna de las dos entiende que las peleas pueden tener más que ver con el dolor que con el odio.

* * *

Entonces mi mamá se arraiga en Chile, y sobre esos años solo he escuchado su versión de la historia.

En este punto es cuando a Michèle le toca quedar en segundo plano. Un personaje secundario, «porque eso hacen las madres». Sus días, sus horas, sus meses, no sé cómo habrán sido. No sé cómo habrá llenado los días de esa nueva vida suya. No sé cómo fue que se ajustó a todo lo perdido hasta concebir una nueva rutina que permanecería por años y que más tarde yo conocería, como si fuera lo más natural en ella.

Hay carpetas de fotos de esa época guardadas en el computador de Michèle. Fotografías digitales de fotos análogas para asegurarse de no perderlas. Fotos de mi abuela en su vida en Francia, su vida en solitario luego de que sus hijos partieran. Salidas, reuniones, viajes. Amigos que no son su familia. Jóvenes que no son sus hijos. Niños que no son sus nietos.

* * *

Es el Año Nuevo de 1993, entrando al 1994. Mi mamá está acostada en la cama del hospital de la Católica. Mi papá sentado en una silla frente a ella. El hospital está vacío, casi en completo silencio, a no ser por los escasos pasos de algunos doctores que caminan por el pasillo y que hacen eco en las paredes. Una enfermera entra en la pieza, revisa a mi mamá como suele hacer casi todas las noches y luego se dispone a salir.

—Feliz Año Nuevo —les dice, ya en la puerta.

—Feliz Año Nuevo —responden ellos dos al unísono, forzando sonrisas.

Después se quedan solos. El último tiempo lo único que hacen es esperar. Y cuando esperas se te van acabando los temas de conversación. El embarazo de las gemelas estaba bien, pero de pronto no. De pronto aparecen complicaciones y riesgos. La opción más segura es hospitalizar a mi mamá, ya que cualquier movimiento o agitación puede inducir el parto y hacer que nazcan prematuras. Tiene siete meses de embarazo.

Son las doce y afuera se escuchan los fuegos artificiales. Mi papá se acerca a la ventana para mirar. Se para de puntillas para ver lo que

pasa detrás de los edificios que rodean el hospital. Mi mamá lo observa.

—Ahí los veo —dice—, alcanzo a ver los fuegos artificiales.

Mi mamá permanece acostada, tiene estricta prohibición de levantarse.

—Ahí están —insiste mi papá—, ¿ves algo?

Mi mamá asiente. Se imagina los fuegos artificiales y las fiestas de las personas que celebran fuera de ese hospital. Piensa en el mundo exterior, esperándolos. A ellos, a su nueva familia de a cuatro. Pensé en ese momento de su vida cuando leí a la escritora mexicana Jazmina Barrera, en *Línea nigra*: «En el embarazo esperas a alguien a quien no conoces, a quien has imaginado, quizás visto en imágenes, pero que en vivo será totalmente diferente». Inventar una posibilidad. Inventar unos nombres. Inventar una vida.

* * *

El cuerpo de mi mamá dejando de ser su cuerpo. Mirándose en el espejo sin reconocerse.

Jazmina Barrera, citando a Sarah Manguso, comenta: «La maternidad es otro tipo de daño. Es una demolición, una desintegración del ser, después de la cual la forma original desaparece».

El parto es romper el cuerpo. El parto es arrancar una parte del cuerpo para dejarlo con un vacío. Literalmente un hueco en el que había algo que ya no está. El parto es dejar al cuerpo deformado por este vacío, ya que se había acostumbrado a tener algo ahí. Convertirlo en un repositorio abandonado. Convertirlo en heridas, la carne abierta, estrías, piel flácida.

Un sacrificio que muchas veces las mujeres están dispuestas a hacer por algo a cambio; por recibir aquello que te sacaron de adentro. Y si no lo recibes, te queda solo el vacío. Y su dolor.

* * *

Mi mamá cree haber tocado a una de sus gemelas. A una, por lo

menos. Un contacto muy rápido e interrumpido por el miedo. Estaba acostada, todavía hospitalizada, y de pronto tuvo la sensación de un peso descender desde su estómago. Como una pelota cayendo. Dice que al meter la mano entre sus piernas sintió una cabeza asomarse. «Una cabecita», dijo, «te juro que lo sentí».

Llamó a una enfermera, la revisó y le dijo que se podía calmar porque todo estaba bien. Mi mamá volvió a dormir tranquila, confiada por lo que le acababan de decir. Pero a la mañana siguiente, apenas el doctor la vio, se sacó los guantes y sin mirar a mi mamá les gritó a las enfermeras: a pabellón.

Después los recuerdos se le difuminan. No tiene tan claro lo que pasó. Solo le quedan algunas imágenes, borrosas pero estoicas a lo largo del tiempo. Ella en la sala de operaciones. El techo de la sala, las luces del lugar. Mi papá sentado al lado de ella en la pieza del hospital.

Después, ella en silla de ruedas, mi papá empujándola mientras entran en una capilla. La familia de mi papá ahí. Muy pocas personas, casi solo sus hermanos. Ningún miembro de la familia de mi mamá, nadie que haya alcanzado a llegar desde Francia. Y al frente un pequeño ataúd de color blanco en el que yacen dos cuerpecitos de recién nacidos.

* * *

En algún momento de su historia, mi mamá y Michèle se vuelven a encontrar. No sé cómo ni cuándo. Una historia de amor se cuenta por sí misma. Yo no estuve ahí para saber cómo fue su reconciliación. Una de las muchas reconciliaciones que han tenido.

Puede que haya sido una silenciosa. Una incómoda, una en la que prefieres hacer como si nada hubiera pasado y seguir adelante.

La noche antes de que Camille y mi papá se casaran por la iglesia, Michèle estaba en el departamento de Santiago que ellos compartían, junto a Jacqueline. Habían viajado a Chile especialmente para la ocasión, se habían preocupado de traer un vestido de novia y preparar la torta que los invitados comerían.

Aquella noche previa, Michèle le pidió a mi papá si podían hablar.

Se sentaron frente a frente en los sillones del living, con Jacqueline parada atrás, atenta, sin entender nada de lo que decían. No comprendía ninguna palabra en español, pero sabía el propósito de Michèle. Ella quería hablarle. Quería hacerle preguntas. Quería asegurarse de que su hija estaría bien ahí, que aquel plan era seguro. Pero cuando lo intentó, el español se torció en su lengua y de pronto era como caminar en arenas movedizas. Mientras balbuceaba y buscaba la forma de hilar sus ideas, mi papá la miraba con los ojos entrecerrados, intentando seguir lo que escuchaba. Cuando Michèle terminó, se quedó observándolo, esperando que él le diera la respuesta que buscaba, que tranquilizara sus dudas. Pero mi papá se encogió de hombros y en tono de disculpas le dijo que no había entendido lo que Michèle intentaba decirle.

Mi abuela suspiró, decepcionada. Con un bufido le indicó de manera tácita que se había rendido, que no podía comunicar lo que quería decir. No tenía sentido, jamás lo lograría. Quizás, incluso el francés tampoco sería una herramienta para lograrlo. Tendrían que permanecer en ese estado, con aquella barrera que no les permitiría entenderse ni comprender tampoco la nueva vida de su hija. Se paró y se fue a la habitación de invitados sin decir más, rendida ante la futilidad de sus esfuerzos. Mi papá se quedó solo frente a Jacqueline, quien lo miraba también confundida. Ella se encogió de hombros, dando a entender que no sabría qué decir incluso si es que hubieran hablado el mismo idioma.

Al día siguiente Michèle estaba ahí, viendo a Camille vestida de blanco entrar a la iglesia. A pesar de no entender.

Amy Fusselman dice en su novela *Idiófono*: «Es difícil dejar de batallar cuando no sabemos dónde termina una y dónde empieza el ser querido. Alguna vez mi madre y yo estuvimos en el mismo cuerpo. Alguna vez ella me llevó en su vientre». Mi mamá y mi abuela, que también estuvieron una dentro de la otra, dos islas opuestas. Dos vías contrarias pero que siempre han buscado la forma de encontrarse.

Fusselman escribe: «Mi madre y yo peleamos y eso no es una familia. Una pelea no es una familia».

VI

La vio crecer al mismo tiempo que la veía marcharse. Lentamente y paso a paso. Por años observándola partir. Al principio de forma gradual, luego drástica.

Mi mamá y mi abuela siempre transitaron por caminos contrarios, unos que jamás se encontraban. Dos líneas paralelas que las direccionaron a rincones opuestos del planeta. Aunque siempre, incluso de forma inconsciente, se estaban buscando.

Camino al aeropuerto, mi mamá y mi abuela se sientan una al lado de la otra. No se dicen nada, pero de pronto se toman la mano. Michèle está partiendo a Francia para tratarse ahí el cáncer que le acaban de detectar. Antes de subirse al auto miró a su alrededor y musitó casi para ella misma: adiós, Chile. Sonó como una despedida definitiva, quizás un final.

Las veo en el auto, tomadas de la mano. Me sorprendo un poco, porque esos gestos resultan raros en ellas. Ahí es cuando me doy cuenta de que jamás, a mis veintisiete años, las había visto siendo afectuosas una con la otra. Nunca les había visto demostraciones de amor.

En el aeropuerto nos sentamos a tomar un café e intentamos conversar, pero Michèle está distraída y nerviosa. Apenas bebe de su agua mineral y cada cierto rato pregunta la hora, temerosa de perder el avión. En general se mueve por el mundo con autonomía y relajo, segura de sí misma. A sus setenta y nueve años, nada parece hacerla flaquear. Pero ahora es como si se hubiera encogido y un peso de pronto le cayera encima. Debido al cansancio, solicita un servicio de asistencia para pasajeros mayores o con movilidad reducida. Esperamos en el stand hasta que un hombre joven aparece llevando una silla de ruedas.

—¿*English*? —nos dice cuando nos ve, hablándonos a nosotros y no a mi abuela.

Nos dedicamos unas miradas nerviosas, sin saber a quién le corresponde responder.

—Ehm, no… —le dice mi mamá algo dubitativa, temiendo que aquello suponga algún problema—, francés.

El hombre joven abre un poco los ojos y dedica una mirada dudosa a la otra persona que trabaja ahí.

—Bueno —responde al mismo tiempo que vuelve a sonreír, retomando su alegre compostura—, veré cómo lo hago para comunicarme.

Michèle se sienta en la silla de ruedas y todo vuelve a resultar raro. Vamos hacia la puerta de embarque, mi mamá empujando a Michèle. Cuando llegan se quedan en silencio, mirando las grandes puertas por las que mi abuela debe desaparecer. Mi mamá se agacha hasta alcanzar la altura de su madre. Se abrazan. Toma el rostro de mi abuela entre sus manos y se miran por un momento, dedicándose una sonrisa entre lágrimas. Dicen algo en francés que no logro entender. Un momento después, el hombre joven toma el mando de la silla de ruedas y se lleva a mi abuela. Mi mamá se queda parada, haciéndole señas con la mano mientras la observa alejarse hasta dejar de verla por completo. Ahora le toca a ella verla partir.

VII

Mi hermana mayor tiene unos dos años y juega en las sábanas de la cama de mis papás. Cuando ellos no están, se mete debajo del plumón y a veces levanta las piernas y se imagina que está en una especie de campamento. Esta mañana, cuando ya quiere salir, algo se lo impide. Un cuerpo está sentado al borde de las sábanas y bloquea la salida, dejándola encerrada. Siente que el aire comienza a ser más denso y se empieza a desesperar. Se mueve bruscamente, obligando a que la figura perturbadora se quite de su camino con un empujón. Cuando por fin puede salir, respirando como si hubiera estado varios minutos bajo el agua, ve que la persona que se sentó encima de su salida soy yo, que tengo alrededor de un año. La miro sin entender lo que ocurre y la rabia acumulada de unos segundos atrás hace que mi hermana mayor me dé un empujón. Ve cómo en mi rostro se dibuja un puchero al mismo tiempo que se apresura en saltar de la cama. Mientras sale de la pieza de mis papás, me escucha llorar detrás de ella.

Es algo pequeño, no debería ser una historia importante. Pero mi hermana mayor cuenta varias veces esa anécdota diciendo lo culpable que se sintió.

Yo guardo un recuerdo similar, pero al revés. Estamos en el jardín al que asistimos, llamado Rayito de sol. Mi hermana va a un curso para niños más grande y yo a otro para los chicos. En aquella época, mi hermana le tiene miedo a muchas cosas. Por ejemplo, al ruido que el refrigerador hace por las noches, a los parabrisas que despejan las ventanas del auto durante los días de lluvia, a encontrarse con vacas en los escenarios más improbables (se pensaría que las vacas tuvieron un rol importante en la infancia de mi hermana como para que, ante cualquier pasillo oscuro, dijera que temía encontrarse con una *mu*. Pero no, solo había visto vacas en contadas ocasiones, en la lejanía de un paisaje mientras andaba en auto). Y quizá a lo que más le teme es a la hora de leer cuentos en el jardín, aquel momento en que los niños

toman asiento en el suelo, formando un círculo alrededor de la profesora que, desde una silla, lee en voz alta un libro al mismo tiempo que muestra los dibujos. Cuando la tía les dice a los niños que es hora del cuento y saca uno, mi hermana siente la ansiedad y el pánico controlando su pequeño cuerpo, y entonces rompe en llanto y en ruegos para que no lo haga. No es tanto el cuento a lo que teme, sino a la incertidumbre de desconocer lo que puede aparecer allí. Quién sabe qué monstruo o brujas pueden están escondidos, esperando su momento para salir. Las tías del jardín ya se cansaron de esos espectáculos, entonces, cuando uno nuevo comienza, ponen los ojos en blanco y la sacan de la sala para que espere afuera. Uno de esos días, desde otra sala, yo me hago pipí fuera del horario en que nos llevan en fila a las niñas al baño. La tía de mi curso se enoja y me toma con brusquedad, me pregunta cómo es que no pude aguantarme. Al frente de todos mis compañeros me baja el pantalón y me saca los calzones mojados. Después, con impaciencia, me ordena que vaya al baño para que me lave las manos. Cuando vamos saliendo, nos encontramos en el pasillo con mi hermana y su respectiva tía.

—Y a esta, ¿qué le pasó? —pregunta la que me lleva a mí.

—Hace show cuando leen cuentos —responde la otra—, ¿y la tuya?

—Se hizo pipí.

Mientras camino de vuelta a la sala veo a mi hermana apoyada contra la pared, encorvada y humillada. Tiene los ojos llorosos y la cara roja. Se soba un ojo al mismo tiempo que la mueca en su rostro indica que está a punto de volver a llorar. Quiero decirle algo, ir donde está ella, no dejarla sola. Pero antes de que pueda hacer cualquier cosa, la tía cierra de un portazo la puerta que está frente a mí y me dice que vuelva rápido a mi puesto.

* * *

Mi hermana mayor nació exactamente un año después de que mi mamá perdiera a sus gemelas. Nació de un cuerpo todavía frío por la pérdida, tenía un pie estancado en el pasado mientras que el otro intentaba ir hacia el futuro. En la sala de partos, la anestesia hizo que mi mamá confundiera sus recuerdos y de pronto se fue hacia atrás,

hacia el parto de las gemelas. Empezó a decir en voz alta que sus guagüitas se habían muerto. Incluso cuando la enfermera intentaba calmarla y le mostraba que había tenido a una niña sana y salva, el miedo no la desalojaba. Cuando la tomó en brazos por primera vez, a mi hermana la abrazó una idea que jamás la abandonó del todo: el mundo es un lugar peligroso.

* * *

Decían que era una guagua con depresión, y esta se manifestaba de muchas formas. No comía, apenas dormía y lloraba todo el día, además de tener un gran y diverso abanico de miedos. Pero la secuela más grande quedó en sus dientes. Debido a que no aceptaba comida, su dentadura era muy débil, y a sus cuatro años los dentistas decidieron que lo mejor era sacar todos sus dientes superiores de una vez. Unos agujeros negros se impregnaron a la sonrisa de mi hermana.

Por ese tiempo fuimos una tarde a un cumpleaños. Era el de una amiga de ella, pero mi mamá logró que la invitación se extendiera también a mí. Llegamos bien peinadas, nuestros ojos estirados por la tensión del moño que mi mamá nos había hecho, vestidas con ropa que hacía juego entre nosotras. Yo estaba feliz por participar en una actividad de las niñas grandes, pero al poco rato el sueño me venció y me quedé dormida en los brazos de la mamá de la cumpleañera, no estaba acostumbrada a celebraciones. Así que me perdí lo que vino a continuación; me enteré cuando desperté de mi siesta y mi hermana se lo comentó a mi mamá en el auto, camino de vuelta a la casa. El payaso iba a partir sus trucos, pero de pronto vio a mi hermana, sonriente en la primera fila, y soltó una risa para después preguntarle delante de todos los niños: ¿Qué te pasó? ¿Acaso comiste dinamita?

* * *

Mi hermana mayor se llama Antonia. Yo me llamo Amanda y por un tiempo soy la hermana menor, pero después me vuelvo la del medio. Mi hermana menor, Dominga, nació cuando yo tenía tres años y desde entonces habito en ese espacio liminal. Ni lo uno ni lo otro. Cuando

estoy con mi hermana mayor, mi mamá nos llama «las dos grandes». Cuando estoy con la menor, somos «las dos chicas».

* * *

Mi mamá me deja dormir con ella hasta que ya soy demasiado grande para seguir haciéndolo. No le cuento a nadie porque me da vergüenza, pero por las noches me levanto y voy a su pieza, incluso cuando ya estoy bordeando la preadolescencia. Durante mis primeros años, la despierto con un susurro y ella me toma en brazos para meterme al interior de la cama, donde la mayoría de las veces ya se encuentra Antonia. Mi mamá dice que yo soy muy calurosa, irradio una temperatura exagerada. En invierno es agradable, porque es como tener un guatero, pero en verano, dice, el calor se vuelve insoportable. Cuando mi mamá está embarazada por cuarta vez, mi papá pregunta riéndose dónde vamos a meter a esa guagua. Ya no queda más espacio en la cama.

Cuando da a la luz a Dominga, debe pasar una noche internada. Pero, en el momento en que despierto, en mitad de la madrugada, eso se me olvida. Llego a su cama con la intención de despertarla para que me ayude a subirme, y descubro su lugar vacío. Toco las sábanas con desesperación, como si no pudiera creer la evidencia, y rompo en llanto. Mi papá me dice que me acueste nomás, que no pasa nada. Al medio de nosotros ya está Antonia, por lo que me toca dormir al borde. Mientras intento dormir, veo la oscuridad que se asoma donde la cama termina, ahora sin el cuerpo de mi mamá para protegerme, y estoy casi segura de que veo cosas moverse.

* * *

Mientras crezco, la infancia de mi mamá es un fantasma. No hay ninguna prueba tangible de que ocurrió siquiera. No hay casas, no hay calles, no hay colegios ni amigas que puedan relatar sus diferentes facetas. No logro conocer ninguno de los ángulos de esa vida, la de mi madre. Es como si no hubiera ocurrido en ninguna parte. Lo poco que sé es por una frase recurrente que ella usa: «yo a tu edad». Es una

muletilla. Más que una remembranza de una historia nostálgica, es una forma de reprimenda ante nuestras faltas, una que deja en evidencia la vergonzosa falta de independencia y autonomía que demostramos en comparación a ella cuando era una niña.

Yo a tu edad me volvía todos los días caminando sola a mi casa, sin que nadie me fuera a buscar. Yo a tu edad llegaba sola y me preparaba la once sola. Remarcaba esa palabra: *sola*. Sin ayuda de nadie, por cuenta propia. Yo a tu edad traía mis cuadernos y me ponía a estudiar sin que nadie me recordara que debía hacerlo. Yo a su edad hacía muchas más cosas que ustedes.

Aun así, yo no me puedo imaginar dónde estaba y cómo era ella a mi edad.

* * *

Mi mamá es la cara de la ternura, pero a la vez la de la seriedad. A veces la seriedad es mucha y después se arrepiente y se acerca con culpa para tomarnos en brazos, como una niña con su muñeca. Me pide perdón luego de retarme por no quedarme quieta mientras me hace un moño y ve en el reflejo del espejo que yo estoy llorando. A pesar de que yo soy muy chica, puedo reconocer el arrepentimiento en su cara cuando me dice ay no, si no fue para tanto, para después tomarme en brazos y dejar que me siente en sus piernas mientras peina a mi hermana. Muy seria cuando me despierta por las noches porque hace mucho calor y me ha puesto un pijama de buzo grueso, y yo estoy mojada de sudor. Seria cuando me pregunta por qué se me quedó el cuaderno de matemáticas en la sala de clases si yo sabía que debía estudiar para la prueba del día siguiente. Tierna cuando pierde todo su sábado enseñándome las tablas. Seria cuando hacemos mucho alboroto y molestamos a la gente mientras ella intenta hacer las compras en el supermercado. Tierna cuando me deja dormir junto a ella por las noches. Seria cuando me dice que ya estoy demasiado grande para seguir haciéndolo. Tierna cuando me deja seguir yendo.

A pesar de la seriedad, hay una entrega devota que puedo reconocer. Toda su vida gira en torno a nosotras. Mi mamá era más joven que yo ahora cuando nací. Mucho más cuando tuvo a mi

hermana mayor y cuando perdió a sus primeras hijas. Cuando miro las fotos de esa época, ella parece una niña. Una niña sola en un país lejano en el que lo único somos nosotras tres, sus hijas.

* * *

Los recuerdos de mi mamá sobre aquella época deben ser una amalgama de texturas, ruidos, ternura y agobio. No suele rememorar en voz alta ni contar historias. Cuando alguien intenta mostrarle una foto de esos tiempos, ella suele rechazarla alejando la vista y la cara, como si esas imágenes le hicieran doler los ojos. Nunca quiere recordar, dice que no quiere ver esas fotos, pensar en esos años. No sé si serán malas reminiscencias o, por el contrario, si son demasiado buenas.

Tres cuerpos pequeños recién salidos de la tina, con el olor a jabón impregnado en la piel y en sus suaves pijamas recién sacados de la lavadora. Tres cuerpos pequeños siempre colgando de ella, siguiéndola, absorbiéndola hasta el punto de no dejar espacio para nada más. Quizás eso era lo que extrañaba: vivir sin que existiera nada más. Tres cuerpos pequeños que, todos los domingos por la tarde, se dedicaba a limpiar y a arreglar para la semana: lavar el cabello, secarlo, tomar cada uno de los pies para cortar con cuidado sus diminutas uñas.

Era un circuito y las tres hacíamos fila para cada estación, ocupando toda la sala de estar.

Resultaba un proceso tan largo que ya a las cuatro de la tarde comenzaba a angustiarme, porque sabía que aquello ocuparía todo lo restante del día y que el fin de semana habría acabado oficialmente. A mi mamá le pasaba algo similar, siempre se sentía invadida por amargura el domingo por la noche. Ver las loncheras vacías en las que habría que equipar el almuerzo para el día siguiente esperándola en la cocina, los uniformes esperando ser doblados y preparados, las alarmas listas para activarse a las siete de la mañana.

A veces, el pequeño premio después de todo el procedimiento de limpieza era ver un rato *Venga conmigo* en la cama de mis papás.

A mi mamá no le gusta pensar en esa época porque fue buena y

porque ya se terminó, eso dice. Fue como una interrupción, una demanda tan exigente que aisló todos los ruidos de su mente, todos los recuerdos, todos los fantasmas y arrepentimientos. Pero después los hijos crecen y se van y todos esos ruidos vuelven quizás más fuertes todavía.

«Ah, mira un ser humano recién nacido, recién hecho, con toda la vida por delante, un grueso rollo de lino cuidadosamente tejido, con urdimbre tejida perfectamente», escribe Jamaica Kincaid. «Y ese rollo de lino cuidadosamente tejido está inmaculado y completamente limpio, y a medida que se desenrolla, a medida que se desarrolla, metro tras metro, está repleto de imágenes que representan amor, júbilo y alegría, todo hasta tal punto que el pesar, el desengaño y el sufrimiento son solo una forma de amor, júbilo y alegría, y qué agradable y placentero sería el mundo si estuviese hecho de esa forma, un largo rollo de tejido blanco, desenrollándose y desenrollándose, y cada pliegue cubierto de imágenes de amor, y así sucesivamente, así sucesivamente hasta que el rollo se acabe».

En esa época no reparaba en cómo todo recaía sobre mi mamá, el mundo que yo conocía siempre dependiendo de ella. No me causaba ruido que siempre estuviera ocupada ni jamás verla entregándose a algún momento de ocio o vida social. No podía distraerse, ya que su mayor ocupación era vigilar cada uno de mis movimientos, pendiente de cualquier necesidad que pudiera surgir, eliminado el mundo exterior.

Tal vez lo que mi mamá extraña es la existencia de un absoluto presente, uno que pueda dar la ilusión de borrar todo lo que hubo antes y todo lo que vendría después.

Tal vez lo que anhela es la ilusión de un nuevo comienzo, vivido a través de sus hijas. Presenciar cómo se forja una segunda oportunidad.

* * *

La única pista de la procedencia de mi mamá son las dos mujeres mayores que vienen una vez al año a visitarnos y a las que vamos a buscar el aeropuerto. Dos mujeres que, en mi niñez, pienso que podrían tener la misma edad. Mis compañeras de curso incluso las

confunden y cuando vienen a mi casa me preguntan varias veces cuál es cual. Son dos mujeres que llegan con varias maletas y chocolates, ambas con el cabello rubio muy corto y usando anteojos. Son dos mujeres que se suben al auto y lo dejan lleno de un especial perfume. Sacan regalos de una maleta y tienen ese mismo olor.

Pronto aprendo que una se llama Jacqueline, pero le decimos Manline. La otra se llama Michèle, pero le decimos Micha. Aprendo que Michèle es la mamá de mi mamá, y que Jacqueline es la mamá de la mamá de mi mamá. Aprendo que vienen de un lugar lejano. El mismo lugar del que llegó mi mamá, al cual nunca más volvió. Hago dibujos de ese lugar, lo intento imaginar. Dibujo a las dos mujeres, Jacqueline y Michèle, caminando en la calle con maletas o sentadas tomando un café —porque siempre hablan de salir a tomar café— rodeadas de edificios. Las pocas fotos que he visto de sus vidas allá son al interior de departamentos, por lo que creo que eso debe ser casi lo único que existe. Es un lugar que se llama París, me dicen, que queda en un país llamado Francia.

Las semanas antes de que lleguen, mi mamá siempre se pone nerviosa. Parece estar repitiéndose órdenes a sí misma sin parar. Limpia la casa a fondo, si hay que pintar o arreglar algo lo hace con urgencia. Reorganiza los muebles, revisa que la cocina esté impecable. Nosotras debemos estar limpias y bien presentadas. Debemos portarnos bien, hablar más bajo, no interrumpir a los adultos en la mesa, no pedir cosas a gritos, no dejar las cosas en el piso.

Después de esa semana de estrés, mi mamá aparece en el aeropuerto, sonriente y feliz. La vemos recibir a su mamá y a su abuela con liviandad, como si ese fuese su estado natural. Cuando llegamos a la casa, estudia de reojo a Michèle mientras ella camina por el lugar. Quiere fijarse en la forma que mira todo, leer sus pensamientos, adivinar qué impresión se está forjando en su mente. Quiere decirle: mira, mamá, mira qué bien anda todo, mamá. Mira qué bien están las niñas, mi casa, mi vida. Quiere decirle: no me equivoqué, mamá.

* * *

Pero hay una diferencia importante entre Michèle y Jacqueline. Con Michèle podemos comunicarnos; con el tiempo y las visitas a Chile fue mejorando su español. Con Jacqueline no podemos hacerlo. Sé que tiene voz, pero en mi recuerdo siempre aparece muda. Su interioridad es un misterio. Nunca pude obtener un esbozo de su mente, de su forma de articular una idea, de los recuerdos que albergaba. Pero de repente, mientras estás haciendo algo, levantas la vista y te la pillas mirándote. Sonriendo incluso sin la boca, atenta a todo lo que haces. Esa es una forma de comunicarse también.

Mi mamá nunca quiso enseñarnos francés. Todo el mundo pensaba que sería lo natural, pero no lo hizo. Era como si quisiera delimitar y separar sus dos vidas, sus dos mundos. Un antes y un después. Chile no podía parecerse en nada a Francia. Se presenta como Camila en lugar de Camille y nos enseñar a llamar a su hermano Charles como Carlos. Guarda su origen como un secreto.

Los domingos se levanta muy temprano, a las ocho de la mañana, y se encierra en la cocina para llamar a Michèle. Entonces habla en francés por horas. Yo me suelo despertar escuchando su voz, tan diferente en otro idioma. En su lengua materna nunca grita ni se muestra enojada. Su voz suena más serena, menos aguda, más elegante. Cuando habla en francés reina la calma. Si me asomo a la cocina, la veo hablando frente a un café y con un cigarro en mano. Ese es para mí el olor del francés, a café y a las mañanas de domingo.

* * *

No me pregunto si en ese lugar familiar del que proviene mi mamá hay hombres. No piensas en algo que no sabes que existe.

No me pregunto si mi mamá alguna vez tuvo un papá. No me pregunto si Michèle tuvo un marido o un padre alguna vez. De aquel lugar llamado Francia solo llegan madres e hijas, desfilando e intercambiando roles.

No siento ninguna curiosidad. No veo ausencias, porque tengo todo lo que necesito saber. Pienso que no tengo necesidad de saber lo que vino antes de mí.

* * *

Ante las negativas de mi mamá para enseñarnos francés, Jacqueline decidió tomar las riendas de la comunicación y en París se inscribió en clases de español. Por meses fue, semana tras semana, con su cuaderno para anotar todo. Pero, a pesar de los esfuerzos, nunca pudo aprender el idioma. Su máximo logro fue pronunciar bien ciertas palabras. Por ejemplo, *gracias*. Cuando le estabas sirviendo agua en su vaso, ella levantaba la mano para avisar que era suficiente y decía: gracias.

Una vez fuimos a Valparaíso y mientras miraba por la ventana del auto, Jacqueline apuntó con el dedo un cartel y leyó en voz alta lo que decía: *Hotel San José*. La miramos con los ojos abiertos y tapándonos la boca de la sorpresa y quedamos suspendidas en un silencio lleno de estupor. Fue como escuchar su voz por primera vez.

* * *

En el colegio, de todos modos, tengo clases de francés. Estoy en primero básico y dejé hace poco de tomar las pastillas para el déficit atencional. A no ser que se trate de dibujar o leer un cuento, a mi cabeza le cuesta anclarse al presente.

La profesora de francés, que se hace llamar *madame*, es una mujer teñida de rubio con muy poca paciencia. Siempre se viste con boinas y pañuelos en el cuello y habla sobre cómo son los franceses. Dice que tiene un abuelo francés y que ella también es francesa.

Un día me ordena en francés que saque mi cuaderno. Yo no entiendo.

—¿Qué es el *cahier*? —le pregunto.

Entonces *madame* me mira con indignación.

—¿A tu mamá francesa no le da pena que su hija no sepa hablar francés?

Parada frente a ella y estirando el cuello para alcanzar su mirada, empiezo a sentir cómo mis ojos se humedecen. Me río, porque solo sé hacer eso cuando siento vergüenza.

—No, no le da pena —intento decir con relajo, sonriendo a pesar de

que quiero llorar.

No miro a mis compañeras de curso, no me atrevo a hacerlo.

Madame abre los ojos, arqueando las cejas.

—A mí me daría pena. Y mucha vergüenza.

En la tarde le cuento a mi mamá lo que había pasado.

—No me da pena —me dice, consolándome—, no me da nada de pena.

* * *

Cuando mi hermana menor nace, Jacqueline justo se encuentra en Chile. Está quedándose con nosotros en la casa la noche en que mi mamá parte a la clínica para tener a la Dominga.

No estuvo presente para el nacimiento de sus otras bisnietas, pero el de la Dominga coincidió. Entonces espera con nosotros, expectante, para conocer a la recién nacida. Al verla, la toma en brazos y pasa el resto del verano mirándola fijamente. En ese momento ni Dominga ni Jacqueline saben español. Pueden comenzar una relación desde cero, sin la limitación de un idioma. Sin la presión de la identidad que un idioma te puede imponer. No necesitan lenguaje para conocerse, y Dominga se convierte en la sombra de Jacqueline en todos sus futuros viajes. La sigue por la casa y durante las tardes de verano se sienta a su lado y buscan cosas que puedan hacer en conjunto, cosas que no requieran lengua común. Construyen casas de muñecas con suma atención durante los domingos, donde solo se escuchan los pájaros y el viento. Juegan al memorice, donde solo necesitan el poder de la vista. Jacqueline hierve el agua en el fuego antes de tomarla, como solía hacer de niña, y Dominga pasea a su lado esperando que esté lista. En sus próximas visitas, mi hermana empieza a reconocer ciertas palabras que Jacqueline utiliza con recurrencia. La sal, el cajón, el baño, el almuerzo. Palabras por asociación que te aprendes como el juego del memorice. Palabras que lentamente empieza a hilar, a construir ciertos sentidos entre ellas. Iconografías de un vínculo, de una vida cotidiana compartida. Frases que quedan en el aire, huérfanas y aisladas de todo. Tal vez el más honesto dialecto del cariño, ese que se esfuerza en cada consonante.

No sé qué hacen durante esas largas horas que para mí se ven bastante aburridas. Hay que ser una niña especial, hay que tener mucha paciencia. Yo no la tengo. Me irrito con facilidad y siento que todo lo que está vinculado a mí es malo. Cuando Jacqueline se acerca para darme un beso, me encojo de hombros e intento escaparme de sus brazos. A veces me habla sin alejar sus labios de mi mejilla y yo me alejo molesta por la cercanía para después pasarme la mano por la mejilla para lavarme de su contacto. No soy una niña especial.

Sé que mi hermana menor tiene buenas notas en francés, mejores que las mías. Sé, por lo que cuentan sus amigas, que si se ve en la obligación puede hacerse entender en francés. Noto que a veces mientras escucha a mi mamá hablar con Michèle su cuerpo se estira y las observa con más atención, como si hubiera oído algo que le interesa. Ciertas palabras, palabras que le ha escuchado a Jacqueline antes.

Di algo en francés, le pido a veces para saber cómo es que su voz suena en ese idioma. Ella siempre responde que no. Para ella, el francés también es un secreto. Un secreto que se guarda con recelo y solo comparte con algunos.

* * *

Una tarde llaman a Jacqueline por teléfono. Habla por unos segundos, cabizbaja. Cuando cuelga se sienta sola en el patio con aire triste. Mis papás están en el trabajo y ese verano ella vino sola, sin Michèle, por lo que no tenemos forma de saber qué le ocurre. Vuelve a sonar el teléfono. Es mi tío Charles que llama desde Francia y que acaba de hablar con Jacqueline. Nos cuenta que debió avisarle sobre la muerte de su hermano, por eso nuestra bisabuela está tan triste. Nos pide que le hagamos compañía. Vayan a consolarla, nos dice.

¿Se puede consolar sin idioma?

La vamos a ver y ella nos empieza a hablar en francés. Éramos tres, le alcanzamos a entender. Levanta tres dedos. *Trois*. Tres hermanos. Ahora solo estamos quedando dos. Baja un dedo. *Deux*. Ella y su hermana Monique. Después abre las manos y se encoge de hombros, como rendida. Como dando a entender la facilidad con que las cosas

se pierden.

* * *

Es otra tarde de verano y no encuentro a mi mamá en ninguna parte. La llamo, pero no contesta. Camino por la casa en traje de baño, todavía húmedo y pegado a mi piel luego de haberme metido en la piscina de plástico que mi papá nos armaba. Entonces abro la puerta que da al comedor y veo a mi mamá sentada ahí. Tiene los ojos rojos. Michèle está parada frente a ella, cruzada de brazos. Al verme entrar, ambas se ponen nerviosas. Es una escena rara. La siento rara y parece que ellas también. Michèle baja la mirada, su rostro tenso y el cuerpo bien erguido. Mi mamá se limpia las lágrimas. Nunca había visto a mi mamá llorar. Quiero acercarme para consolarla, pero ella me dice que salga. Con la Micha tenemos que terminar de hablar, me dice. Me voy de ahí y nunca vuelvo a pensar demasiado en lo que acabo de ver.

* * *

Solo con Michèle veo a mi mamá ser capaz de perder su autoridad, como si volviera a ser una niña pequeña tan solo al estar en presencia de su progenitora. Únicamente con ella deja de ser la figura segura que siempre sabe qué hacer y puede solucionarte cualquier tipo de problemas en cuestión de segundos y con destreza. Con Michèle baja del estrado de la eterna perfección y sabiduría y se queda callada, escucha, y si no está de acuerdo con algo no lo discute.

Guardo imágenes similares en mi memoria que tal vez fueron mutando hasta volverse una sola, una única capaz de resumirlas todas en segundos. Veo a mi mamá, Michèle y Jacqueline. A veces van en el auto, a veces están sentadas en la cocina o en algún café luego de haber salido a hacer trámites. Siento en el aire el calor de una discusión o un encontrón que terminó hace poco. Michèle a veces se ve tensa, con el rostro cargado de molestia. Mi mamá se ve nerviosa, bajando la mirada como si tuviera vergüenza de mirar. A veces se dicen algunas cosas en francés que yo no sé qué significan, pero el tono algo me indica. Si yo digo algo o intento llevar la atención hacía

mí o alguna de mis peticiones, mi mamá me dice que no moleste. Mientras aquello ocurre, Jacqueline suele mirar ansiosa a los dos lados, con cierta duda en su rostro sobre lo que pudo haber provocado la tensión de ese instante. Y mira sin entender demasiado la batalla silenciosa que se libra entre aquellas dos partes de su descendencia.

* * *

Michèle conoce bien el lenguaje de la ternura. Es diferente a la ternura de mi mamá. Es una con acento y que a veces lucha por encontrar las palabras para hacerse entender. Es una ternura que balbucea y suele frustrarse consigo misma y a veces termina por rendirse y abandonar el cometido.

La recuerdo llamándome a su pieza en una de sus visitas a Chile. Tiene un libro entre sus manos y me dice que leyó en él un cuento que me podría gustar. Sabe que me gustan los libros y siempre me trae alguno de regalo. Veo el nombre del autor; en ese momento no me dice nada, pero lo guardaré en mi memoria para siempre y pensaré en Michèle cuando ya de grande lea sus libros: Yasunari Kawabata. No es un cuento para niños, me dice Michèle. ¿Quieres que te lo cuente igual?

Me siento junto a ella en su cama mientras abre una página que tiene marcada. El cuento está en francés, pero lo intenta traducir. Lee una oración y se queda un momento en silencio, pensativa, para después explicarme en español lo que el narrador cuenta. A ratos no encuentra las palabras y entonces hace leves gestos de imitación para ver si yo lo pillo. Empiezo a distraerme, no logro seguir la historia y el cuento no tiene dibujos. Hace calor en la pieza de Michèle, ambas transpiramos un poco mientas ella continúa traduciendo con dificultad. Tengo el presentimiento de que ambas sentimos que aquello no está funcionando. Pero continuamos.

El idioma fue siempre la brecha que impidió que con Michèle pudiéramos conocernos de forma profunda. En búsquedas por arreglar ese problema, algunas tardes de verano Michèle se proponía enseñarme francés. Para mí, ocupar las vacaciones para aprender algo resultaba un horror, pero Michèle lo tenía como costumbre. En

Francia, al momento de salir de vacaciones, los profesores les entregaban a los niños unos libros de ejercicios que debían traer resueltos a la vuelta del verano. Así que los meses sin clases no eran ocasión para el ocio desde la óptica de mi abuela.

Estamos sentadas en la mesa de la cocina después de almuerzo. Hace calor y las horas se sienten pesadas. Michèle intenta enseñarme la diferencia entre el arriba y el abajo, es decir *dessus* y *dessous*. Repite esas palabras, moviendo lentamente la boca para que yo pueda ver cómo se pronuncian. Lo importante, me dice, es cómo suena la última sílaba. Ahí recae la diferencia. Pero para mí suenan igual. Dice *dessus* y pone las manos encima de la mesa, me mira para asegurarse de que yo lo he captado, luego las ubica abajo y dice *dessous*. Lo repite un par de veces, arriba y abajo.

Entonces me dice, como una orden, *dessus*, y yo la miro confundida y termino por ubicar las manos debajo de la mesa, porque una de las dos opciones tiene que ser. Ella suspira, intentando disimular su frustración, y me dice no, no, si es arriba. Entonces lo intentamos otra vez, y vuelvo a equivocarme. Y otra vez, con los mismos resultados. Me doy cuenta de cómo Michèle masculla para sí misma un *écoute*, su manera de indicar que alguien le está haciendo perder la paciencia.

* * *

Michèle es la imagen de la elegancia y el autodominio. Siempre bien presentada, siempre en control de sus reacciones y emociones. De niña, pocas veces tengo la opción de echar algún vistazo hacia su interioridad, a su vida pasada, a todos los eventos y circunstancias que la han llevado hasta ahí. Pocas veces veo que algo sea capaz de afectarla, su carácter parece tan fuerte que nada puede quebrarla.

Las pocas ocasiones en que vislumbro lo que guarda adentro ocurrieron en una sala de cine.

Cuando tengo ocho años voy a ver *Narnia* con mis hermanas y mi papá, y luego de comentar lo mucho que me gustó, Michèle me invita a verla de nuevo, esta vez solo las dos.

Durante los primeros minutos de la película en los que la casa de los hermanos es bombardeada durante la Segunda Guerra Mundial y

luego son enviados a las afueras de la ciudad por su seguridad, me doy cuenta de que Michèle, sentada a mi lado, se sorbe mucho la nariz. Cuando me vuelvo a hacia ella, veo sus ojos con lágrimas a través de los anteojos que siempre lleva puestos. La situación me resulta tan insólita que no digo nada. Esa no era la parte de la película que hacía llorar, pensaba yo. Faltaba para la parte triste, cuando mataban al león. No logro entender cómo las escenas iniciales pueden hacerla llorar. No tengo ninguna noción aún de lo que las imágenes de orfandad y desarraigo de la Segunda Guerra Mundial pueden provocarle a mi abuela.

Años más tarde, yo soy la encargada de elegir la película cuando vamos al cine las dos solas. Como Michèle siempre dice que quiere ver cualquier película que no sea norteamericana, elijo una comedia francesa que trata sobre una niña que vive en provincia junto a sus padres sordos y que de pronto descubre su talento para el canto. A pesar de los reparos de su familia, decide seguir su vocación y hace la audición para postular a una academia de música en París. En la escena final, los padres de la protagonista van a verla presentarse y lloran mientras ella les canta una canción que dice que los quiere mucho, pero que debe partir. Queridos papá y mamá, hoy me marcho, les canta. Los amo, pero me marcho.

No pensé que la película fuera gran cosa. Algo liviano, para pasar el rato. Pero cuando terminó y me volví a Michèle para preguntarle si estaba lista para irse, me encontré con su rostro llenó de lágrimas. No tenías que elegir una película tan triste, me dijo mientras se secaba los ojos.

* * *

Había también un desajuste entre nosotras, sedimentado por las distancias de experiencias y contextos. Mi abuela nos miraba con los ojos abiertos de sorpresa y desaprobación cuando interrumpíamos a los adultos mientras hablaban, cuando pedíamos algo a gritos o dejábamos aflorar nuestras emociones en explosiones sin importar dónde estuviéramos o a quién pudiéramos molestar, ya fuera en la calle o en el pasillo del supermercado. A veces se lo decía a mi mamá,

que cómo nos podíamos portar así, y ella respondía que los niños a veces se comportaban de aquella manera. Mi abuela negaba con la cabeza con cansancio. Para Michèle era inconcebible, su modelo de infancia era otro. En sus recuerdos ella siempre estaba pendiente de las necesidades de su madre, controlando y calculando cada uno de sus movimientos para evitar generarle más problemas. Durante mi infancia, en cambio, mi mamá no tenía necesidades. Los problemas no podían alcanzarla.

Me acuerdo de una tarde en que mi abuela nos llevó a jugar bowling. Los zapatos que nos prestaron en el lugar me hicieron heridas, y durante todo el camino de vuelta me vine alegando sin parar en voz quejosa y chillona. Michèle, cansada luego de un día de acarrear niñas y estar en lugares ruidosos, me decía que quedaba poco, que íbamos a llegar pronto. Pero yo no quería caminar más, me senté en mitad de la calle y me crucé de brazos con un puchero en la cara en modo de protesta.

Entonces Michèle se volvió hacía mí y me asusté al ver la expresión molesta de su rostro, tal vez por primera vez. Me tomó del brazo, obligándome a caminar, mientras en su español con marcado acento francés me mascullaba: ya está bueno, ¿no?

Ahora entiendo. En su caso, ella hubiera avanzado todo el camino sin detenerse y aguantado el dolor, todo para hacerle la vida más fácil a Jacqueline.

Ella entendió antes, mucho antes, las complicaciones de ser madre y las de ser hija.

* * *

Al igual que le ocurría a Jacqueline, para mi mamá los libros no significan nada especial.

Pero me observa mucho, de manera devota, y se da cuenta de mi reacción a los libros, probablemente parecida a la que Michèle tenía en su infancia. Entonces siempre tengo libros a mi alcance. Para mi cumpleaños, para la Navidad, aprovecha cualquier oportunidad para darme uno nuevo. Incluso cuando no es tan fácil comprarlos. Me dice que los libros son cultura y que la cultura al final es una inversión

para el futuro. Entonces, con la idea de que la cultura siempre es ganancia, cuando puede me da plata para que yo vaya a la librería. Mi mamá cree que gasto ese dinero en cultura y no sabe que el libro que me compro se llama *Crepúsculo* y trata sobre vampiros adolescentes.

Después, cuando quiero deshacerme de algunos libros viejos, me lleva a la calle San Diego, donde una señora los compra usados. Abro una gran maleta, saco varios libros y noto que mi mamá sonríe y le pregunta a la vendedora si es que puede adivinar en qué voy a gastar la plata que ganaré ese día. La mujer se encoge de hombres y mi mamá dice que obviamente en más libros. Noto el tono orgulloso de su voz, a pesar de que a ella no le importe mucho la literatura y casi nunca lea por cuenta propia. Y se siente bien, sobre todo por eso, porque no me entiende pero aun así me observa y me ve.

VIII

Durante un tiempo trabajé para un estudio jurídico haciendo entrevistas telefónicas a detenidos durante la dictadura y a los familiares de estos, en general los hijos. Después de un período, me di cuenta de cómo todas las personas con las que hablaba tenían un mecanismo muy parecido para contar. Un lenguaje especial para recordar.

No sé cómo explicarlo, solían decirme los hijos de detenidos: aunque yo no haya vivido lo de mis papás, siento que su angustia se traspasó a mí. Es como si me hubiera pasado a mí también.

La mayoría de las personas decían no poder explicar concretamente lo que sentían, así que se detenían en los síntomas físicos. La respiración se agita, el corazón se acelera, pareciera que el mundo se mueve y uno se va a caer. Y trataban de justificarse, porque sentían que no habían podido explicarlo bien. Insistían en que era válido, que existía. No sé si me explique bien, solían decirme, porque las palabras jamás parecían ser suficientes.

Yo les decía que sí se explicaban bien. Que lo había entendido. A veces les decía que el cuerpo tiene memoria, que el cuerpo recuerda. Lo dije por primera vez cuando una persona me contó que, durante todos los atardeceres, le venía una fuerte angustia porque era la hora en que lo torturaban cuando estaba detenido. Sus hijos heredaron esa sensación, a la misma hora les ocurría la misma sensación física de angustia. Cuando lo digo, las personas se apresuran en decir que sí, que el cuerpo no olvida y no solo el que lo sufre. La herencia del trauma. El dolor que sintieron otros impregnado en la piel.

Y en 2019, cuando los militares volvieron a salir a las calles, el dolor despertó también para quienes no lo habían vivido antes. El *déjà vu* de otra persona viajando por el tiempo para alcanzarte. Eso me dijeron muchas de las personas que entrevisté. Sentían que comenzaba otra vez, aunque no hubieran vivido la primera.

* * *

Una psicóloga me comentó que, alrededor de todos mis miedos, siempre parecía estar la certeza de que el fin del mundo acechaba. Muchos fines de mundo, en diferentes formas y escalas, desde la esfera más íntima hasta las catástrofes de proporciones globales.

Me dijo que le llamaba la atención, porque mi modo de ser parecía el de alguien traumado por una experiencia. ¿Alguna vez lo experimentaste?, me preguntó. ¿Alguna vez viviste algún fin del mundo?

* * *

Maurice Blanchot en *La escritura del desastre* escribe: «Estamos al borde de un desastre sin poder ubicarlo en el porvenir. Más bien es siempre pasado y, no obstante, estamos al borde o debajo de la amenaza, formulaciones éstas que implicarían el porvenir si el desastre no fuese lo que no viene, lo que detuvo cualquier venida. Pensar el desastre (suponiendo que sea posible y no lo es en la medida en que presentimos que el desastre es pensamiento) es no tener más porvenir que pensarlo».

Los recuerdos dolorosos parecen guardarse en un lugar diferente. Un lugar en donde nunca pueden descansar del todo. No se empolvan ni se mezclan con los otros materiales hasta que finalmente las personas terminan por olvidarlos. El dolor se guarda en otra parte.

Siri Hustvedt lo dice así: «La memoria traumatizada no tiene hilo narrativo. Las historias siempre se desarrollan en el momento, tienen una secuencia y siempre están a nuestro acecho. ¿Qué pasa con el dolor que no experimentamos directamente pero que aun así está incrustado en nuestra memoria?». «Lo que no ha comenzado ni tampoco terminado», dice Maurice Blanchot.

Trauma: un perenne presente que no está en ninguna parte y que de pronto me asalta.

IX

Mi hermana mayor tiene diez años y yo ocho. A pesar de la diferencia de edad, ya somos de la misma estatura. Le suelen preguntar a mi mamá si somos mellizas. Son parecidas, nos dicen, pero a la vez diferentes. Es chistoso, dice una mujer que nos atiende en un negocio, tienen los mismos rasgos, pero en colores distintos. Una piel bronceada y la otra casi trasparente en su blancura. Unos ojos que parecen avellanas y otros azules. Un pelo café y otro rubio. La misma palabra escrita en caligrafía distinta. Nos empieza a gustar la idea de burlar a la gente y hacerles creer que somos mellizas. Coordinamos nuestros atuendos para vernos aún más parecidas. Mismos colores, mismas faldas, mismos chalecos. Nos hacemos las mismas trenzas o el mismo moño dependiendo de la ocasión. Me gusta parecerme a mi hermana mayor, me hace sentir más grande, más importante. En aquel entonces la posibilidad de haber compartido un cuerpo al mismo tiempo, el de nuestra madre, no solo parece factible, sino también deseable. Cuando salimos, estamos atentas a las reacciones de las personas, esperando ver si caen en nuestra trampa. Vamos al Blockbuster a arrendar películas, pero mientras paseamos por los pasillos vigilamos de reojo a la gente y después nos decimos ¿viste?, parece que de verdad pensó que éramos mellizas.

La Dominga no puede formar parte del juego. Nos pregunta continuamente si ella también puede ser una melliza más. Pero le decimos que no, que es mucho más baja y que nadie se lo creería. Mi mamá insiste en que la incluyamos, pero no damos nuestro brazo a torcer. Entonces la Dominga queda aislada y se va a pasar las tardes con Jacqueline, quien nunca la deja de lado. En una ocasión ampliamos el proyecto, si ella repite un curso y yo logro que me adelanten uno, quedaríamos en la misma clase y entonces realmente seriamos como mellizas. Pero no llegamos a esa parte del plan. Después crecimos. Después nos peleamos y nos hicimos daño y

comenzó a resultar imposible creer que alguna vez quisimos estar dentro del mismo cuerpo juntas.

* * *

Ahora lo veo con claridad, siempre estuvo ahí. Adentro de mí y creciendo a lo largo del tiempo como una mala hierba cuya presencia nadie advirtió en un principio. Como un tumor. Primero pequeño, casi invisible, luego creciendo y creciendo hasta que ya fue imposible ignorarlo, obligándose a hacerse escuchar hasta anular todo lo que había, adquiriendo completo control.

No sabía identificarlo ni menos ponerlo en palabras. La conciencia del fin del mundo respirándome siempre en la nuca. Una melancolía prematura cuyo origen yo desconocía. Una nostalgia y miedo que no viví en carne propia, pero cuyos gritos fueron tan feroces que viajaron a lo largo del tiempo y de la sangre hasta alcanzarme y atormentarme con sus alaridos de dolor. Los mismos gritos que las otras mujeres de mi familia escuchaban pero que jamás comentaban, prefiriendo que estos las acecharan en soledad.

Antes tomaban forma de pensamientos intrusivos que aparecían de vez en cuando para paralizarme como una inesperada alarma. Ideas sobre la muerte implantándose en mi cabeza en mitad de un cumpleaños, prohibiéndome volver a divertirme. Un pavor permanente al silencio durante mi infancia, al punto que tenía todo el día el televisor prendido y si alguien lo apagaba era como una cachetada de frialdad.

Mary Ruefle en *Mi propiedad privada* identifica varios tipos diferentes de tristeza, caracterizando a cada una con un color en concreto. Existe la tristeza blanca, roja, café, naranja. Pero la que más me hizo sentido es la rosada. Así la explica: «Es la tristeza de la vergüenza cuando no hiciste nada mal, la tristeza rosada no es culpa tuya y, aunque la más mínima punzada pueda provocarla, es la copa inmensa y tupida del árbol genealógico de la tristeza».

Tal vez esa es la peor de todas las tristezas posibles. Aquella de la que desconoces su origen y que por ende no puedes detener. Aquella que chorrea y se cuela por los marcos de las puertas y las ventanas

cuando pensaste que ya habías cerrado todo completamente. Aquella que está adentro de la casa.

Fue alrededor de los quince años cuando tomó control de mí. Cuando tomé conciencia de que realmente yo existía como un ente individual y de que también existía otra cosa llamada futuro donde cualquier cosa podía pasar. Y me di cuenta también de que mi cuerpo era mi cuerpo, solo mío, y que el mundo era una cosa aparte e incontrolable y que me podría hacer daño de muchas maneras desconocidas.

Entonces esos antiguos gritos se volvieron tan fuertes y presentes en cada esquina de mi vida que el miedo empezó a paralizarme. El único lugar en el que me sentía a salvo era mi pieza.

* * *

En este punto de la historia se me pierden algunas figuras, dejo de seguirles el rastro. Como si se hubieran retirado sutilmente del escenario mientras otra escena ocurría en el centro. La mía, claro. En ese momento siento que solo existe mi historia y dejo de prestarle demasiada atención a los demás. Me encierro en mí misma. Siento que mi cuerpo es una barrera que me separa del resto del mundo. Mis amigas me preguntan por qué ya no quiero salir con ellas, por qué ya nunca las llamo. Prefiero quedarme en mi casa tomando Coca-Cola y viendo capítulo tras capítulo de *Friends*. Cuando termina, me quedo prendada frente a la tele con *Te Big Bang Teory* y *Two and a Half Men*. Todavía no conozco Netflix, no tengo mayor voluntad para elegir qué ver salvo lo que aparece en Warner Channel. Entonces me dejo entretener con la artificialidad de las *sitcoms*, con las risas falsas y lo predecible que se vuelve un todo. Mi lugar seguro.

Mi mamá entra a mi pieza e intenta ponerme temas de conversación. Yo no dejo de mirar la tele. No la escucho. Toda mi vida gira en torno a la programación televisiva.

Cuando Michèle está en Chile también se asoma a mi pieza y me mira con ojos extrañados y luego vuelve a comentarlo con mi mamá.

Me dicen que llame a amigas, que salga. No les digo que me da miedo que se den cuenta de todo lo malo que tengo y que se rían de

mí. No quiero ir a fiestas, porque la finalidad de las fiestas a las que mis amigas van es que los niños te saquen a bailar, y los niños te tocan mucho mientras bailan y no quiero que se den cuenta de la textura de mi cuerpo. No quiero darles la oportunidad de que sean crueles conmigo. No quiero darles ese privilegio. Solo yo tengo permiso para odiarme.

Les digo que me dejen tranquila.

Ellas me dicen: estamos preocupadas por ti.

No les hago caso.

* * *

Mientras esto ocurre y no hay para mí otra opción que la de mi aislamiento, muy lejos, Jacqueline y Michèle están solas en el departamento de esta última en París.

Puede ser una tarde o bien una mañana, porque allá los días y horas ya se van fundiendo. En cualquier momento de la jornada que sea, Jacqueline y Michèle se encuentran juntas, sentadas en el living. Jacqueline se rompió la pierna y Michèle se está dedicando a cuidarla. Lleva un par de días alojando ahí para evitar enfrentarse sola a las tareas domésticas. Están solas, como los dos últimos e insistentes invitados que todavía no se marchan. Inmersas en ese pesado ruido posterior a la fiesta, cuando todo el resto de la gente y su alboroto se fueron. Solas las dos como lo estuvieron en el comienzo de su historia, en Épinal al medio de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora son dos mujeres mayores, ambas madres y abuelas, dos viudas entradas en años. Es como si se conocieran por primera vez.

Y en medio de esa tranquila tregua, Jacqueline encuentra que, después de casi setenta años, ese sería un buen momento para hablar. Le pregunta directamente, se lo dice como si estuviera ofreciendo una taza de café. ¿Te gustaría hablar de tu padre?

Cuando se lo pregunta, le está ofreciendo un viaje en el tiempo, encender una luz para ver con claridad todo aquello que siempre estuvo ahí, entre ellas, sin que ninguna de las dos se atreviera a identificarlo.

La pregunta llega a Michèle y la paraliza. Su cuerpo se detiene en

seco y de pronto es como si estuviera en su pequeño departamento de Épinal, escuchando a su joven madre llorar en el living mientras habla con abogados.

Todo vuelve a ella, como una descarga eléctrica. Los años construyendo su identidad, su vida, todo el tiempo que le dedicó a crearse un lugar seguro en el mundo se esfuman de un segundo para otro. Y de nuevo lo siente, ese miedo que invadía todos sus días. De nuevo teme encontrarse con las lágrimas de su madre, de nuevo cree que ver a Jacqueline llorar es lo peor que le podría suceder.

No, responde entonces. No, dice al mismo tiempo que hace un gesto de rechazo con las manos, cerrando bruscamente aquella puerta que le ofrecía darle un pequeño vistazo al pasado, a los cimientos que constituyeron su existencia.

No quiero hablar de eso ahora.

Y entonces regresan sin decirse nada más. Vuelven al presente, a esos días lentos e iguales todos.

* * *

En Chile pasan muchas cosas, pero en Francia la vida de Michèle y Jacqueline cae en una rutina que durará por años. Una monotonía estática, por lo menos vista desde afuera. Me pregunto si todo lo que ha durado mi vida no ha sido más que un día muy largo para ellas.

IX

Camille vuelve a París en agosto de 2023 para cuidar a Michèle durante su tratamiento contra el cáncer. Ha pasado años evitando ir. Llega por la tarde y esta vez Michèle no la va a buscar al aeropuerto como antes hacía. Cuando digo antes, me refiero a las contadas ocasiones (tres, si no me equivoco) en los últimos treinta años en que mi mamá ha ido a visitar a mi abuela, siempre a regañadientes y haciendo todo lo posible para evitarlo. Ahora Michèle le pide a una vieja conocida que trabaja como taxista que la recoja y la lleve a su departamento.

No sé qué habrá pensado Camille, sentada en el auto de alguien más, viendo aparecer por la ventana las luces y los colores de una ciudad que nunca pudo considerar suya pero que aun así contiene los recuerdos de sus primeros veintiún años de vida. Quizás esperaba una continuación de la última vez, seguir con el ciclo natural de esa energía que no se elimina sino que se mantiene perenne en el tiempo.

Pero como siempre ocurre, no llega al mismo París que vio por última vez. Michèle ya no vive en el departamento en el que mi mamá pasó su adolescencia, el lugar en donde se engendró en silencio el germen de la idea de marcharse. El departamento que siempre le recordaría las ganas de huir que sintió alguna vez, esas paredes que le gritaban los motivos de su partida.

Yo estuve ahí un par de veces, pero me cuesta evocar una imagen mental concreta como para describirlo con detalles. A veces incluso me cuesta concebir la idea misma de que estuve ahí realmente, como si aquello fuera solo un sueño borroso. Recuerdo más bien las fotos de álbumes viejos que mi mamá todavía guarda, y al estar ahí reconocer rincones y espacios por las análogas que había visto. Era como visitar un monumento histórico. Retazos escasos de la nebulosa que fue la vida de mi mamá antes de que se convirtiera en mi mamá.

Reconocía un cuadro al frente del cual ella había posado durante la

adolescencia. La mesa en la que le cantaron cuando cumplió veinte años. Un mono de peluche que le regalaron en aquel mismo cumpleaños, todos los invitados sacándose fotos con él y haciendo que posara de forma divertida. El mismo peluche que estuvo en mi casa desde siempre y por el que mi mamá se ponía un poco recelosa cuando jugábamos con él de forma brusca. Mi peluche, solía decir. Cuidado con mi peluche. Fotos de mi mamá posando con un traje blanco y elegante, mirando hacia un lado para que la cámara, seguramente manejada por su padre que era el encargado de mantener los registros audiovisuales familiares, capture su perfil y expresión seria. Cuando veía esa foto me daba la impresión de que era una estrella de cine por su parecido a Winona Ryder, pero creo que todos pensamos que nuestras mamás parecen actrices famosas en su juventud.

De niña miraba esas fotos continuamente. Me impresionaba su belleza en ese entonces y también lo diferente que era a la que yo conocía. A veces me daba lástima, a veces me daba rabia.

Insistía en observarla, como si quisiera que la gente no se olvidara de lo que ella había sido. Como si yo no quisiera olvidar, a pesar de nunca haber conocido esa versión de mi mamá. Las volvía a ver, una y otra vez, como si buscara respuestas. ¿Quién eras? ¿Quién eras antes de que yo ocupara demasiado espacio en tu mente?

* * *

El nuevo departamento de Michèle es pequeño, solo un living y una pieza. Ya no el hogar para que una familia completa habite, sino el de una mujer sola.

Me imagino la llegada. La entrada al nuevo hogar de Michèle. La flamante actitud de mi mamá, el respeto y la timidez de las visitas, la mesura de quienes no se sienten en casa. El recato de conocer un lugar nuevo.

Hay un sofá que se puede convertir en cama. Camille, cansada por el viaje y el cambio de hora, no puede esperar a armarlo para acostarse a dormir. Pero antes de que pueda sugerirlo, Michèle le anuncia el plan que tiene en mente; aquella noche darán en la

televisión una ópera que le gusta mucho. A mi mamá no le importa nada la ópera, pero en su rol de invitada se ve obligada a asentir con la cabeza y decir que sí, que suena bien.

Se sientan las dos juntas en el sofá, frente al televisor. Es quizás la primera vez en mucho tiempo que lo hacen. Tal vez es la primera en sus vidas, porque nunca han sido ni de ver televisión ni de sentarse juntas. Comienza la transmisión, se ve el escenario y las cortinas abriéndose. Suena la música y aparecen los cantantes. Y comienzan a sonar los ronquidos de Michèle. Mi mamá se vuelve hacia ella y la ve, sentada con los brazos cruzados y el cuello caído hacia adelante, el mentón casi pegado al pecho, ya dormida. No se atreve a decir nada por temer mostrarse desconsiderada. Ve esa ópera sin ningún interés, en silencio, esperando que pronto su madre desocupe el sofá para dormir. La ópera dura casi tres horas, pero finalmente termina. Michèle sigue durmiendo. Mi mamá se levanta, intenta hacer algún ruido para que su madre despierte de forma más o menos natural, sin éxito. Se sienta en la mesa que hay al frente del sofá en la pequeña cocina. Los ojos le pesan de sueño. Le escribe un mensaje a mi papá: estoy esperando que mi mamá se despierte para poder acostarme.

Pasado largo rato, Michèle se mueve. El cuerpo de mi mamá se tensa y la observa con atención de reojo, buscando disimular su apuro y parecer relajada, como quien no quiere la cosa.

—¿Me quedé dormida? —le pregunta confundida, luego de abrir los ojos y ver a Camille sentada frente a ella.

—Ah, sí —le responde ella con ligereza, al mismo tiempo que suelta una risa—, te quedaste dormida un rato.

Ambas se ríen. Michèle se levanta y entre bostezos le da las buenas noches, asegurándose de que Camille tenga todo lo necesario para dormir. Mi mamá le agradece, con cortesía. Cuidando las palabras, cuidando la entonación. De la misma forma en que le pides perdón a alguien a quien pisaste en la calle. Un nuevo trato entre ellas, más pacífico, más calmado, brota de forma silenciosa y se apodera del espacio.

Por un segundo se quedan ahí, mi mamá recostada en el sofá-cama y Michèle en el umbral de la puerta, sin saber qué más decirse, pero

con la intuición de que simplemente irse a dormir sería un corte muy abrupto para el rato que pasaron juntas. Sin saber muy bien qué hacer con esos nuevos roles, con esa nueva disposición de las cosas.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Michèle.

—No, tengo todo. Gracias.

En un par de meses será Camille quien deberá cuidar de Michèle. Ayudarla a vestirse, a abrocharse los zapatos, servirle la comida. Ver su lento deterioro de la misma manera en que alguna vez Michèle vio el de Jacqueline.

Lo que no saben en ese momento es que la visita de Camille se extenderá indefinidamente, que se quedará viviendo con Michèle para cuidarla sin saber hasta cuándo, que el horizonte se volverá confuso e incierto, como si no se dirigieran a ninguna parte. Las dos juntas, todos los días acumulándose y volviéndose imposibles de separar. De la misma forma en que Jacqueline y Michèle vivieron.

Pero esa noche, como no saben lo que vendrá, lo único que hacen es quedarse en el silencio. Ese que ha marcado la relación entre mi mamá y mi abuela y que encuentra siempre la forma de manifestarse. ¿Cuántos universos existen dentro de los silencios que ellas habitan? ¿Cuántas vidas, corazones rotos, cuántas reconciliaciones y renuncias?

Quizás ese silencio intentó decir exactamente lo mismo desde siempre. Desde el momento en que Michèle supo que llevaba una vida dentro de ella y puso la mano en su vientre y tuvo certezas. Quizás repitió sin palabras la misma noción que Jacqueline se dijo cuando se enteró de que sería madre: te voy a decepcionar. No es que quiera, pero sé que lo haré y de mil formas que todavía desconozco, porque nunca sabré lo que tú esperabas de mí y tampoco tú sabrás lo que yo esperaba de ti. Nuestra historia será la de todas las veces que nos decepcionamos, pero al mismo tiempo de todas las veces en que hallamos la forma de volver a estar juntas, porque eso es ser una familia. Permanecer unidas a pesar de habernos decepcionado tanto. Sin guardar rencor, porque todos estamos aprendiendo a vivir por primera vez.

* * *

Pero ahora el silencio entre Camille y Michèle es uno diferente, uno alivianado con la atmosfera de la tregua, quizás propiciada por el cansancio luego de tan larga batalla. Ya no más choques, ya no más fuerzas contrarias. Ahora es el silencio de quienes se estudian en la cotidianeidad de las cosas cuando ya no hay mayor apuro. Observando las posibilidades de lo que pudieron ser si es que las cosas hubieran sido diferentes. Como si se estuvieran diciendo: «Esta pude haber sido yo. Esta sería yo. Estas seríamos nosotras, si es que no nos hubiéramos lastimado».

Una nueva etapa en la historia de dos cuerpos a lo largo del tiempo. Dos cuerpos que se apoyan uno en el otro. Uno buscando al otro como refugio, como seguridad. Uno necesitando al otro para sobrevivir. Dos cuerpos que han envejecido, que se han separado y vuelto a encontrar muchas veces, siempre destinados a reencontrarse.

Los mismos dos cuerpos cambiando de posiciones, intercambiando los lugares. Ahora uno más vulnerable que el otro, ahora uno más pequeño e inestable en el mundo. Una madre que cuidó y que ahora necesita que la cuiden. Una hija que vivió su vida y que ahora regresa junto a la madre.

Tenía que pasar una vida entera para que pudieran volver a encontrar paz en el punto de origen. Tenían que cansarse para volver a recostarse ahí, agotadas pero aliviadas de haber regresado. Aprendiendo a estar juntas, tal vez por primera vez. Tal como Michèle y Jacqueline lograron hacer en aquel mismo edificio años atrás.

Quizás esa es la única manera de reconciliarse con la familia. Marcharse a terrenos neutros, todavía sin conquistar. Sin la carga de los años ni de lo vivido, sin los recuerdos, los gritos, sin los escenarios de los daños. Terrenos en los que no hemos existido antes.

Lo pienso cuando mi mamá o mis hermanas están demasiado cerca, me hablan, pero escucho una cosa diferente a la que realmente quieren decir. Porque la forma en que alguna vez sonaron sus palabras será la única manera en que las continuaré escuchando. Y entonces me siento arrinconada y atacada. Porque es como si los años formativos, los primeros, hubieran convertido nuestra relación en una obra de teatro, en instrucciones tácitas que aprendimos instintivamente y que

siempre ponemos en marcha cuando estamos juntas, a veces sin darnos cuenta. Incluso cuando ya dejamos de ser las personas que fuimos, al estar juntos volvemos a actuar la obra en cuestión de segundos.

Solo con mi familia creo que me transformo en la peor persona del mundo. Después me viene la culpa. De niña, luego de pelear con mi mamá, iba a sentarme cerca de ella y me quedaba ahí en silencio. Lo hacía en su cama, si ella estaba acostada, a veces tejiendo o leyendo una revista; si no, me ubicaba cerca de ella en la cocina o en la sala de estar y la veía hacer sus cosas. Era mi forma de reconciliación. Mi mamá me preguntaba si quería comer algo o si necesitaba ayuda con alguna tarea. Su forma de reconciliación era hacer como si nada hubiera pasado.

Tal vez nuestras familias son las personas más capaces de sacar lo peor de nosotros, porque lo peor de nosotros se debe a ellas. No es que lo hagan a propósito, es solo que están demasiado cerca. Incluso cuando ya están lejos, siguen demasiado cerca. Aparecen en cada esquina, en cada pequeña decisión, en cada pensamiento intrusivo durante las noches. Capaces de tocar nuestras teclas más sensibles, porque fueron ellos en primer lugar quienes las pusieron ahí.

X

Antes de ir a ver a Michèle por su cáncer, mi mamá fue por última vez a París el 2011. Para entonces no había visitado a su familia durante casi quince años, pero la salud de Jacqueline estaba debilitándose y ya no le era posible venir a Chile.

Fue acompañada por la Dominga, que tenía doce años entonces. Viajaron juntas en el tiempo, llegaron al mismo edificio de la adolescencia de mi mamá y tocaron la puerta del departamento de siempre de Jacqueline. El departamento mágico, el del piso de abajo, el que inundaba el pasillo con el olor de las papas fritas que Jacqueline le solía hacer a sus nietos. Pero esta vez mi mamá no halló a su abuela al entrar ahí. El rostro de Jacqueline estaba vaciado de esa expresión suya que tanto la caracterizaba. La permanente paciencia, la alegría de volver a ver a su nieta. Jacqueline vacía de Jacqueline.

Había perdido gran parte de la memoria y no reconoció a Camille. La recibió como a una desconocida. Con reticencia y recelo.

Pero de pronto Jacqueline miró a Dominga y algo de ella volvió. Si bien se le habían ido los nombres y las historias, todavía era capaz de reconocer el aroma de la familia. En la nebulosa que era su mente, alcanzó a detener una de las palabras que orbitaban en su interior y la tomó. La miró, y la reconoció. Abrió los ojos y, viajando ella también atrás en el tiempo, le puso un nombre. La llamó Camille.

Annie Ernaux escribe sobre la hermana muerta que no alcanzó a conocer en su novela *La otra hija*: «Me alejo cada año, pero eso es solo una ilusión. No hay tiempo entre tú y yo. Solo hay palabras que nunca han cambiado». Palabras. Una tan eterna como el tiempo. Camille.

* * *

Durante aquella estadía de mi mamá en Francia, los ojos de Jacqueline estaban casi exclusivamente fijados en Dominga, entregándose a ella de la misma forma en que alguna vez cuidó a los

hijos de Michèle cuando eran pequeños. Estaba siempre siguiendo sus movimientos, pendiente de sus acciones, de cada cosa que decía en un idioma que no entendía. De golpe y por algunos minutos, como si se hubiera hecho otra torsión temporal en su mente, Jacqueline empezaba a tratar a Dominga como si fuera una guagua, no una niña de doce años. Aplaudía y cantaba una canción que solía dedicarle a sus nietos cuando eran bebés, moviendo las manos y diciendo que estas eran unas pequeñas marionetas bailando. La memoria del cuerpo la llevaba a ejecutar esos movimientos.

En otros momentos, cuando Michèle le daba instrucciones, Jacqueline ponía los ojos en blanco y con un tono irónico le respondía: «*Oui, maman*». Lo decía y después, con una sonrisa, buscaba la mirada cómplice de Dominga, como si ambas fueran las niñas en ese hogar de mujeres. Como si ella fuera la única capaz de entender lo que Jacqueline pensaba y sentía. Ambas en aquella misma burbuja, la que habitaban años atrás solas en el jardín, más fuerte que el tiempo y la memoria. Jacqueline continuaba llamándola Camille, una y otra vez, como si la noción sin definir de dos recuerdos distantes se uniese en uno solo.

No creo que se le estuviera escapando la cabeza, como suelen decir sobre las personas que pierden la memoria. Por el contrario, creo que estaba volviendo a ella misma. A una de las partes que más le gustaba de ella.

En *Desarticulaciones*, Sylvia Molloy escribe pasajes sobre las visitas a una vieja amiga y antigua pareja que ahora sufre de Alzheimer. Generalmente cuando la va a ver, su amiga no la reconoce, ni responde a su nombre, ni recuerda la última vez que la visitaron. A veces incluso empieza a olvidar el uso mismo del lenguaje.

Pero, a momentos, hay chispazos de su antigua esencia y ambas mujeres pueden volver, aunque sea por fugaces momentos, a los roles que por años habían habitado. Se reconocen, por tan solo un segundo, vuelven a ser ellas, las de antes y de siempre, «como una descarga en su memoria, y surgen fragmentos de un pasado que parecía para siempre perdido», escribe Molloy.

Quizás, cuando hablamos de perder la memoria, no está realmente

perdida, si no que solamente se escapa. Está ahí, aún al alcance. No se ha disuelto. Solo se escurre, rompiendo la lógica de la linealidad temporal. Escapándose del presente para viajar en el tiempo, saltándose de un año y de un lugar a otro sin ningún propósito cronológico, moviéndose solo por un anhelo emocional. Huyendo del presente para ir a lugares placenteros. Es un modo más llevadero de verlo. La mente eligiendo dónde estar. La mente siendo testaruda por opción propia.

Puede que eso estuviera haciendo Jacqueline, buscando momentos más felices que el presente. Buscando la infancia. Buscando un pequeño pueblo francés llamado Macon en el que había una casita sin electrodomésticos ni agua potable y las mujeres debían llevar las tareas del hogar y al mismo tiempo la esperanza de una familia. Quizás quería volver donde una vez hubo un padre y una madre y tres hermanos y había un futuro y todos eran felices porque aún no conocían las atrocidades del mundo. A esa vida suya en donde era trompetista, donde tocaba en cafés y bares y por su silueta y belleza la gente chismorreaba que todos estaban enamorados de ella, y donde le decían que tenía los ojos más lindos que jamás habían visto. Y había una institutriz que le enseñaba a una pequeña clase de pocas alumnas y corría el rumor de que era alcohólica y escondía en el armario botellas de alcohol y todos después se reían un poco con incredulidad de ese chisme, a pesar de que había resultado ser cierto. Había sueños y había planes. Había futuro. Volver al inicio, donde nada dolía, empezar otra vez. Al origen.

Tal vez quería volver a ese momento de tener un pequeño cuerpo entre sus brazos. Presenciar la belleza de la nueva vida, un mundo nuevo y limpio por delante. La ilusión de una nueva oportunidad. Sentir la tersura de su piel y apoyar la nariz en su cabello para aspirar el olor a recién nacido. Volver a cuidar de alguien, volver a pertenecerle a alguien de esa manera. Todos los ruidos del mundo eliminándose al sentir la respiración de un pequeño cuerpo junto a ella por las noches.

Tal vez Jacqueline, mientras su mente se perdía y escapaba del presente, quería volver a los momentos en que era Manline.

* * *

Ese 2011, en el último viaje de mi madre antes de volver por el cáncer de Jacqueline, Michèle cuidaba a Jacqueline con la misma devoción que sentía hacia su madre de niña, pendiente de que todo a su alrededor estuviera en orden y que ningún inconveniente le surgiera. La había llevado a vivir con ella, a su departamento. Acomodó todo el lugar a los requerimientos de salud de Jacqueline, llevando una cama especial, máquinas que la salud pública de Francia otorgaba, almacenando un sinfín de remedios. Su departamento se convirtió en algo más parecido a una pieza de hospital.

Pero, en cierto sentido, continuaba siendo igual que antes. Los mismos sentimientos estoicos a lo largo de los años. Tal como en su infancia Michèle se asomaba por la puerta para ver a Jacqueline acostada en la cama y enferma de sarampión, ahora también se aparecía en la habitación para observarla. Y ahí estaba, su presencia la calmaba. Su madre, su mundo entero.

Una vez, muchos años antes, estábamos caminando en el pasillo del edificio cuando Jacqueline perdió el equilibrio. La vimos tambalearse y sin saber cómo ayudarla observamos su caída, como en cámara lenta. Michèle venía caminando detrás de nosotras y su grito se escuchó y rebotó por las paredes del lugar. Lo hizo con todas sus fuerzas y la voz le sonó desconocida y nueva. Al escucharla nos quedamos congeladas. De pronto habíamos conocido algo nuevo de ella, algo que parecía demasiado íntimo, algo que no deberíamos haber visto. Una desesperación que le venía desde lo más adentro, un amor tan violento como intenso. Corrió hasta alcanzar a Jacqueline, quien se reía en el piso. Al caerse, una punta de sus anteojos chocó con un costado de su rostro y le dejó una pequeña herida que sangraba. Michèle se agachó a su lado y mientras la ayudaba a pararse nos lanzó una mirada molesta y de reproche que tampoco le había visto antes. Recuerdo que me sentí incómoda. Le preguntaba una y otra vez a Jacqueline si estaba bien, si es que se había hecho daño, mientras su madre negaba con la cabeza sin dejar de reírse. Al pararse, Jacqueline levantó las manos, como mostrando que estaba

ilesa, y con una gota de sangre en su rostro nos sonrió al mismo tiempo que decía en francés y con toda la despreocupación del mundo: nada grave, solo vieron a Manline caerse.

* * *

De esos tiempos, Michèle recuerda el cansancio. Recuerda ver a su mamá descomponerse paulatinamente. Recuerda verla desaparecer y perderse en su propio cuerpo. Las visitas de los médicos, las personas que debían venir a ayudarla al departamento porque el día a día con Jacqueline se estaba volviendo más complejo. Jacqueline de pronto dejando de ser su mamá. No levantándose de la cama. Cruzándose de brazos y negándose a comer la bandeja que le habían dejado, pidiendo que le explicaran las cosas varias veces u olvidando los nombres de las personas y los lugares.

Dos años, le había dicho un doctor a Michèle. Podrá seguir así alrededor de dos años. Y a la vuelta de esa visita médica, cargada de bolsos, papeles y exámenes, Michèle se detuvo un momento en la calle antes de entrar al metro y se dijo a sí misma: bien. Dos años. Puedo hacerlo. Dos años. Ella me dio una vida entera, yo le puedo dar dos años de completa devoción.

Pero cuando mi mamá llegó con la Dominga, ya habían pasado más de dos años. Empezaba la cuenta regresiva. Empezaban las preguntas y las miradas inquietas.

¿Cuánto puede aguantar una vida? ¿Cuánto puede aguantar una mente? En aquel momento, a mis diecisiete años, no le di demasiadas vueltas a la pérdida de memoria de Jacqueline. Nunca me había detenido a pensar en la vida de mi bisabuela. Ni el el asunto de que a cierta edad la mente se derrumba. Se deja caer de rodillas, cansada, levantando los brazos en señal de derrota. Como diciendo ya está. Ya fue suficiente.

Sylvia Molloy, en todos esos años que comparte con su vieja amiga que padece de Alzheimer, observa cómo una vida compartida se escurre. Esos recuerdos, esos testimonios de vida, de pronto se quedan vacíos, sin pruebas tangibles de que realmente sucedieron. Dejan de ser algo colectivo para volverse materia de una sola mente. «No

quedan testigos de una parte de mi vida», escribe.

La memoria de Jacqueline se llevó consigo cosas que jamás podré saber. Se lleva parte de la vida de mi familia. Una parte de mí que jamás conoceré del todo.

¿Qué va a pasar con todos esos momentos? Dónde va a quedar la vida de Michèle antes de que fuera madre, abuela. Michèle antes de ser Micha, Michèle antes de encontrar la identidad que mantiene hasta hoy. Qué va a pasar con esa parte de ella de la que ahora no hay testigos, dónde se irá. Qué va a pasar con los años que compartió solo con Jacqueline. Con sus recuerdos de Épinal, con los sábados de limpieza, con el olor a cloro. Con las visitas de Teresa, las solemnes tazas de café, las clases en la pequeña escuela rural, los tickets de racionamiento, las noches durmiendo en la misma cama y todo lo que no conozco. Qué va a pasar con la coronación de la reina Isabel, con los amores secretos, con el único baile al que fueron juntas, con enamorarse viajando en tren. Con tener hijos, perderlos y volver a encontrarlos después. ¿Qué va a pasar con todo eso cuando ya nadie pueda contarlo en primera persona? ¿Y con las penas, las peleas, las reconciliaciones, qué va a pasar si se olvidan? ¿Qué sentido tendrán?

* * *

Ese 2011, Jacqueline está haciendo su rutina diaria cuando Camille le anuncia que ya se van al aeropuerto junto a la Dominga. Se lo había mencionado los días previos, que volverían a Chile, pero la mente de Jacqueline no retenía demasiada información. Michèle en aquellos momentos está llamando por teléfono a su amiga taxista mientras se prepara para ir a dejarlas al aeropuerto. La única que no irá será Jacqueline.

—Ya nos vamos —le dice Camille—, el taxi nos viene a buscar luego.

Jacqueline asiente, pregunta algunas cosas, seguramente por educación, y después vuelve a lo suyo. Transcurridos algunos minutos, levanta la vista y al ver a Camille ahí le pregunta qué harán esa tarde.

—Es que ya nos vamos —le vuelve a decir ella, amablemente—, con la Dominga, al aeropuerto. Me vine a despedir.

—Ah, sí, cierto. —Jacqueline le sonríe.

Camille también le sonríe. Después, con cortesía y manteniendo la ligereza de las conversaciones casuales, se excusa un momento para dirigirse a una de las piezas del departamento. Entra, y apenas cierra la puerta rompe a llorar. Se tapa la boca para ahogar sus llantos y para que Jacqueline no la escuche desde afuera. Llora como antes, como cuando era niña. Llora como hacía cada vez que debía abandonar a su abuela Jacqueline. Intuye que no se volverán a ver. Que esta es la despedida definitiva después de tantas. Se seca las lágrimas, respira unos segundos y sale calmada y sonriendo para despedirse por última vez. Ella ya está sentada comiendo, sin prestarle demasiada atención. La despedida es corta y trivial, como si fuera a comprar algo a la esquina.

Sale junto a la Dominga y Michèle del edificio para subirse al taxi que las espera en la calle. Antes de que parta, Camille levanta la mirada y ahí la ve. Jacqueline asomada en la ventana de su departamento, en uno de los pisos más altos del edificio, viéndola partir. Como solía hacer antes, siempre. Como hizo cuando la vio partir a Irán, luego a Chile y después a Chile otra vez. Era su forma de despedirse de ella, de Manline.

XI

Jacqueline murió el 13 de noviembre del 2012, coincidiendo con mi cumpleaños número diecisiete. Cuando ocurrió, probablemente yo me encontraba en el patio de mi casa con un par de amigas, comiendo torta sin demasiado entusiasmo. La semana anterior, me la había pasado llena de ansiedad y rompiendo a llorar inesperadamente. Para mí, los cumpleaños eran el momento de prueba para medir la estima que la gente me tenía, y como otra niña de mi curso estaba de cumpleaños el mismo día que yo, y su celebración, al tener más alcohol y hombres atraía más público que la mía, siempre sentía que estaba perdiendo en cuanto a muestras de afecto. Hasta el día de hoy quiero desaparecer para mi cumpleaños. Aquel 13 de noviembre del 2012, mientras comíamos pedazos de pizza y hablábamos de cosas sin importancia, al otro lado del mundo mi tierra materna comenzaba a desaparecer.

Fue una desaparición silenciosa, rápida, como un suspiro. Un leve segundo que el resto del mundo no notó.

Por la diferencia de horas la noticia se demoró en llegar y me enteré al día siguiente. Mi mamá lloró al teléfono y me lo dijo sin demasiado tacto, absorta en su propio dolor. Michèle le decía que fuera a Francia. Que ella le pagaba el pasaje. Por favor, ven al funeral. Ven junto a tu familia. Ven a poner flores sobre su tumba. Ven a despedirte.

Pero mi mamá dijo que no de forma abrupta, sin siquiera pensarlo o decir que lo iba a pensar. Estábamos sentados en el living. Yo había faltado a clases, lo había pedido como regalo de cumpleaños, y miraba a mi mamá, negándose ante su madre a ir al entierro de su abuela. No quería que Michèle gastara plata en ella, decía, además, tenía mucho trabajo. En aquel momento pasábamos por una época complicada en cuanto a lo económico, y mi mamá decía que no podía pasar tiempo sin trabajar. De hecho, apenas cortó el teléfono, se secó las lágrimas y dijo que tenía que volver al trabajo. Se sentó en el escritorio, que por

falta de espacio estaba en el mismo living. Se dio cuenta de que mi papá y yo la mirábamos con los ojos abiertos y nos gritó que no la miráramos más, que la dejáramos trabajar.

En ese momento deseé tener una mamá que reaccionara de forma normal a la muerte. Una mamá que nos abrazara y consolara.

Yo no sabía lo que estaba ocurriendo en su interior. No sabía que algo se había roto, algo que venía agrietándose desde hacía mucho tiempo, y que esto significaría la ruptura más grave. No sabía que en un par de meses todo empeoraría y que quizás nunca más volvería a mejorar.

* * *

Lo que mi mamá sí quiso hacer aquel día en que supimos que Jacqueline había muerto fue ir a una capilla que estaba cerca de nuestra casa. Me extrañó cuando lo dijo, ya que mis papás nunca habían dejado ver ni un rastro de fe religiosa. Michèle y Charles eran ateos, cosa que yo veía como una superioridad intelectual, y pensaba que mi mamá se había criado de la misma manera.

Cuando éramos niñas, mi hermana dijo que sus amigas iban los domingos a misa con su familia. De hecho, muchas se encontraban en la misma iglesia y aquello se volvía una reunión social aparentemente entretenida. Y preguntó por qué no podíamos ir también nosotros. Pensé que había sido la presión de mi hermana lo que hizo que, entonces, un domingo por la mañana, mi mamá nos despertara temprano para ir a misa. Nadie sabía muy bien qué ropa ponerse, no podía ser demasiado elegante ni tampoco casual, y la Dominga y yo tampoco estábamos acostumbradas a comportarnos en una misa, a excepción de las que a veces hacían en el colegio y en las que había permiso para volverse loca bailando «yo te alabo con el corazón, yo te alabo con la voz». Entramos a la iglesia y miramos todo fascinadas, como si de una obra de teatro se tratara. No sabíamos las canciones ni lo que debíamos repetir junto al resto de los asistentes después del cura, y cuando nos equivocábamos empezábamos a reírnos de forma nerviosa. Queriendo parecer grande, yo intentaba seguir la corriente y aparentar que sabía lo que tenía que hacer, como si ir a misa fuera

algo normal para mí. Intentaba cantar las canciones y unirme a las oraciones, pero solamente se escuchaba mi voz demasiado alta diciendo algo inentendible. Me entró la risa y después vi que la Antonia y mi mamá me miraban con esos ojos que indicaban que las estaba avergonzando. Fue la única vez que lo intentamos. Nunca más volvimos.

Con el tiempo me di cuenta de que mis papás escondían su fe con bochorno, como si fuera ropa interior. Por algún motivo, no sé cuál. Pero siempre estuvo ahí. Cuando mi mamá estaba hospitalizada esperando que sus gemelas nacieran, cerraba los ojos e intentaba hablar con una fuerza superior. Cuando a mi papá le encontraron un tumor en el ojo, él y mi mamá pasaban todas las mañanas a una capilla antes de ir al trabajo y se sentaban ahí en silencio. Cuando mi mamá estuvo en coma por COVID, al darle el alta me pidió que le acompañara a esa misma capilla para agradecer. Mientras esperaba los resultados de la biopsia de Michèle, rezaba en silencio sin que nos diéramos cuenta. Le hablaba a Dios, le hablaba a Jacqueline, le hablaba a su papá. Su fe era después de todo una mezcolanza sin forma concreta, pero firme en el tiempo.

Así que aquel día fuimos a la capilla y nos sentamos ahí por algunos segundos. Había pocas personas en el lugar, era un día de semana a media mañana. Mientras estábamos sentados en silencio, de pronto oímos la puerta detrás de nosotros abrirse y unos zapatos de taco alto avanzando hacia el interior. Cuando nos dimos vuelta para mirar, vimos aparecer a una mujer mayor, de unos ochenta años. Más o menos alta, el cabello corto y teñido de un rubio cenizo, los ojos muy azules que destacaban en su rostro como si brillaran. Al verla, mi mamá soltó un respingo y una risa triste, como reconociendo la broma pesada que el destino le hacía. Y dijo en voz baja, casi para ella misma: es igual a la Manline.

La verdad era que no se parecía tanto a Jacqueline. Lo suficiente como para encontrar semejanzas si es que estás pensando mucho en una persona. Pero quizás mi mamá necesitaba verla. Aunque fuera una imagen simbólica, el icono de Jacqueline. Porque es difícil hacerse la idea de la muerte de una persona cuando no presencias el choque

entre estar y no estar. Cuando no vives la transición hacia la ausencia.

Nunca he ido al cementerio en que Jacqueline está enterrada. Nunca hemos visto su nombre inscrito ahí. Nunca hemos tenido una prueba tangible de su muerte. Nunca la vi desaparecer. Nunca vi su departamento sin ella. Su cama sin ella. Su vida de pronto sin ella.

Quizás por eso siempre me ha costado hacerme la idea de que la Manline ya no está. Nunca he sentido su ausencia. Pero, ahora que lo pienso, estando ella junto a mí no sé si llegué a reconocer debidamente su presencia. La barrera del idioma, la barrera del tiempo, algo siempre intervenía. Sabía que ella nos quería, a pesar de que nunca hayamos podido entablar una conversación y reconocer el mundo interior de la otra. Nunca aprendí en sus palabras sobre lo que ella tenía adentro, una vida llena de pérdidas, dolor, amor y recuerdos que partieron con ella, que ya no puedo recuperar.

Ella está y no está, de la misma forma en que su historia y la historia de los que me precedieron estuvo siempre en mí, incluso sin que me diera cuenta, sin que lo pueda ver. En Francia, en otro continente, en el departamento debajo del de Michèle decorado entero con fotos de sus dos nietos y tres bisnietas. En mi mente y a pesar de los años ella continúa ahí, sonriendo apaciblemente en su cálida quietud, contando los días, esperando el comienzo del verano latinoamericano para viajar otra vez a Chile y pasar las tardes sentada en el patio sin hacer nada en especial pero feliz de poder estar mirando a los otros. En mi mente, Jacqueline quedó para siempre inmortalizada en la espera, porque eso hacen las madres, esperan. Continúa ahí, como un lugar. Como la fe silenciosa y tímida de mi mamá, como el amor de Michèle. Como la tierra materna de la cual vengo y que me persigue a pesar de que la desconozca.

* * *

Poco tiempo después de la muerte de Jacqueline, Michèle se encontraba vaciando su viejo departamento cuando encontró una caja llena de fotos y papeles. Databan de hacía muchísimo tiempo, desde antes de que Michèle naciera. Pequeños tesoros de la juventud de su madre. Eran un pedazo de esa intimidad de Jacqueline, de la vida

interior que siempre guardó solo para ella. Entre los papeles y fotos yacían unas cartas y a Michèle se le cortó la respiración al ver quién era el remitente: su padre. Tomó el viejo papel y leyó aquella caligrafía desconocida. La correspondencia era de un período posterior al nacimiento de Michèle, cuando ella y su madre viajaron de Pont-de-Vaux a Épinal para visitar a Angeline durante varias semanas. Debido a su trabajo, Marcel no pudo ir con ellas, pero les escribió continuamente. Ahí tenía, en sus manos, retazos de la historia de amor entre sus padres, esa que la timidez le impedía imaginársela siquiera. El cariño y la pasión apareciendo entre líneas cada vez que se despedían, diciendo lo mucho que se querían, cuánto deseaban volver a verse.

En las cartas también Marcel preguntaba constantemente por ella, por Michèle. Quería saber si estaba bien, tener todos los detalles. Decía que la extrañaba, que añoraba tomarla en brazos. Que la quería.

A sus setenta años, por primera vez en su vida, Michèle tuvo la sensación de tener un padre. Por primera vez palpaba la prueba tangible de que ese hombre había existido. Que la cuidó. Que la amó. El perenne fantasma que dio vueltas a su alrededor y la siguió durante todos los años se manifestó, mostrándose como el suelo en el que ella caminaba, guiando sus pasos con su ausencia y dejando los restos de un amor que alguna vez estuvo, unos que Michèle, sin saberlo, siempre buscó. Ahí estaban muchas de las respuestas a sus preguntas, a sus sombras.

Dije que iba a escribir un libro sobre la familia y todos se pusieron felices, pero no entendí al comienzo mis razones. No vi cómo todo estuvo siempre conectado. No sabía cómo todo lo no dicho se hacía presente, golpeándome desde adentro, igual que a las personas que me rodeaban. La psicología suele decir que la forma de detener la herencia de un trauma generacional es apuntándolo con el dedo. Como si decirlo, pronunciarlo, fuera el hechizo suficiente para debilitarlo.

Pero quizá yo no solo quería detenerlo. Puede que una parte mía escribiera también para que no fuera en vano. Hacer algo con el dolor, escribirlo, ¿puede volverlo más significativo?

Georges Perec en *W o el recuerdo de la infancia* escribe sobre sus padres, que murieron cuando él era muy pequeño y de los que no tiene mayor recuerdo: «Escribo: escribo porque nosotros hemos vivido juntos, porque he sido uno entre ellos, sombra en medio de sus sombras, cuerpo cerca de sus cuerpos: escribo porque ellos han dejado en mí su marca indecible y porque su rastro es la escritura: la escritura es el recuerdo de su muerte y la afirmación de mi vida».

Tal vez todo este tiempo escribí por todo lo que no sabía y sobre lo que no sabía, incluso antes de proponérmelo.

Escribía porque tengo una mamá, una abuela y una bisabuela y ellas me enseñaron a contar historias sin contarlas, me enseñaron las mil formas en las que el silencio puede sonar y también que el dolor puede mostrarse sin mostrarse. Todo este tiempo escribí preguntas sin saber que ellas siempre fueron la respuesta.

Edición en formato digital: julio de 2024

Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/ Diagramación Alexei Alekin/

ISBN: 9789563844917

Conversión a formato digital: www.acatia.es